

COLECCIÓN INVESTIGACIÓN Y DESARROLLO PARA TODOS

Imaginarios sociales sobre lesbianas en Barranquilla

DARLING ESTHER AYALA FREITES



COLECCIÓN INVESTIGACIÓN Y DESARROLLO PARA TODOS

Imaginarios sociales sobre las lesbianas en Barranquilla

DARLING AYALA FREITES



Sello Editorial
**UNIVERSIDAD
DEL ATLÁNTICO**

Ayala Freites, Darling Esther

Imaginarios sociales sobre lesbianas en Barranquilla / Darling Esther Ayala Freites. – 1 edición. – Puerto Colombia, Colombia: Sello Editorial Universidad del Atlántico, 2020.

Colección Investigación y desarrollo para todos

Ilustraciones. Incluye bibliografía

ISBN: 978-958-5173-20-0 (Digital descargable)

1. Lesbianismo. 2. Lesbianas – Condiciones sociales – Barranquilla (Colombia). 3. Lesbianismo – Aspectos sociales. 4. Mujeres – Conducta social. I. Autor. II. Título.

CDD: 304 A973



Sello Editorial
UNIVERSIDAD
DEL ATLÁNTICO

www.unitlantico.edu.co
Kilómetro 7, Antigua Vía a Puerto Colombia.
Barranquilla, Colombia.

© 2020, Sello Editorial Universidad del Atlántico.
ISBN 978-958-5173-20-0

Coordinación editorial
Sonia Ethel Durán.

Asistencia editorial
Estefanía Calderón Potes.

Diseño y diagramación
Joaquín Camargo Valle.

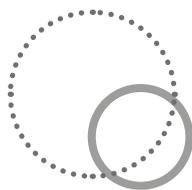
Revisión y corrección
Gisela Arroyo Andrade.

Impreso y hecho en Barranquilla, Colombia.
Ditar S.A. www.ditar.co
Kilómetro 7, Vía a Juan Mina.
Parque Industrial Clavería.

Printed and made in Barranquilla, Colombia.



Esta obra se publica bajo una licencia Creative Commons Reconocimiento-No Comercial-CompartirIgual 4.0 Internacional (CC BY-NC-SA 4.0). Esta licencia permite la distribución, copia y exhibición por terceros de esta obra siempre que se mencione la autoría y procedencia, se realice con fines no comerciales y se mantenga esta nota. Se autoriza también la creación de obras derivadas siempre que mantengan la misma licencia al ser divulgadas.



La presente colección es posible gracias a las siguientes autoridades académicas de la Universidad del Atlántico:

José Rodolfo Henao Gil

Rector

Leonardo Niebles Núñez

Vicerrector de Investigaciones, Extensión y Proyección Social

Danilo Hernández Rodríguez

Vicerrector de Docencia

Mariluz Stevenson

Vicerrectora Financiera

Josefa Cassiani Pérez

Secretaria General

Miguel Caro Candezano

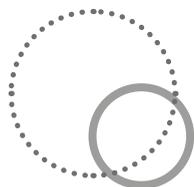
Jefe del Departamento de Investigaciones

Agradecimientos especiales

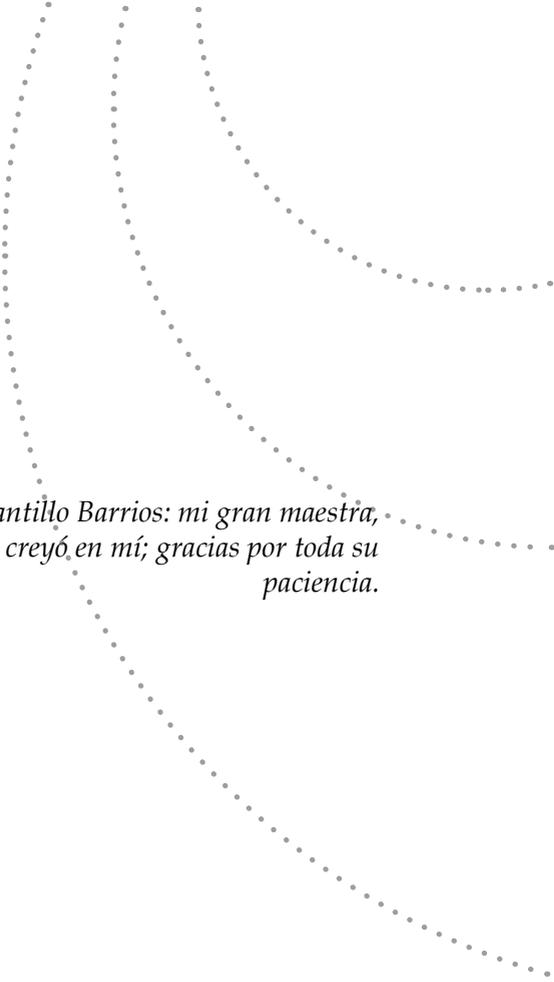
Facultad de Ciencias Humanas

Decano Luis Alarcón Meneses

2020



La colección ***Investigación y desarrollo para todos*** es una iniciativa liderada por la Vicerrectoría de Investigaciones, Extensión y Proyección Social de la Universidad del Atlántico, pensada como herramienta para la divulgación de la investigación y el conocimiento que se genera en el Caribe colombiano.



*A Ligia Cantillo Barrios: mi gran maestra,
quien siempre creyó en mí; gracias por toda su
paciencia.*

Contenido

Prólogo	1
Presentación	3
Introducción	4
Capítulo I	
Imaginarios y construcciones teóricas desde los escenarios local, nacional e internacional	8
1.1. Barranquilla y América Latina	19
1.2. Colombia	24
Capítulo II	
Identificación de los imaginarios sociales construidos de sí mismas como lesbianas	29
2.1. Reflexiones acerca de la lesbianidad	29
2.2. La búsqueda	36
2.2.1. <i>¿Quiénes son ellas?</i>	37
2.3. Imaginarios	42
2.4. Estereotipos	43
2.5. Visibilidad	44
2.6. La masculinidad	45
2.7. Salir del clóset, decisión u omisión	46
2.8. Palabra y verbo, ¿cómo me definen?	48

2.9. ¿Quién es el hombre?.....	49
2.10. Machorra	50
2.11. Espacios de sociabilidad	52
2.12. Lo que ellas han construido de sí mismas.....	54
2.13. Existir para otros	54
2.14. La trasgresión	56
2.15. Ellas y la heterosexualidad: población estudiada	58
2.15.1. <i>El sexo y los imaginarios.</i>	63
2.15.2. <i>Siempre lo saben.</i>	65
2.15.3. <i>Como creemos que nos ven.</i>	66

Capítulo III

Imaginarios sociales de las lesbianas en la sociedad.....68

3.1. Desencuentros en la ciudad, apreciaciones, misoginia y lesbofobia	69
3.2. Construcción de imaginarios a partir de los otros y las otras	79
3.3. Tipo de relación con las lesbianas.....	81
3.3.1. <i>¿Cómo identifica a una mujer lesbiana?</i>	83
3.4. Denominaciones de ser lesbianas desde los otros y otras.....	84
3.4.1. <i>Cauchera, picha con raja</i>	85
3.4.2. <i>Antinatural, loca.</i>	85
3.4.3. <i>Las extrañas.</i>	85
3.4.4. <i>La mirada masculina del deseo.</i>	86
3.4.5. <i>Coquetas.</i>	86
3.4.6. <i>No han probado hombre</i>	86
3.4.7. <i>Problemática, loca.</i>	87
3.4.8. <i>Tijeras.</i>	87
3.5. El porqué de las apreciaciones	88
3.6. Lesbianas y derechos humanos.....	89

Conclusiones98

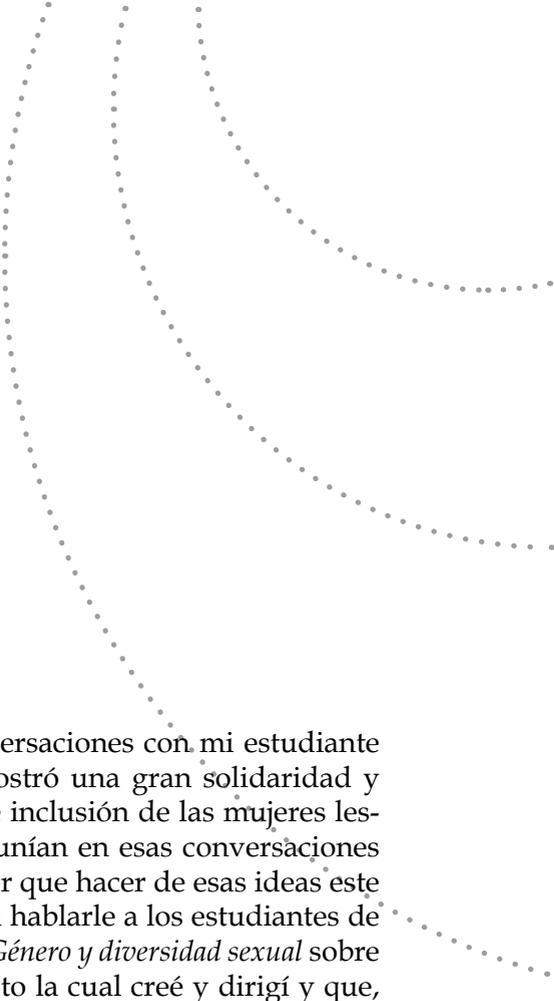
Referencias.....	101
La Autora	107

Índice de figuras

Figura 1. Sexo de la población encuestada.....	70
Figura 2. Edades de la población encuestada	71
Figura 3. Estado civil de la población encuestada	72
Figura 4. Estrato socioeconómico de la población encuestada	73
Figura 5. Nivel de estudios de la población encuestada	74
Figura 6. ¿Profesa alguna religión?	77
Figura 7. Religión profesada	77
Figura 8. ¿Conoces mujeres lesbianas?	79
Figura 9. ¿Tiene amigas, conocidas, familiares, compañeras de trabajo/ estudios, que sean lesbianas?.....	80
Figura 10. Tipo de relación con las lesbianas.....	81

Índice de tablas

Tabla 1. Profesión u oficio de la población encuestada	75
Tabla 2. ¿Cómo identifica a una mujer lesbiana?.....	83



Prólogo

La idea de este libro nace a partir de conversaciones con mi estudiante y amiga Darling Ayala, quien siempre mostró una gran solidaridad y empatía por el tema de la discriminación e inclusión de las mujeres lesbianas en los procesos de activismo. Nos unían en esas conversaciones el feminismo y la investigación, y qué mejor que hacer de esas ideas este libro. Durante mucho tiempo la invité para hablarle a los estudiantes de la Universidad del Atlántico en la clase de *Género y diversidad sexual* sobre el tema de las lesbianas, electiva de contexto la cual creé y dirigí y que, por cierto, fue ganadora del reconocimiento de buenas prácticas por la Alta Consejería Presidencial para la Equidad de la Mujer.

Identidades lésbicas era el título que Darling utilizaba para conversar sobre el tema. Este corresponde al primer libro que ella leyó al respecto correspondiente a un estudio realizado en España por la profesora Olga Viñuelas.

Hablar sobre lesbianas no es un tema fácil: está lleno de prejuicios y de interpretaciones erróneas sobre el hecho de serlo y asumirlo como una elección para la vida. Pensar a las mujeres lesbianas como objeto de investigación fue un reto lleno de expectativas y preguntas. Inicialmente, enfocarse en este tema –como asesora–, supuso dificultades en la revisión del estado del arte, pues no había tantos trabajos a nivel nacional; a nivel internacional se encontraron interesantes textos, pero también fueron pocos.

La incertidumbre era una constante en esta búsqueda: no encontrar más obras sobre el tema, leerlas y entender que las lesbianas estaban mimeti-

zadas en la sigla LGBTI –paradójicamente siendo la primera en el orden– es hacerlas invisibles. No se reconoce activismo de mujeres lesbianas en Barranquilla.

Entender el problema desde un enfoque sociológico con perspectiva de género supuso abordar al grupo de mujeres desde un acercamiento etnográfico: encontrar en las experiencias de ellas y el universo de sus imaginarios desde la descripción hecha en la investigación. Durante el proceso de asesoría y aprendizaje me quedó la sensación de que este acercamiento era solo el principio de lo que se debía seguir buscando para al pensarlas, entenderlas, y entendí que las palabras construyen miedos y barreras.

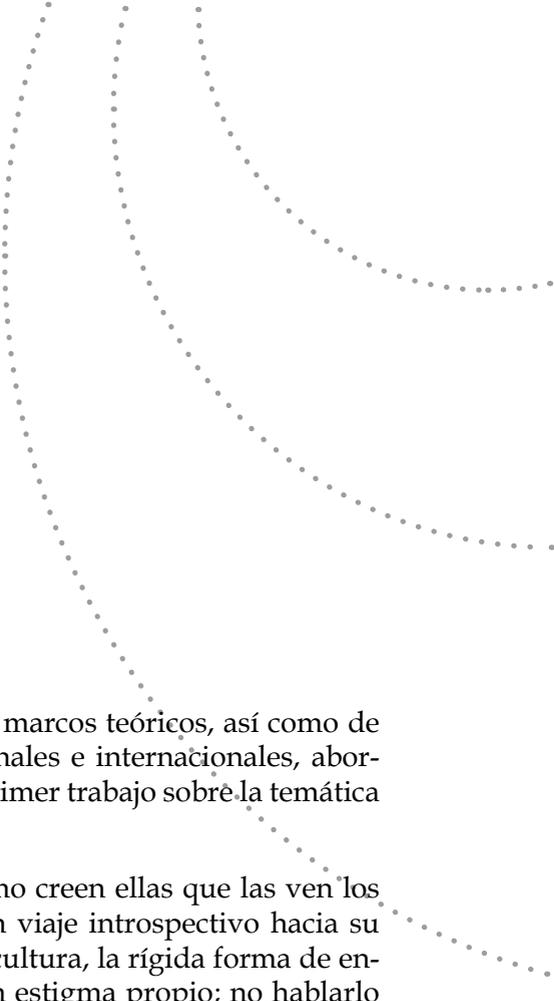
Viendo en retrospectiva, encontré que este libro aporta información relevante sobre las lesbianas en Barranquilla. Más allá de ser la primera investigación sobre el tema, más allá de los estereotipos y los miedos que rondan ser mujer lesbiana, el reto de todo este proceso era que pudieran salir a la luz todas las palabras que desconocen muchos, el hecho de ser lesbiana en una ciudad misógina y lesbofóbica y las apreciaciones de la población en general sobre el tema que tienen una carga demasiado viciada y prejuiciosa, cerrando la oportunidad de entender el mundo que se esconde detrás de la letra L, una letra sola en el conglomerado del activismo LGBTI.

Ligia Cantillo.

Profesora Universidad del Atlántico.

Coordinadora de la Maestría en

Estudios de Género y Violencia Intrafamiliar.



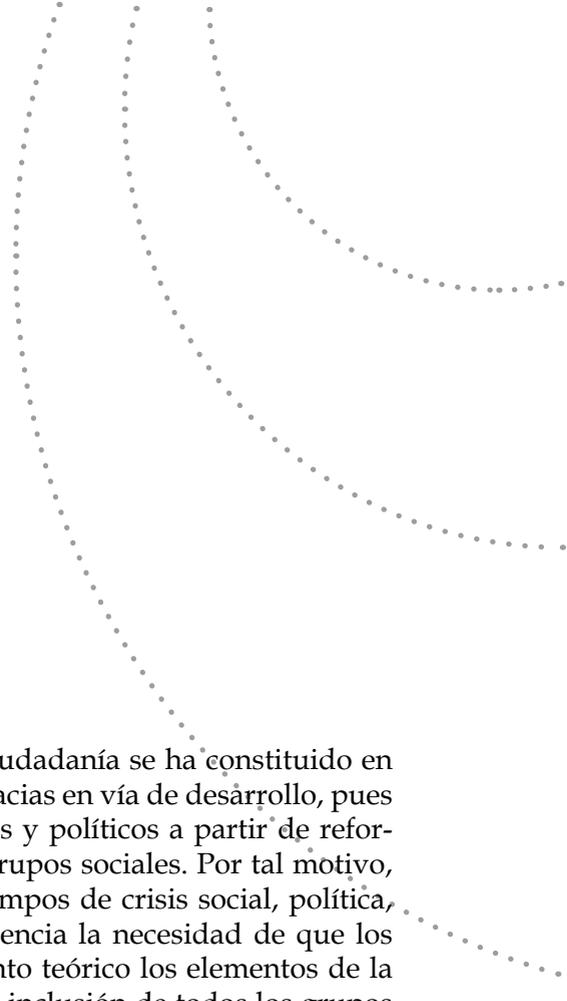
Presentación

La obra inicia con una presentación de los marcos teóricos, así como de las construcciones en los escenarios nacionales e internacionales, abordando brevemente lo local por ser este el primer trabajo sobre la temática en Barranquilla.

¿Cómo se reconocen los imaginarios y cómo creen ellas que las ven los otros y las otras? Es de alguna manera un viaje introspectivo hacia su verdadero encuentro con la sociedad y su cultura, la rígida forma de entender las diferencias y asumirlas como un estigma propio; no hablarlo ha logrado calar con fuerza dándoles nombres a vivencias e identidades propias y únicas.

En un segundo momento se aborda la identificación de los imaginarios sociales construidos por las mujeres lesbianas de sí mismas. En relación con este aspecto sobra contar cómo la masculinidad y los estereotipos generan nula visibilidad de su esencia como mujeres diversas; ellas describen sus vivencias y, al hacerlo, constatan lo que los otros han construido sobre sí mismas, razón importante para entender que no ser visibles en todos los escenarios las obliga a mimetizarse y a confirmar la norma cultural.

Por último, el tercer capítulo sobre el imaginario social de las lesbianas en la sociedad recoge el análisis y la formulación de categorías que guían a los y las lectoras para entender cómo se vivencia la lesbianidad en la ciudad de Barranquilla, una sociedad patriarcal y lesbofóbica.



Introducción

El discurso de los derechos humanos y ciudadanía se ha constituido en un componente importante en las democracias en vía de desarrollo, pues legitima los derechos sociales, económicos y políticos a partir de reformas públicas que beneficien a todos los grupos sociales. Por tal motivo, al hablar de los derechos humanos en tiempos de crisis social, política, económica y de procesos de paz, se evidencia la necesidad de que los discursos humanistas tengan en su sustento teórico los elementos de la práctica social, entendiendo estos como la inclusión de todos los grupos sociales en los diferentes contextos.

En este escenario de problemáticas referidas a las posibilidades reales de los derechos humanos encontramos al grupo de las mujeres con sus diferencias. Todas tienen en común contextos de dominación, algunos sutiles y algunos muy marcados, definidos desde las historias personales, grupales y de comunidad. ¿Existe frente a esto alguna estructura lógica que lo justifique? Desde una perspectiva cultural no se encuentran evidencias históricas contrarias, más bien estas se constatan y se validan como acciones encaminadas a legitimar el orden social y cultural.

Precisamente, el abordaje humanista a esta lógica desde una reafirmación de la opresión y de la desigualdad lo plantean las feministas; sin embargo, gracias a la asignación de roles, las más afectadas y, a la vez, reproductoras de estos, son las mujeres que, en conjunto con los hombres, perpetúan la dominación. Las diferencias no son un asunto que compete por igual a los dos sexos biológicamente aceptados; estas han sido, a lo largo de la historia de la opresión, una tarea interminable de las muje-

res, y también han sido ellas quienes han padecido dichas diferencias. La intención de este análisis ha sido visibilizar la vida de las lesbianas teniendo en cuenta su visión y la de los otros, con el fin de entender la construcción de los imaginarios alrededor de estas en Barranquilla.

Las lesbianas, más que ningún otro grupo en la diversidad de las mujeres, tienen unas características particulares que les dan una forma diferente de afrontar la vida. ¿Cómo se ven ellas? ¿qué pasa con sus diferentes roles en la vida cotidiana? Las hay prostitutas, madres, solas, casadas, pertenecientes a etnias, a estratos socioeconómicos distintos, así como también de diferentes culturas y niveles educativos. Sin embargo, son asumidas desde sus diferencias como mujeres comunes. Estas preguntas y muchas más hacen parte de las construcciones sociales y culturales, por lo que es necesario rondar el universo que se ha construido alrededor de ellas y sin ellas.

Estas apreciaciones teóricas de nosotras como investigadoras navegan en un mar de preguntas donde el vacío de la identidad lesbiana cobra importancia en un contexto histórico para la humanidad desde los enfoques en derechos. ¿Quiénes y cómo son las lesbianas en Barranquilla? ¿qué discurso existe sobre ellas? Estas preguntas tienen en su constitución teórica la indefinición como problema, pero también las diferencias que son sutiles en el mundo y su necesidad de homogeneidad. Cabe anotar que a partir de ser lesbiana se han construido imaginarios. Fernández (1993) los define así: “el imaginario social consolida las condiciones reproductivas del poder producido; es decir, garantiza la continuidad del poder producido” (p. 240). Con esta frase queda claro que los imaginarios tienen en su fondo histórico e ideológico reproducir percepciones alteradas de lo real, obligando a racionalizar las conductas de las mujeres desde la mirada del patriarcado que hila fino; el poder y la violencia encierran imágenes que necesitan problematizarse y preguntarse desde sus acciones cómo responder a un modelo social que imagina a las mujeres y, al hacerlo, las limita, creando muros a su alrededor que cierran las posibilidades de individualidad respecto al desarrollo desde sus derechos humanos.

Ahora, ¿cómo se reproducen tantas ideas acerca de lo femenino? Es evidente que el sistema patriarcal se vale del poder simbólico, el discurso y la legitimidad cultural como recursos de primera mano que organizan las acciones de las mujeres; en esta medida, reproducen el poder dañino, a través de una tradición cultural, el universo de la vida de las mujeres en el mundo.

La violencia contra las mujeres, en ese sentido, es la perpetuación de imaginarios que les confieren el sentido de ser, no desde ellas, sino desde los otros: la posesión fragmenta su individualidad y permite la desestructuración síquica. Como lo menciona Velázquez (2003) en su texto *Violencias cotidianas, violencia de género*:

La ideología dominante privilegia valores que hacen invisibles las violencias en el contexto del hogar. [...] [la] desestructuración síquica que es el elemento clave en la perpetuación de las violencias, imaginadas, naturalizadas y creadas en los discursos de la organización social y cultural del mundo (p. 30).

Ahora bien, si es cierto que los imaginarios son construcciones que se hacen de los otros, la manera cómo ellas se ven ante esto es relevante como problema.

Teniendo claros los aspectos claves del imaginario social, se puede decir que este depende de la ordenación, clasificación y elaboración de sistemas de categorías con los que se comparan los estímulos que el sujeto recibe y a través de los cuales se identifican las nuevas experiencias sensoriales, transformándolas en eventos reconocibles y comprensibles dentro de la concepción colectiva de la realidad. De igual forma, se recolectan evidencias a partir de las cuales las sensaciones de objetos o eventos conocidos con anterioridad adquieren significado al ser interpretadas e identificadas como las características de las cosas.

Para Giddens (1995) esto quiere decir que “las mujeres han sido sujetos de forma ideológica en la construcción del amor y su sexualidad, una sexualidad heteronormatizada en la que las preguntas de no serlo no son relevantes” (p. 12). Por lo tanto, se puede decir que uno de los aspectos que confirma los patrones establecidos es el del amor romántico. Ya lo dijo Rich (1985, citada en Pisano, 1999):

Antes de que existieran o pudieran existir cualquier clase de movimientos feministas existían las lesbianas, mujeres que amaban otras

mujeres, que rehusaban a cumplir con el comportamiento esperado de ellas, que rehusaban a definirse con relación a [sic] los hombres, aquellas mujeres, nuestras antepasadas, millones cuyos nombres no conocemos, fueron torturadas y quemadas como brujas (p. 167).

Es necesario, entonces, hacer una reivindicación de las mujeres y su historia no solo para conocerles sino también para generar cambios sociopolíticos y estructurales que den cuenta de los avances que se están gestando respecto a la posibilidad real de los derechos a la aceptación y a la diferencia.

El mundo de las lesbianas se ha construido desde la cultura patriarcal, desde el desconocimiento; por ello es importante la opinión que tienen ellas de esa mirada y, en consecuencia, cómo se asumen desde su vivencia y cotidianidad. De allí surge la relevancia de indagar en esas formas de desconocimiento que parten de la cultura y que las afecta, propiciando la no construcción de una ciudadanía más participativa e incluyente dentro del escenario local.

Todo lo anterior permite ver que, aunque estos datos son importantes, no nos revelan lo que ellas piensan sobre sí mismas ni mucho menos cómo creen que las ven los otros y las otras; además, las cifras se limitan al análisis cuantitativo, que es muy importante, pero el mundo de la vida no está situado en las cifras; está, precisamente, en definirse, nombrarse y construirse desde las palabras, las simbologías e historias que permitan comprender la realidad, en este caso, de las mujeres lesbianas.



Capítulo I

Imaginarios y construcciones teóricas desde los escenarios local, nacional e internacional

El contexto social en el que viven las mujeres lesbianas, desde las diferentes maneras de serlo, tiene que ver con el componente vivencial o de la experiencia que se traduce en el conocimiento producido como grupo con respecto a las realidades que afrontan éstas en el mundo. Para entender las realidades en las que se desenvuelven las mujeres, todavía hay muchos temas que abordar que no lo han sido con profundidad, situación que expresa De Barbieri (1993):

Para explicar y comprender los sistemas de género no basta con conocer los ámbitos donde mayoritariamente varones y mujeres se expresan e interactúan, ni los espacios de la “normalidad” por donde transcurre la vida de la mayoría de la población. Se requiere también de conocer la colas de distribuciones y esas zonas oscuras y límites de la sociabilidad sobre las que da miedo y produce dolor pensar. Por ejemplo, junto al matrimonio, hay que estudiar el divorcio y el celibato, el comercio sexual femenino y masculino; la hetero, la homo y la bisexualidad y las llamadas perversiones; junto a la maternidad y la paternidad, la esterilidad, la adopción negativa a reproducirse, la maternidad asistida, el filicidio, la venta y el tráfico de niñas (p. 12).

En este punto, Scott (1986) en su artículo *El género: una categoría útil para el análisis histórico*, señala:

Las teóricas del patriarcado se han enfrentado con la desigualdad de varones y mujeres desde vías interesantes, pero sus teorías presentan problemas para los historiadores. En primer lugar, mientras ofrecen un análisis desde el propio sistema de géneros, afirman también la primacía de ese sistema en toda organización social. Pero las teorías del patriarcado no demuestran cómo la desigualdad de géneros estructura el resto de desigualdades o, en realidad, cómo afecta el género en aquellas áreas de la vida que no parecen conectadas (p. 6).

Hay muchos temas que necesitan ser revisados y apropiados desde la mirada y experiencia de las mujeres para una nueva comprensión de estos, las identidades lesbianas, por ejemplo. En teoría, y contextualizada en varias épocas, hay suficiente información que solo concluye que el lesbianismo es un fenómeno que no ha cesado desde su aparición; sin embargo, son más los trabajos desde la mirada de los otros que desde la de las lesbianas como actrices principales. ¿Cómo conectamos este tema con todas las mujeres? ¿Cómo revertir la cultura de la opresión? Son formulaciones muy difíciles de responder, pero son temas obligados una y otra vez porque tienen raíces en la dominación masculina y necesitan ser repensados constantemente.

Lo que todo esto deja como resultado es que estos interrogantes deberían ser contestados desde el punto de vista de las involucradas. Es posible que esto viabilice nuevas formas de entender y conectar las corrientes de una cultura del cuerpo que merece nuevas formas de dialogarla.

Afirma Lamas (s.f.):

No va a ser fácil transformar las prescripciones culturales de género que tenemos introyectadas, pues están arraigadas profundamente en el psiquismo humano, en el inconsciente, y no se cambian a puro voluntarismo; enfrentar los arcaicos y discriminatorios esquemas de género que producen sexismo y homofobia requiere una intervención política cultural que muy pocos gobiernos están dispuestos a hacer y escasas agencias y fundaciones internacionales están dispuestas a financiar. Tal vez una razón clave de la lentitud del cambio de los esquemas de género es justamente la ausencia de una política cultural dirigida a impactar lo simbólico (p. 3).

La forma de abordar la igualdad entre hombres y mujeres está mediada por la intervención, cuyas estrategias clave son: las políticas específicas, las políticas neutrales y las políticas redistributivas. Estas últimas tienen

como eje intervenir la cultura de las dos primeras; cabe anotar que tienen ventajas y desventajas. Una ventaja es el trabajo que tiene que ver con los cambios culturales en sociedades marcadamente patriarcales, pues favorece la organización de grupos de mujeres empoderadas. Esto, al mirarse detenidamente, obliga a revisar la intervención y se llega a la conclusión de que las políticas neutrales deberían ser las más abordadas por las agencias internacionales y ONG del mundo.

Las políticas neutrales favorecen solo a las mujeres porque son específicas para ellas. Durante el proceso, han sido evaluadas como no recomendables, pero se puede considerar que tantos años de opresión necesitan, a su vez, años de intervención y dedicación al trabajo de empoderamiento y mejoramiento de la vida de las mujeres. Las intenciones de mejorar las condiciones de las mujeres de alguna manera están, y eso tiene que ver con la necesidad imperiosa de cumplir los tratados internacionales sobre su situación en el mundo. Pero dichos esfuerzos no han sido suficientes hasta el momento, situación que reafirma Lamas (s.f.) citando a Bourdieu (2000) “los *habitus* son el conjunto de relaciones históricas depositadas en los cuerpos individuales en la forma de esquemas mentales y corporales de percepción, apreciación y acción. Estos esquemas son de género y, a su vez, engendran género” (Lamas, s.f., párrafo 13).

Investigar sobre las mujeres no es tarea fácil. A esto se le suma la dificultad de hablar de lesbianas debido a todos los sesgos, miedos y desconocimientos que se generan alrededor de esta palabra en los contextos cotidianos. Es por ello que esta propuesta de investigación pretende entender la realidad desde una mirada interdisciplinaria, sus elementos clave y sus manifestaciones, que son sumamente importantes para el fondo teórico de la investigación. Por tal motivo, indagar en la teoría y en trabajos previos permitirá un acercamiento necesario en la búsqueda de respuestas, para lo cual se hace relevante entender toda la misoginia que ha historiado a las mujeres. Es necesario reconocer que, lejos de los juicios morales, el poder es y ha sido la mejor forma de entender y asimilar el mundo; concretamente, entender la actitud de los hombres hacia las mujeres que fue la que dio origen al feminismo. Es evidente que la socialización primaria ha interiorizado tanto en hombres como en mujeres comportamientos e ideas sexistas en las que el hecho de ser mujer supone ciertas acciones por parte de los hombres como normales, ejemplo de eso es la sumisión y complacencia de muchas mujeres que responden a lo pensado de ellas por los hombres.

La definición de conceptos, así como los referentes teóricos son elementos importantes que ayudan a reconocer los pocos trabajos que hay sobre el tema, los cuales abordan autores o autoras, sus intereses, propuestas e hipótesis, así como las distintas metodologías aplicadas. Todo esto hará parte de este viaje maravilloso hacia el conocimiento y en esta primera aproximación quedará claro que las investigaciones sobre mujeres lesbianas son, en su mayoría, realizadas por mujeres que se definen como lesbianas.

La imagen de las lesbianas que tiene el común de las personas es la de mujeres que quieren ser hombres, lo cual las enmarca en la transexualidad. Sin embargo, muchas veces esto no tiene nada que ver con su sentir. Quizá hay una necesidad de asociarlas a la heterosexualidad como patrón de conducta por excelencia, porque es necesario regular o encajar los comportamientos de las mujeres –en especial los de las lesbianas–, ya que lo desconocido genera miedo; de ahí la actitud lesbófóbica de muchas personas.

Los imaginarios actúan como detonantes de situaciones específicas en relación con ciertos grupos sociales, además, a partir de su metodología se pueden entender distintos fenómenos:

Lo imaginario, o más precisamente, un imaginario, es un conjunto real y complejo de imágenes mentales, independientes de los criterios científicos de verdad y producidos en una sociedad a partir de herencias, creaciones y transferencias relativamente conscientes; conjunto que funciona de diversas maneras en una época determinada y que se transforma en una multiplicidad de ritmos; conjunto de imágenes mentales que sirven de producciones estéticas, literarias y morales, pero también políticas, científicas y otras, como diferentes formas de memoria colectiva y de prácticas sociales para sobrevivir y ser transmitidas (Martínez y Muñoz, 2009, p. 210).

Quizá los imaginarios, en esa medida, se configuran como elementos que han determinado la identidad. Más allá de la actividad consciente de institucionalización, las instituciones encontraron su fuerte en el imaginario social. Un imaginario no es necesariamente material: es una realidad imaginada/real, contingente a la imaginación de un sujeto social concreto. Por supuesto, hay diversas visiones sobre el estatus ontológico del imaginario colectivo (Carretero, 2001). Esta definición constata que la sociedad, como afirma Daniel Cabrera (s.f.) retomando a Castoriadis (1975), es “[...] en tanto plantea la exigencia de la significación como

universal y total, en tanto postula su mundo de las significaciones como aquello que permite satisfacer esta exigencia” (p. 4).

La mirada hacia las lesbianas tiene en su construcción teórica y fenomenológica elementos amplios de análisis. En esa medida, se corre el riesgo de tratar de hablar de todo y no concretar. Tal vez este sea uno de los problemas recurrentes de ciertos temas, su poco conocimiento plagado de ideas que conceptualmente no logran abarcar el universo de la realidad. En relación con esto, Mujika, Olaortua, Ortiz y Villar (2013), parafraseando a Momoitio (2013) afirman que:

Existe un gran consenso a la hora de señalar que “lesbiana” es una etiqueta para una experiencia a menudo tan diversa, con un grado de indefinición tal, que es difícil de delimitar y que, sin embargo, todavía contiene una utilidad estratégica (p. 3).

Estos esquemas en sí llevan una conexión con el mundo social que hacen posible que aspectos de la vida queden fijados como una organización de la biografía de las personas; alterar este orden supone una pérdida de legitimación desde lo cultural. Ahora, todo aquello que envuelve a las mujeres tiene una marca de obediencia que las lesbianas rompen, y, al hacerlo, rompen el molde de una estructura que define y cambia el mundo de la vida.

Raquel Osborne (1993) comentando a Koedt, señala:

Destaca el miedo de los hombres a no resultar necesarios, pero, sobre todo, realiza la importante distinción entre heterosexualidad e institución heterosexual, de esta forma, al convertirse la primera en una opción, los fundamentos de su funcionamiento pueden ser cuestionados y se abren las puertas al lesbianismo como una posibilidad más (p. 112).

Esto implica que los roles históricamente establecidos hacen mella en cómo nos vemos y lo que representamos desde nuestro género, convirtiendo en una tarea casi titánica romper el molde, modificar estereotipos socioculturales prefijados y salir airoso en el intento, pues ir más allá de eso es llegar a lo desconocido. Entre otras cosas, porque romper los esquemas de la cultura implica una represalia, la cual se ha inscrito en la violencia, en la anulación y, por supuesto, en la satanización de una opción válida como proceso humano. Como lo diría Platero (2009): “la sociedad castiga y señala en las mujeres tanto las transgresiones y rupturas

con el comportamiento señalado como propio y exclusivo de los varones, como la orientación sexual lésbica” (p. 37).

Ahora, este complejo de suposiciones deja preguntas que tienen que ver con el tema de la identidad y por supuesto con los imaginarios acerca de esa construcción histórica, lo cual tiene elementos contextuales de género, algo que supone una claridad en el concepto, tal como lo expresa Restrepo (2007): “las identidades son construcciones históricas y, como tales, condensan, decantan y recrean experiencias e imaginarios colectivos” (p. 25).

Los imaginarios son una realidad que se escurre en todas las formas de cultura popular –el cine, la literatura y los medios de comunicación– y que alimentan y forman a públicos diversos sobre aspectos de las mujeres lesbianas que obedecen casi siempre a una ideología cimentada en medias verdades o medias mentiras como sinónimo de lo real. Pisano (1999) afirma:

Las mujeres hemos sostenido largas luchas externas e internas con nuestras capacidades, de querer ser actantes de nuestros deseos, de entendernos mujer en lo individual y mujeres en lo colectivo. Nuestro diálogo fundamentalmente ha sido de feminidad a feminidad, es decir, siempre en el marco de la construcción simbólica patriarcal (p. 167).

Esta apreciación tiene inmersa una configuración de lo femenino desde los otros, los cuales, a su vez, solo responden de forma adecuada a esas construcciones de lo femenino, la homogeneidad que tiene como mandato. Las mujeres no son pensadas por los otros como homogéneas, e incluso ellas mismas no sienten la homogeneidad impuesta; sin embargo, cuando el cuerpo expresa otro sentir desde el desarrollo de la personalidad, esa necesidad para muchas de sentirse bien consigo mismas es una apuesta riesgosa en la construcción de lo que llaman identidad y en cada situación que vivimos como grupo social y humano clasifica la naturalización de los otros y las otras.

Halberstam (2008) afirma lo siguiente:

De hecho, saber que alguien es gay o lesbiana no nos dice nada, o muy poco, acerca de sus prácticas sexuales, y sin embargo seguimos pensando que el sexo anal entre hombres y el sexo oral entre mujeres nos da el paradigma de la conducta gay y lesbiana, y que, del mismo

modo, la penetración vaginal nos da para los heterosexuales. Quizá en nuestra urgencia por desesencializar el género y la identidad sexual, nos hemos olvidado de desesencializar el sexo (p. 137).

Esto deja más que claro que los estereotipos fijan y que necesitan ser constatados en la vida real. Desesencializar es repensar lo construido hasta ahora como una cultura que también crea una ideología que, en consecuencia, reviste a las mujeres de un mundo simbólico que quizá ellas no han pensado, solo interiorizado.

Históricamente las lesbianas han ocupado un lugar no nombrado, lo que de alguna manera da como resultado que sus realidades no sean comprendidas por otros. Al respecto, Alfarache (2001) dice: “la falta de análisis sobre la importancia de los contextos culturales en que se dan dichas relaciones ha llevado a concebir, a quienes presentan estos comportamientos, como personas incapaces de ajustarse a su rol genérico” (p. 67).

Esto se evidencia en la imagen de las mujeres que son pensadas por los hombres desde el placer, la fantasía y, sobre todo, desde la idea de objeto inanimado que no opina ni piensa. La pornografía es prueba de eso, la dura y la blanda, y quizá esta última busca sublimar el mismo deseo y fantasía de los hombres, tal como lo establece Gimeno (2005a):

¿Son lesbianas las mujeres que tiene sexo con mujeres en las películas porno y mujeres que practican sexo lésbico a petición de sus maridos?, ¿son lesbianas las mujeres que se acarician, se besan, se buscan, dejando entrever que hay algo más, algo morbosamente excitante, detrás de esas caricias? En la vida real no son pocos los maridos o compañeros que les gustaría que sus mujeres participen en dúos lésbicos, incluso muchos lo consiguen; de hecho, esta es una de las fantasías masculinas heterosexuales más recurrentes. ¿Qué papel juega la mujer en esa fantasía? Ser objeto, nunca sujeto (p. 50).

La pornografía blanda, la menos cuestionada y más trabajada a nivel visual, es una respuesta a esta fantasía recurrente en los hombres. ¿Qué resistencia tiene en el público de las mujeres? Es una pregunta que habría que hacerse. En el capítulo “La imagen aumentada” de *La dominación masculina* de Bourdieu (2000) se manejan las siguientes ideas: 1. La inferioridad de la mujer y 2. La no separación del cuerpo y la mente, percepción del mundo a través del cuerpo.

En este punto es bueno aclarar que no hay una desconexión de ideas, lo que se pretende mostrar es que la dominación masculina funciona para las lesbianas de forma diferente que para el resto de las mujeres. La recurrencia de imágenes de mujeres en escenas sensuales y provocativas que invitan a un lesbianismo cosificado es prueba de que la dominación también les ha configurado un espacio: ese espacio está relacionado con una imagen deformada de la realidad lésbica. ¿Por qué las imágenes cargadas de sexo? ¿Por qué se trivializa el amor lésbico desde el imaginario de un sexo simple y banal? ¿Por qué se ha vuelto recurrente en la pornografía?

Estas y muchas preguntas más están relacionadas con la dominación masculina, pero, sobre todo con el valor que se les da a las lesbianas desde la imagen, desde los clichés que solo reafirman lo que se ha construido sobre ellas, desde la mirada de los y las otras, miradas cargadas de desconocimiento.

La imagen de las lesbianas en el siglo XIX se construye a partir de la imaginación de los hombres, eso indica que las relaciones sexuales debían tener una mujer «masculina» y otra «femenina»; en este orden de ideas, aparece la lesbiana monstruosa, viraga, la mujer masculina.

Cabe resaltar que durante el siglo XVII la literatura europea se constituyó en una fuente de pornografía para las mujeres, esto para los hombres resultaba novedoso y excitante. Sin embargo, Mathieu François Mairobert, irrumpe con la novela *L'Espion Anglais* y fija el modelo ya no solo de la lesbiana «masculina», sino que recrea a una de las mujeres en cuestión como «femenina y bella», y a la otra «mayor y con experiencia». El resultado de esto es un tercero en la obra, la figura del hombre que salva a la bella joven de la malvada (Gimeno, 2005b, p. 101).

A partir de todo lo dicho se busca dar respuesta a estos interrogantes. Inicialmente, esbozaré mi apreciación sobre la inferioridad de las mujeres como una referencia obligada para desentrañar la lógica del mundo social y cómo esto ha sido el factor más determinante de una ideología de la opresión y, sobre todo, de unas razones que no se piensan. Esto es advertido por Bourdieu (2000):

El efecto de la dominación simbólica, trátase de etnia, de sexo, de cultura, de lengua, etc., no se reproduce en la lógica pura de las conciencias concedoras, sino a través de los esquemas de percepción, de apreciación y de acción que constituyen los hábitos, y que sustentan, antes que las decisiones de la conciencia y de los controles de la vo-

luntad, una relación de conocimiento profundamente oscura para ella misma (p. 53).

Esto quiere decir que la dominación simbólica se impregna en todos los aspectos de la vida cotidiana, facilitando su legitimidad en el ser dominado a causa del orden natural. Sus acciones y pensamientos son actitudes grabadas en el inconsciente colectivo, desencadenado en un mandato que afecta la vida de los grupos que no obedecen: mujeres lesbianas y población LGBTI, grupos fuertemente marginados.

Las lesbianas, en medio de sus vivencias desde la periferia, reafirman el discurso de los dominantes y se genera la automarginación, es por eso que deben armarse de justificaciones éticas y jurídicas para edificar un discurso que legitime, por lo menos en esos aspectos, su vida. Cada situación fijada en el orden biológico tiene un efecto perpetuador en lo simbólico, haciendo indisoluble la mente del cuerpo y viceversa.

Una mirada crítica a la situación de las mujeres en el mundo nos lleva a precisar los contextos en los que se desenvuelven y sus condiciones económicas, sociales, culturales y laborales. Al analizar estos aspectos encontramos divergencias de todo tipo, lo que da cuenta de información importante que permite un análisis profundo de dichos contextos. No obstante, hay aspectos, como el cultural, en los que han sido pocos los avances: ha permanecido el mandato según el cual las mujeres deben ser esposas, madres, hermanas, abuelas e hijas devotas. Aquí, las diferencias de tipo sexual y de género no son irrelevantes porque son éstas las que permiten el silencio cómplice de la inequidad y, en este punto, las mujeres lesbianas son un tabú, una negación de lo normativo, de lo moralmente aceptado. Por lo tanto, es necesario hacer una reivindicación de las mujeres y su historia no sólo para conocer su importancia sino para generar cambios sociopolíticos y estructurales que den cuenta de los avances que se están gestando en cuanto a la reivindicación de derechos y la aceptación de la diferencia.

Las lesbianas, más que ningún otro grupo en la diversidad de las mujeres, tienen unas características vivenciales que les dan una forma diferente de afrontar la vida. ¿Cómo se ven ellas? ¿qué pasa con sus diferentes roles en la vida cotidiana? Las hay prostitutas, madres, solas, casadas, pertenecientes a etnias, estratos socioeconómicos distintos, así como también de diferentes culturas y niveles educativos. Sin embargo, son asumidas desde sus diferencias como mujeres comunes; estas preguntas y muchas más

hacen parte de lo que sustenta esta propuesta investigativa, puesto que es necesario rondar el universo que se ha construido de ellas sin ellas.

De este modo lo afirman Sardá, Posa y Villalba (2006): “el nombre es una marca identitaria que posiciona a las mujeres en el mundo y ante los otros, desde la cual las mujeres definen tanto su autopercepción como sus relaciones con las y los demás” (p. 1).

Según mi concepto, Wittig (2006) define muy bien el término al afirmar que “lesbiana es el único concepto que conozco que está más allá de las categorías de sexo porque el sujeto lesbiano no es una mujer en el sentido económico, ni político, ni religioso” (p. 43).

Nuestras apreciaciones teóricas como investigadoras suman preguntas en las que el vacío de la identidad lesbiana cobra importancia en un contexto histórico para la humanidad desde los enfoques en derechos. Cada pregunta planteada sobre la constitución teórica de la identidad lesbiana resulta en la indefinición como problema, pero también en las diferencias que son sutiles en el mundo y en su necesidad de homogeneidad. Cabe anotar que a partir de ser lesbiana se han construido imaginarios. Fernández (1993) los define así: “el imaginario social consolida las condiciones reproductivas del poder producido; es decir, garantiza la continuidad del poder producido” (p. 240). Con esta frase queda claro que los imaginarios tienen en su fondo histórico e ideológico reproducir percepciones alteradas de lo real, obligando a racionalizar las conductas de las mujeres desde la mirada del patriarcado que hila fino; el poder y la violencia encierran imágenes que necesitan problematizarse y preguntarse cómo responder a un modelo social que imagina a las mujeres, y, al hacerlo, las limita, creando muros a su alrededor que cierran las posibilidades de individualidad respecto al desarrollo desde su derechos humanos.

Ahora, ¿cómo se reproducen tantas ideas acerca de lo femenino? Es evidente que el sistema patriarcal se vale del poder simbólico, el discurso y la legitimidad cultural como recurso de primera mano que organizan las acciones de las mujeres; en esta medida reproducen el poder dañino a través de una tradición cultural: el universo de la vida de las mujeres en el mundo.

La violencia contra las mujeres, en ese sentido, es perpetuación de imaginarios que les confieren el sentido de ser no desde ellas sino desde los otros; la posesión fragmenta su individualidad y permite la desestructu-

ración síquica. Como lo menciona Velázquez (2003) en su texto *Violencias cotidianas, violencia de género*:

La ideología dominante privilegia valores que hacen invisible las violencias en el contexto del hogar. [...] [la] desestructuración síquica que es el elemento clave en la perpetuación de las violencias, imaginadas, naturalizadas y creadas en los discursos de la organización social y cultural del mundo (p. 30).

Ahora bien, si es cierto que los imaginarios son construcciones que se hacen de los otros, la manera cómo ellas se ven ante esto es relevante como problema.

Teniendo claros los aspectos clave del imaginario social, se puede decir que este depende de la ordenación, clasificación y elaboración de sistemas de categorías con los que se comparan los estímulos que el sujeto recibe y a través de los cuales se identifican las nuevas experiencias sensoriales, transformándolas en eventos reconocibles y comprensibles dentro de la concepción colectiva de la realidad. De igual forma, se recolectan evidencias a partir de las cuales las sensaciones de objetos o eventos conocidos con anterioridad adquieren significado al ser interpretadas e identificadas como las características de las cosas.

Para Giddens (1995) esto quiere decir que “las mujeres han sido sujetos de forma ideológica en la construcción del amor y su sexualidad, una sexualidad heteronormatizada en la que las preguntas de no serlo no son relevantes” (p. 12). Por lo tanto, se puede decir que uno de los aspectos que confirma los patrones establecidos es el del amor romántico. Ya lo dijo Rich (1985, citada en Pisano, 1999):

Antes de que existieran o pudieran existir cualquier clase de movimientos feministas existían las lesbianas, mujeres que amaban otras mujeres, que se rehusaban a cumplir con el comportamiento esperado de ellas, que se rehusaban a definirse con relación a [sic] los hombres, aquellas mujeres, nuestras antepasadas, millones, cuyos nombres no conocemos, fueron torturadas y quemadas como brujas (p. 167).

Es necesario, entonces, hacer una reivindicación de las mujeres y su historia, no solo para conocerles sino también para generar cambios sociopolíticos y estructurales que den cuenta de los avances que se están gestando respecto a la posibilidad real de los derechos a la aceptación y a la diferencia.

1.1. Barranquilla y América Latina

En la ciudad de Barranquilla (Colombia), donde se sitúa esta investigación, se encuentran iniciativas de grupos activistas, los cuales trabajan en defensa de la población LGBTI. Se aprecia un liderazgo masculino, más no es visible el de lesbianas activistas.

Desde el 2008, el tema de reivindicación de la población LGBTI ha sido abordado con acciones que apuntan a la visibilización: es así como en el año 2009 nace la Mesa Distrital LGBTI para el reconocimiento de los derechos de esta población. Otra iniciativa es la encuesta realizada por Corpovisionarios –entidad sin ánimo de lucro dirigida por Antanas Mokus– que desde 2005 trabaja temas de cultura ciudadana sobre rechazo y aceptación de los barranquilleros a la comunidad homosexual. Dicha encuesta reveló que un 52 % de la población tiene opiniones desfavorables sobre el tema.

En el 2010 se realiza la primera marcha del Orgullo LGBTI con el apoyo de la administración distrital y la sociedad civil; en el 2011, con la participación de Caribe Afirmativo, se crea la ruta de atención para personas LGBTI; en ese mismo año se inician campañas de prevención y atención a quienes son víctimas de violencia. Entre 2011 y 2012, se generan dos iniciativas importantes: una es la Mesa de Atención a situaciones de violencias a personas LGBTI, donde participan la Defensoría del Pueblo, la Policía Metropolitana, la Fiscalía y la Procuraduría bajo la coordinación de Caribe Afirmativo.

Las otras son iniciativas permanentes que han sido apoyadas por el distrito de Barranquilla: el Día Internacional de la No Homofobia, la *guacherna gay* en los carnavales y la Marcha del Orgullo LGBTI. La iniciativa más reciente se dio en 2016 con la apertura del programa *Mujeres y Género* que, eventualmente, sería clave para la visibilidad del tema en la ciudad. Sin embargo, de momento solo se están apoyando eventos como la Marcha del Orgullo *Gay* y el Día Internacional de la No Homofobia (Fundación Sky, 2013). El propósito de esta investigación y de todo lo que resulte de ella es hacer visibles a las mujeres lesbianas desde sus propias voces.

Hacer una construcción de realidades femeninas invisibilizadas es un arduo proyecto puesto que no se evidencian fuentes de información lo suficientemente confiables sino vagas suposiciones y conclusiones que sólo confirman que la temática aquí referida es una historia por construir,

en tanto lo que existen son apreciaciones subjetivas que dejan al objeto de estudio en una maraña de conceptualizaciones que dan continuidad al vacío de un fenómeno social particular demasiado estigmatizado y, por ende, poco estudiado.

A lo largo de la historia se encuentran diferentes formas de nombrar las relaciones entre las mujeres, los actos sexuales o la «masculinidad femenina»: en latín, *frictix*; en griego, *tríbada*, y desde el siglo V a. C., *sáficas*; el gentilicio *lesbia* aparece en textos de los siglos IX y X; *viragos* durante el Renacimiento; *amante celeste* en el siglo XIX, y en el afán clasificatorio del siglo XX se crea el término *urnigas*. El término lesbiana, según los datos de historiadoras, se remonta al siglo XVIII con la aparición del término *tribadismo* para referirse a las relaciones sexuales entre mujeres; en el siglo XIX la medicina denomina a las lesbianas como el *tercer sexo*, asociándolas con una enfermedad psiquiátrica.

Posteriormente, Freud define la homosexualidad femenina como inmadurez en el desarrollo psicosexual de las mujeres, pero es en la Europa del siglo XX cuando el lesbianismo comienza a visibilizarse bajo las figuras de Gertrude Stein y Alice Tokles, quienes crean espacios literarios en los que confluyen las lesbianas (Falquet, 2004). Otros nombres a lo largo de la historia se suman a estas definiciones, entre ellos *las camioneras*, *marimachos* y *tortilleras* (este último que define la forma de relacionarse sexualmente). Todas estas definiciones marcan formas de discriminación vistas no solo desde la anormalidad genérica sino también desde la mirada clínica, tan influyente y descalificante, de las prácticas lésbicas.

Lo anterior explica cómo el lenguaje se ha constituido en una herramienta eficaz a lo largo de la historia para legitimar un discurso que justifica la aberración de las relaciones amorosas entre mujeres, tal como Platero (2009) lo afirma: “el lenguaje sirve para construir la realidad y hacerla comprensible en un marco de referencia concreto; el lenguaje es importante porque ordena la realidad” (p. 39). Sabemos que las relaciones entre mujeres se reconocen y valoran negativamente, y teniendo en cuenta que el lenguaje ha sido vehículo de una tarea incesante de eliminación y reescritura a lo largo de la historia, este marca no solo pautas de rechazo sino también de miedo, ya que guarda todas las objeciones de la naturaleza humana a una práctica normal.

No obstante, a través de la historia encontramos a distintas mujeres que crearon espacios de socialización en los que se debatía sobre sexualidad, religión, etc., tal como lo expone Hunt (s.f.):

Mary Daly [es] una lesbiana que extendió el significado de esta palabra. Ella salió del *placard* a comienzos de los años setenta; habló, en esa época, públicamente, sobre su identidad sexual, después escribió sobre lo inadecuado de los términos del amor homoerótico definido por el varón; en su léxico imaginativo –*Websters' First New Intergalactic Wickedary of the English Language, 1987*–, que escribió en confabulación con Jane Caputi, define *Lesbiana* (siempre con una 'L' mayúscula) como “una mujer que ama a una mujer; una mujer que ha roto el terrible tabú contra la mujer que toca a otra mujer en todos los niveles, rechazando las lealtades falsas a los varones en cada ámbito”. Por su parte, Mary Daly rechaza la liberación *gay* dominada por el varón e insiste en que las mujeres sean las protagonistas sin tener en cuenta a sus compañeros sexuales. Rechaza las opciones transgénéricas considerándolas un refuerzo de los roles sexuales estereotipados. Hace realidad sus compromisos en compañía de amigas mujeres y con la convicción que nuevas maneras de ser son posibles (p. 2).

Esta mujer se adelanta a su época y pudo visionar lo que sería, más adelante en la historia, la discriminación en los movimientos *gay* y de mujeres en el mundo.

Siendo de vital importancia enmarcar el contexto histórico en el cual el movimiento lésbico empieza a visibilizarse, empezaremos por decir que surge en un ambiente de cambios políticos, sociales y culturales: se originó en el mundo occidental a finales de los sesenta, en alineación con el movimiento feminista denominado *la segunda ola* y el movimiento homosexual. Es necesario aclarar que, si bien en un inicio el movimiento lésbico comparte la ideología y la lucha feministas, con el tiempo se sienten excluidas de estas, pues el fortalecimiento del imaginario que relaciona al feminismo con ser lesbiana, causa temor en ciertos sectores del movimiento feminista. Sumado a esto, las feministas no cuestionaban la heterosexualidad obligatoria: “el carácter principal de una mujer invertida sexualmente es un cierto grado de masculinidad, los movimientos bruscos y enérgicos, la actitud y el andar, la mirada directa, las inflexiones de voz, sobre todo, la manera de estar con un hombre, sin timidez ni audacia” (Falquet, 2004, p. 36).

Es importante entender que en la construcción histórica existe también la mirada del investigador o investigadora. Esto es clave, ya que no es lo mismo ver un objeto de investigación desde una perspectiva “anormal” (es decir, que patologiza) que verlo desde un signo claro de diferencia-

ción. Esta elección es la que quizá genera que haya tantos textos con posiciones parecidas, homogeneizadoras, y que de alguna manera no aporten al debate científico elementos de apertura académica (Gimeno, 2005b).

A finales de los años sesenta, la llamada nueva antropología de la mujer comienza a elaborar un conjunto de teorías y categorías que hacen posible el estudio de las mujeres lesbianas como sujetas de sus culturas y sociedades, así como de la homosexualidad femenina y el homoerotismo y lesbianismo como construcciones históricas, sociales y culturales.

Las antropólogas feministas han desarrollado la crítica a los marcos teóricos y a las categorías utilizadas para analizar los temas mencionados, centrándose en la pretensión de universalidad de estas y estableciendo sus distintos significados culturales e históricos (Alfarache, 2001).

Transcurría el año 1983 y en las afueras de la ciudad de Lima se llevaba a cabo un evento académico, el II Encuentro Feminista Latinoamericano, que impactó de manera significativa no solo a las simpatizantes del feminismo sino también a las lesbianas feministas: por primera vez se brindaba en un encuentro feminista un espacio de debate en torno al lesbianismo (Sardá, Posa y Villalba, 2006).

En contraste, en la ciudad de Bogotá, dos años antes de lo sucedido en Lima, tuvo lugar el I Encuentro Femenino –en 1981–, pero la discusión respecto al lesbianismo se quedó solo en comentarios sin lograr mayor trascendencia. Lo acontecido en Lima fue importante en tanto se evidenció la diversidad existente dentro del movimiento feminista y que las lesbianas eran parte importante del mismo, pero que, a su vez, tenían sus propias luchas y búsqueda de reconocimiento.

Luego de este espacio de debate en el que muchas mujeres se asumieron como lesbianas surgió la necesidad de fomentar este tipo de espacios de discusión en los cuales buscaban satisfacer sus inquietudes, además de luchar contra la discriminación social, cultural, política, laboral y familiar. En distintos países de Latinoamérica se crearon nuevas organizaciones entre las cuales se encuentran el Grupo de Autoconciencia de Lesbianas Feministas –GALF– en el Perú; el Colectivo Lésbico Feminista Ayuquelén, en Chile; Mulas, en México, y Mitilene, en República Dominicana. Si bien estas organizaciones fueron importantes en lo que respecta al crecimiento del movimiento feminista lésbico, necesitaban un encuentro solo para ellas, es por ello que en 1985 tuvo lugar el III Encuentro Feminista Latinoamericano y del Caribe, realizado en Bertioiga,

Sao Paulo. En este encuentro se puso en cuestión la necesidad de que las lesbianas tuvieran un escenario propio para pensarse a sí mismas y sus luchas (Sardá, Posa y Villalba, 2006).

Al respecto, Riquelme (2004) dice lo siguiente:

Necesariamente se habló de la intolerancia que atraviesa la sociedad e incluye al feminismo heterosexista en nuestros países. Desgraciadamente, el prejuicio que ve al feminismo como sinónimo del lesbianismo provoca pánico en muchas compañeras que les hace rechazarnos [sic] si somos asumidamente lesbianas, no se diga si somos activistas. Para completar el cuadro, muchas lesbianas feministas dedican su activismo a otras luchas, puesto que el activismo lésbico no es prioritario para ellas. Sin embargo, comienzan a nacer y a crecer las organizaciones lésbicas en América Latina, y en Ginebra se dio la determinación y energía para crear y construir un movimiento a nivel del continente (s. p.).

Lo anterior demuestra la necesidad del movimiento feminista lésbico de legitimarse y de autorreconocerse. Si bien muchas de sus luchas coinciden con el feminismo, y ambos movimientos buscan la igualdad de la mujer en todos los aspectos de las estructuras de la sociedad, lo cierto es que lesbianas y feministas no compartían todas las luchas, y a ello se le sumaba el creciente temor del feminismo de que no se les asociara con el lesbianismo. Una vez organizadas las lesbianas, tiene lugar en México el I Encuentro Lésbico Feminista Latinoamericano y del Caribe en 1987.

Luego de este efervescente momento, la lesbofobia se apropia de los grupos feministas, los cuales, por temor a ser confundidas con las lesbianas, tomaron distancia de estas y se separaron como organización. Esta situación sería una constante a lo largo del movimiento lésbico en el mundo, la necesidad de hacer distinciones y de no nombrarse en los grupos de activismo ha sido la forma a través de la cual han pervivido los movimientos de lesbianas. Esto es constatable por lo ocurrido en los años noventa, cuando en la conferencia de la Organización de las Naciones Unidas –ONU– las demandas de las lesbianas no fueron tenidas en cuenta: el derecho a la opción sexual no fue incluido en ninguno de los documentos, pese a que se visibilizó la existencia lésbica (Sardá, Posa y Villalba, 2006).

En cuanto a los trabajos que se encuentran sobre el tema, *Atención ginecológica de lesbianas y bisexuales: notas sobre el estado de situación en Argentina*

(Brown et al., 2013), ofrece una investigación con enfoque médico desde la mirada de lesbianas y bisexuales, la cual aborda la linealidad de la heterosexualidad en la salud de las mujeres lesbianas y bisexuales.

1.2. Colombia

Es difícil hablar de un movimiento lésbico en Colombia. Tres serían las razones. Una es que las formas de organización de las lesbianas no han logrado aún una estructura permanente que articule a distintos subsectores y sobrepase las coyunturas. Esto, en todo caso, no resta valor a estas organizaciones. Otra, la construcción del sujeto lésbico colectivo en el país es un proceso hasta ahora incipiente, debido, en gran medida, a que el desarrollo de la identidad y las subjetividades lésbicas ha chocado con la profunda lesbofobia de la sociedad. Por último, porque sólo recientemente pasamos de tener organizaciones *gays* o mixtas –en las que las lesbianas fueron invisibilizadas o había una baja participación de ellas debido a la dominación masculina presente no sólo en la sociedad heterosexual sino dentro del sector *gay*– a contar con organizaciones femeninas más amplias y permanentes que luego establecieron alianzas con otros sectores sociales como el de mujeres transgeneristas y bisexuales (Esguerra, 2005).

Sin embargo, Colombia no estuvo exenta de la conformación de grupos de activismo *gay* y mixto, inclusive años antes del Primer Encuentro Feminista Latinoamericano en el que siempre permaneció silenciosa o invisibilizada la participación de las lesbianas: “dentro de estas organizaciones, en su totalidad *gay* o mixtas, vale la pena resaltar a GRECO –Grupo de Estudios de la Cuestión Homosexual–, el primero en integrar mujeres y en generar alianzas con grupos feministas” (Esguerra, 2005).

Grajales e Ibarra (2012, p. 38) añaden a lo anterior:

En 1994, Juan Pablo Ordóñez, residente en Washington, ganó el premio Felipa de Souza otorgado por la *Human Rights Award* y la *International Gay and Lesbian Human Rights Commission* –IGLHRC–. A raíz de este reconocimiento, se trasladó a Bogotá en el segundo semestre del mismo año y junto a Germán Humberto Rincón organizaron la Asociación Colombiana de Lesbianas y Homosexuales, un proyecto que pretendía agrupar las organizaciones existentes.

Cabe anotar que la Asociación Colombiana de Lesbianas y Homosexuales fue la primera organización en incluir dentro de su nombre de manera explícita la palabra *lesbiana*. Como un brazo de esta asociación nace el grupo Solidaridad Lésbica -SOL-, cuyas integrantes inicialmente constituyeron un grupo de trabajo sobre identidad femenina, género e identidad lésbica (Documentos e historia, 2015).

SOL y Feministas Autónomas, este último un grupo que podríamos considerar heterofeminista, se constituyeron posteriormente en los antecesores más importantes del grupo Triángulo Negro, fundado en septiembre de 1996. Su nombre es subversivo y alude al símbolo con el que los nazis tatuaban a las mujeres «antisociales» con fines de segregación y eliminación. En 1997, Triángulo Negro se convirtió en el primer grupo abierto a la participación de cualquier mujer lesbiana (Documentos e historia, 2015).

Según Esguerra (2005), uno de los logros más importantes que alcanzó el grupo Triángulo Negro fue la demanda en contra del Estatuto Docente, el cual dictaminaba que la homosexualidad era sinónimo de mala conducta por parte de los docentes y, por lo tanto, se les debía iniciar un proceso disciplinario que podía resultar en la pérdida del escalafón. La demanda fue ganada y la participación de las docentes fue crucial para obtener este logro.

Luego de esto surgen distintas organizaciones como Colectivo Lésbico, Mujeres al Borde, Grupo de Lesbianas de Colombia - GLC -, Dalai y Labrys, enfocadas en diferentes ámbitos de interés para las lesbianas: en la investigación, la política, las redes, el arte, etc.

En el año 2000, Colectivo Lésbico, Mujeres al Borde y Labrys comenzaron a hacer parte del sector de *gays* y lesbianas -actualmente denominado sector LGBT (lesbianas, gays, bisexuales y transgeneristas)- del entonces naciente proyecto Planeta Paz, que busca [hasta hoy, con el apoyo del gobierno noruego] vincular a sectores sociales tradicionalmente no escuchados [y de todas las regiones de Colombia], [...] a la solución pacífica del conflicto social y armado en el país (Esguerra, 2005).

Se destacan Colectivo Lésbico y la Escuela de Estudios de Género de la Universidad Nacional, particularmente el trabajo de Camila Esguerra realizado en 2002, *Del peccatum mutum al orgullo de ser lesbiana: grupo Triángulo Negro en Bogotá*.

A este sector, en el 2003, se sumaría el entonces conformado Grupo de Mamás Lesbianas (Esguerra, 2005).

Según Esguerra (2005), dentro de este sector los grupos lésbicos tuvieron también que generar una resistencia frente a la dominación *gay*, resistencia que compartían con los subsectores de personas bisexuales y transgeneristas. A partir de esta resistencia, en el 2003 se creó la red Nosotras LBT (integrada por mujeres y organizaciones lesbianas de las ya mencionadas), y Trans-Ser y Cortransgénero, para mujeres bisexuales y transgeneristas, que se constituyeron en un ejemplo organizativo dentro del sector LGBT. Además de esto, es importante resaltar que en el año 2003 se creó un comité de impulso para el proyecto de ley que reconocería a las parejas del mismo sexo y sus efectos patrimoniales, pese a que en esa época fue archivado el proyecto.

De este comité de impulso –que contaba con una estrategia de incidencia política, una de medios, un “tanque de pensamiento” y una especie de comisión de gestión social– se desprendió la organización Colombia Diversa, cuya dirección, no gratuitamente, está en cabeza de una de las líderes lesbianas feministas más activas en procesos organizativos y de visibilización en el país (Esguerra, 2005).

En el 2006, Colombia Diversa aborda el tema en las escuelas de Bogotá a través de una cartilla que arroja como resultado el informe *Diversidad y Escuela: hacia una caracterización de las prácticas de inclusión y exclusión de la población LGBT en 5 jornadas de 4 escuelas distritales*. Por otro lado, está la experiencia de enfoque diferencial LGBTI desarrollado por la Subdirección de Participación Unidad para la Atención y Reparación Integral a las Víctimas. Este trabajo se fundamentó en la búsqueda de información y revisión de casos en los que se revisaría el enfoque diferencial como elemento importante en el desarrollo de acciones respecto a la inclusión.

En 2008 se cuenta con el informe auspiciado por la Alcaldía de Bogotá bajo la administración de Samuel Moreno Rojas, con el acompañamiento de la Dirección de Cultura, Arte y Patrimonio, para la elaboración del *Diagnóstico de las expresiones culturales y de identidad de la comunidad LGBT, sus formas de organización y la caracterización de algunas de sus actitudes frente al ejercicio de derechos*. En este informe se trabajó en la búsqueda de todas las expresiones de identidad de la comunidad LGBTI en Bogotá, caracterizando las formas de organización y proyección de ser *gay*.

Otro trabajo importante es *La construcción de la lesbiana perversa*, de la investigadora Beatriz Gimeno Reinoso (2008). En 2009, se desarrolla en Colombia la investigación sobre los procesos de crianza de niñas y niños por parte de homosexuales, *Homoparentalidad en Colombia: trazas iniciales de una investigación en curso* en el que su autora, Bárbara Zapata (2009), adelanta la discusión sobre el tema de las familias en parejas del mismo sexo.

En 2010, desde una mirada antropológica, Curiel analiza la constitución colombiana en su tesis de maestría *El régimen heterosexual de la nación: Un análisis antropológico lésbico-feminista de la Constitución Política de Colombia de 1991*; también está el trabajo de pregrado de la Universidad Javeriana de Carlos Alberto Gámez Rodríguez (2009), *Logros y desafíos del movimiento LGBTI de Bogotá para el reconocimiento de sus derechos: una mirada desde la acción colectiva, las estructuras de oportunidad y la política cultural*, el cual documenta la incidencia del movimiento LGBTI en Colombia.

Nancy Prada irrumpe con su tesis de maestría *Placeres peligrosos, discursos actuales sobre sexualidad de las mujeres en el periódico El Tiempo* (2010). En 2012, se publica el trabajo de César Sánchez, *Hasta que el amor les dure: debates en torno a las parejas del mismo sexo en el contexto colombiano*.

Así mismo, se resalta el trabajo de Claudia Rivera Tirado (2013), *Representaciones sociales de "mujeres" lesbianas en prensa escrita de Colombia. Un análisis de la colonialidad de género y la heterosexualidad obligatoria*. Se cuenta como un aporte importante el trabajo de la socióloga Ligia Cantillo Barrios, *La población de lesbianas, gays, travestis, bisexuales e intersexuales (LGBTI) en el departamento del Atlántico*, el cual contiene estadísticas acerca de los grupos sociales mencionados en el título y se constituye en el primer trabajo que aborda esta temática desde la sociología en Barranquilla. Su trabajo no es específico sobre lesbianas, pero su valor agregado está en el levantamiento de estadísticas en Barranquilla, que constituyen un acercamiento importante al tema.

A nivel local es importante resaltar el esfuerzo académico e investigativo que arrojó la política pública de mujeres en Barranquilla, la cual tomó elementos de análisis que incluyen a la población LGBTI; se identifican también el *Informe de caracterización y priorización de necesidades en la línea de violencia y Barranquilla como ciudad insegura, y la tendencia a la impunidad y denegación de justicia para las mujeres y los grupos LGTB* (Vos et al., 2011).

Las instituciones desconocen y no aplican procedimientos de género sensitivos con base en la normatividad nacional e internacional en

materia de derechos humanos de las mujeres y las poblaciones LGTB, lo que hace que se aplique e interprete el derecho desde la mirada masculina de la cultura patriarcal, por ende, resulta ser discriminatorio y sexista” (Vos *et al.*, 2011, pp. 123-124).

Capítulo II

Identificación de los imaginarios sociales construidos de sí mismas como lesbianas

Corresponde señalar qué es ser lesbiana. Quizá, esta palabra, que define para los demás absolutamente todo el universo simbólico del mundo, contiene en sí una forma muy fuerte de definir mi deseo, mi amor y mi mundo confinado; esa palabra que encierra desconocimiento y, sobre todo, una lista interminable de adjetivos peyorativos que no me definen, pero que sí define para los otros mi lugar en el mundo.

2.1. Reflexiones acerca de la lesbianidad

Es importante comprender la categoría que ocupa lo femenino no solo en el discurso sino también desde lo histórico. Por ejemplo, para Platón, en la antigüedad, las mujeres se equiparaban con las bestias como una clasificación práctica de lo «no humano», lo que responde a una misoginia no cuestionable en el pensamiento occidental.

Las particularidades de ciertos grupos sociales –especialmente de las minorías– resultan en que los análisis respecto a estos no sean, en términos generales, lo esperado. En este caso, la realidad de las lesbianas se encuentra enmarcada en muchos vacíos históricos, porque si bien es cierto que autoras como Beatriz Gimeno y Raquel Platero, entre otras, le apuntan a escribir su historia en España, estas propuestas son de las pocas en

su estilo. Entonces, ¿cómo construimos una realidad desde la opresión y la invisibilización? Es una pregunta que obliga a repensar la lesbianidad como un fenómeno cambiante y a la vez estático, dadas sus condiciones históricas en las que la adhesión a grupos de activismo nuevamente las ha invisibilizado. Esta es una buena razón, ya que prevalece el patriarcado en esa innombrable forma de estar sin ser, sin preguntas ni permisos de ningún tipo, sin tener ni voz ni voto, porque en medio de la generalización se pierden las necesidades particulares.

Por ejemplo, las fobias son muchas, pero aquí se enmarca en este primer nombre: homofobia. La lesbofobia no es importante, no se ha extendido y el término ni se ha normalizado en la sociedad, y aunque tiene un reconocimiento obvio entre los activistas hombres, esto no tiene ninguna injerencia en la entidad convocante, convirtiendo la invisibilidad de las mujeres lesbianas en una historia que se repite, en algo de nunca acabar, pues no hay visibilidad ni hay activistas mujeres que den la cara a este tema, tal vez porque gana siempre el miedo al estigma, el miedo a aparecer en la historia con una marca indeleble y vergonzosa, dándose una construcción deformada de las mujeres en el contexto de la lesbianidad.

La repetición de roles heterosexuales suele ser la asociación que se hace con las lesbianas. Esto se da en el plano de lo no contado y es la confirmación de un imaginario que se ha ajustado a la fuerza en la historia de las mujeres lesbianas, esta suposición de extender los roles heterosexuales a la lesbianidad simplificando su mirada del mundo social y sexual, en la que todas son «masculinas» y en la que, a su vez, responden eróticamente de la misma forma, ejerciendo control y violencia contra sus parejas. Además, se parte del supuesto de que quieren familias con las mismas estructuras de asignación de roles, siendo esto una de las formas de construir la historia de la lesbianidad.

Precisamente, esta visión pesa en la realidad de las mujeres lesbianas como lo más evidente en su marca de «mujeres enfermas» o no ajustadas a su rol, y configura un contrato con la sociedad desde lo marginal porque, si bien es cierto que algunas mujeres responden a propuestas «masculinas» –esto es válido desde su derecho al libre desarrollo de la personalidad–, todas no quieren ser «masculinas» y de hecho no todas lo son, lo que genera que sean reconocidas por el aspecto y no por su sentir. Por eso, si hay algo demoledor en la historia de cualquier grupo social es la poca información e investigación que existe, lo cual va construyen-

do un imaginario socialmente aceptado. Igualmente, esto afecta en la no aplicación de políticas públicas y la nulidad de sus vidas como posibles.

La cultura lésbica está fundamentada fuertemente en la heterosexualidad porque aún no ha podido liberarse del lastre del patriarcado, y esto no ha sido posible porque persiste la fuerza de la costumbre. Como diría Margarita Pisano (1999) "no hay otra forma de ser"; además, está la exigencia social de reproducir el modelo de familia heterosexual.

La invisibilización ha hecho un daño terrible en la historia de las lesbianas y las películas son muestra de esto, pues son las que mejor ponen en escena la deformación de la realidad de forma acrítica y reprochable, además reproducen un discurso que queda inmerso en el inconsciente colectivo e individual como una verdad aceptada y difundida. ¿Acaso no hay una historia que contar?, ¿acaso no han sido también mujeres lesbianas feministas las que han aportado a los procesos de emancipación de las mujeres? Eso, sin embargo, no importa, pesa más lo que se ha construido como formas únicas de ser.

Las mujeres han tenido un discurso que les ha permitido mejorar sus propias condiciones en el mundo, pero aún no beneficia a todas en la diversidad y con sus particularidades; sigue predominando el patriarcado porque se benefician las que mejor acreditan, representan y se ajustan a este sistema ideológico. Pensada desde los otros, la cultura se impone como juez y parte de los conflictos en la vida de las mujeres. Esto se ha naturalizado tanto que aún existe la creencia de que cuando se habla del movimiento *gay* se está hablando e incluyendo enteramente a las mujeres lesbianas. Esta realidad es producto, una vez más, del poder de los hombres que se materializa en el discurso de la omisión; la abrumadora cifra de investigaciones sobre los *gays* reafirma esto. Tampoco hay que olvidar que están otros aspectos como la historia del movimiento *gay*, que se adhiere a los movimientos feministas en el mundo; sin embargo, esta no se inscribe al origen de los movimientos de lesbianas o a la historia de la colectividad lesbiana.

El lenguaje sirve para construir la realidad y hacerla comprensible en un marco de referencia concreto; el lenguaje es importante porque ordena la sociedad. El ejercicio de nombrar provee en un marco de significación como grupo y como identidad social, un espacio para crear una subjetividad lesbiana (Platero, 2009, p. 39). Por lo tanto, el lenguaje se convierte en una herramienta contundente a la hora de referirse a las lesbianas. En la gran mayoría de los casos la manera de nombrarlas es a través de tér-

minos despectivos como *perversas, anormales, ninfómanas, areperas*, entre otros, que distorsionan lo que ellas son como seres humanos.

Las mujeres han existido desde su función como reproductoras de la cultura y esta suele ser una de las fuentes de su dominación. Sin embargo, subvertir el orden establecido está mediado por su negación a la reproducción, y aunque muchas mujeres son lesbianas, una parte importante opta por no serlo. Esta respuesta desencadena una marcada marginación: no ser madres, elegir no serlo, es aún hoy un acto que atenta contra el establecimiento de una cultura patriarcal, contra la posición de situarse en la vida desde las elecciones y no desde la tradición.

Esto deja claro que los estereotipos fijan y tiene la necesidad de ser confirmados por la realidad.

Desesencializar es repensar lo construido hasta ahora como una cultura que crea una ideología; que, en su consecución, reviste a las mujeres de un mundo simbólico que quizás ellas no han pensado, solo interiorizado.

Esta apreciación tiene inmersa una configuración de lo femenino a partir de los otros, que a su vez solo responde de forma adecuada a las construcciones de lo femenino establecidas desde la homogeneidad que se tiene como mandato y en la que las mujeres no son pensadas como homogéneas -incluso ellas mismas no la sienten impuesta-. Sin embargo, cuando el cuerpo expresa otro sentir a partir del desarrollo de la personalidad, esa necesidad para muchas de sentirse bien consigo mismas es una apuesta riesgosa en la formación de lo que llaman identidad y cada situación que conformamos como grupo social y humano clasifica la naturalización de los otros y las otras.

La poca información sobre este tema deja en evidencia que algo tan significativo como la identidad queda vedada del panorama de la sociedad. No nombrarse es no existir y, en concreto, no tener lugar ¿Dónde están las lesbianas como grupo, su identidad y qué define esa identidad, sus subjetividades, sus espacios de interacción? Al ahondar en estas preguntas se evidencia que la documentación sobre las lesbianas es poca, sobre todo teniendo en cuenta que estamos en un siglo que amerita que los temas de sexualidad sean ligeros y fáciles de sincronizar. A pesar de esto, encontramos que este tema aún está cargado de preconceptos negativos que agotan las posibilidades de entender el fenómeno como un hecho social relevante, por esto es importante resaltar la necesidad de entender el tema desde un ABC, es decir, desde su forma más básica.

Se debe aclarar que el lesbianismo es menos estudiado que la homosexualidad. La mayoría de los estudios son sobre varones homosexuales, y las mujeres lesbianas, históricamente, han estado en un espacio “cómodo” desde la invisibilización. Su aparición ha permitido hacer visible lo invisible en todas las conceptualizaciones pertinentes, pues estas teorías se han preocupado por no dejar fuera a ningún grupo social, teniendo en cuenta sus especificidades. A partir de lo anterior, se puede afirmar que estas teorías se constituyen en uno de los avances más importantes en las ciencias humanas y sociales, en tanto han permitido un sistema más completo y dinámico. La invisibilidad ha estado apoyada en las imágenes que reproducen las personas cuando definen la palabra *lesbiana* desde una reducida configuración del mundo, situando lo humano como una experiencia temida y horrorosa; las entrañas del miedo obligan a que se perpetúe la estigmatización que, siendo más fácil de asumir por su forma de categorizar de forma breve lo desconocido, se convierte a su vez en una de las mejores formas de internalizar razones de odio.

Esto ha desencadenado toda una serie de marginaciones que solo son respuesta de una sociedad misógina y lesbofóbica. Cuando las mujeres que se asumen como lesbianas toman posiciones no habituales desde lo que se espera de las mujeres, subvierten el orden de la cultura, específicamente la maternidad, que se convierte en una de las primeras reglas que se rompen en su contrato con la sociedad. Este elemento determina al conjunto situando la afirmación de que todas queremos ser madres, y aunque esta aseveración culturalmente legitimada no corresponde con la vivencia de todas, se referencia como una imposición más de la cultura patriarcal.

A finales del siglo XIX y principios del XX permanecía en el imaginario que las mujeres independientes y decididas eran anormales y sospechosas. Esta forma de asumir la vida tuvo eco en el movimiento feminista, el cual, en el imaginario, fue asociado con dicha anormalidad, creando uno de los más peligrosos imaginarios: la asociación de las lesbianas con las feministas. Es de anotar que la determinación y la seguridad son características asociadas a lo masculino, por lo tanto, salirse de la norma que determina el rol socialmente aceptado desencadena un serie de señalamientos por parte de la sociedad.

Otro de los imaginarios asociados con las lesbianas que nace de esa percepción histórica es la inversión de roles: en una pareja de mujeres una debe obligatoriamente asumir un rol «femenino» y la otra uno «masculi-

no». Esta concepción tiene que ver con el enfoque sexológico que asociaba a las lesbianas con las «invertidas anormales».

Es de vital importancia señalar que muchas de las lesbianas tienden a desarrollar comportamientos y ademanes considerados masculinos, no obstante, no todas pueden asumirse desde esta óptica. La *butch* y la *femme* sí asumen roles desde su aspecto exterior, en donde hay cabida para un deseo transgresor: ser penetrada y penetrar a las mujeres como una forma de intercambio erótico sexual no determinado para su género.

Justamente, el abordaje humanista a esta lógica es la reafirmación de la opresión y de la desigualdad. Paradójicamente, gracias a la lógica de asignación de roles, las más afectadas y, a la vez, reproductoras de ellos son las mujeres. Las diferencias no son un asunto que compete a los dos sexos biológicamente aceptados, esto ha sido, desde la historia de la opresión, una tarea y padecimiento interminable de las mujeres.

Ahora, este complejo de suposiciones deja preguntas que tienen que ver con el tema de la identidad y, por supuesto, con los imaginarios acerca de esa construcción histórica. Esto tiene elementos contextuales de género, algo que supone una claridad en el concepto. Como lo expresa Bourdieu (2000), es necesario revisar la inferioridad de las mujeres miradas desde un sistema patriarcal, pues es una referencia obligada para desentrañar la lógica del mundo social y cómo esto ha sido el factor más determinante de una ideología de la opresión y, sobre todo, de unas razones que no se piensan.

En ese orden de ideas, desde el feminismo se plantea que esta cultura creada por los hombres se origina en unas condiciones históricas sobre las cuales se ha construido la subordinación de las mujeres en la sociedad y, en consecuencia, la concepción de las lesbianas. Se entiende, además, que el sometimiento de las mujeres es el producto de una relación de poder entre los hombres y estas, cuyos intereses están supeditados a su control, sumisión y opresión. Dicha opresión está basada en el patriarcado, una estructura de dominación y control que es intencionada y deliberada. Porque el patriarcado al ser revisado como un sistema social, una alianza, una subordinación y una estratificación basada en el género, representa en total medida la dominación. En este sentido, Simmel (1961) plantea que:

Son los hombres los que han creado el arte y la industria, la ciencia y el comercio, el Estado y la religión. Si todo el mundo cree en una cultu-

ra puramente “humana”, indiferente a la dualidad sexual, es porque todo el mundo ingenuamente identifica “hombre” con varón (p. 9).

Ellas, en medio de sus vivencias, reafirman el discurso de los dominadores porque están en la periferia y esto genera automarginación, por lo que deben armarse de justificaciones éticas, jurídicas, e incluso desde la violencia, para establecer un discurso que legitime –por lo menos en esos aspectos su vida– cada situación fijada en el orden biológico, lo cual tiene un efecto perpetuador en el orden simbólico haciendo indisoluble la mente del cuerpo.

Ahora bien, la imagen de las lesbianas es concebida desde el común de las personas como mujeres que quieren ser hombres: esto las enmarca en la transexualidad. Sin embargo, muchas veces no es así y nada tiene que ver con el sentir –su sentir–; existe, más bien, una necesidad de asociar sus patrones de conducta a la heterosexualidad en tanto es necesario regular los comportamientos de las mujeres –en especial el de las lesbianas–, pues lo desconocido genera miedo, de ahí el comportamiento lesbofóbico de muchas personas.

Está claro que la heterosexualidad, así como muchas otras cosas, está relacionada con la dominación masculina, pero la lesbianidad está asociada, especialmente, con el valor que se le da desde la imagen, desde los clichés que solo reafirman lo que se ha construido de las mujeres lesbianas desde la mirada de los y las otras, miradas cargadas principalmente de desconocimiento.

Los estereotipos contribuyen a la violencia simbólica, física y emocional que sufren las mujeres; la pornografía ayuda a su cosificación ya que sus elementos alienantes y agresivos promueven una imagen de mujeres sin voluntad y al libre arbitrio del otro, que en este caso es el protagonista, él ordena y dirige. Hay muchos tipos de violencia sexual contra las mujeres, pero algunas tienen la consecuencia anotada antes.

La idea de una mujer que posee sin ninguna dificultad una posición masculina del mundo interior y exterior es una mujer que transgrede, y su cuerpo, específicamente, es un cuerpo que importa porque desobedece la norma binaria, aportando una nueva norma que no es norma porque esta invalidada en el discurso hegemónico de la vida. Es ahí donde reside la violencia transformada en fobia, la lesbofobia. Esta sexualidad no es regulada y está sujeta a nombrarse sin nombre; determina, en su defecto, una separación entre el cuerpo y el alma, o lo que supone ser más provo-

cador, sugiere que no se halla sin su esencia masculina, entendiendo que, en medio de una sociedad donde hay una heterosexualidad obligatoria, las lesbianas tienen en ese contexto muy pocas posibilidades reales de reivindicación –y con esto no se quiere afirmar que las condiciones culturales están dadas para la normalización de lo heterosexual, de hecho, la normalización debería ser la aceptación a las diferencias–.

Beatriz Gimeno (2005a) en su texto *Una aproximación política al lesbianismo* esboza ideas interesantes y reveladoras sobre el tema. Su postura propone que la patologización de las lesbianas tiene su génesis en los siglos XIX y la segunda mitad del siglo XX cuando el discurso sobre estas marcó lo que, en adelante, sería la patologización de las lesbianas como anormales.

Es importante resaltar que los hombres también han tenido el estigma de la patologización o enfermedad, concretamente con la aparición del SIDA. Sin embargo, aunque hoy pervive ese imaginario, lo cierto es que, en términos de proyección humana, ellos tienen mejores condiciones en sus vidas. Por ejemplo, el movimiento *gay* –tal como lo documenta Gimeno (2005a)– en su lucha por la opresión también ha dejado incólumes los beneficios que reciben como varones.

2.2. La búsqueda

Se realizó un grupo focal que contó con la presencia de cuatro participantes y tuvo una duración de una hora y treinta minutos, el cual permitió ahondar en la mirada de las mujeres lesbianas en Barranquilla. De igual modo, se aplicaron entrevistas, así como también una encuesta a mujeres y hombres barranquilleros de diferentes edades, estratos socioeconómicos y niveles educativos, esto para garantizar una heterogeneidad en las respuestas.

Para contar con los testimonios de las mujeres participantes en este trabajo, se contactaron varios perfiles: mujeres lesbianas jóvenes, académicas, estudiantes, algunas aún experimentando, otras decididas. En esto último la edad no era impedimento: se encontraron chicas decididas de su condición de lesbianas apenas con 18 años y otras aún navegando en la incertidumbre. Es constatable que la identidad lésbica es estigmatizada y al hacer esto eco en las mujeres se emprende un camino hacia su reafirmación que, para muchas, lleva tiempo y mucha paciencia, y que les ayuda a entender y emprender el camino que se puede evadir a un costo

muy grande en la vida o a asumirse como una prueba de que, más allá de las etiquetas, se sientan bien ante la vida.

Todas tienen en común que se asumen como lesbianas. Su participación en este estudio fue de forma voluntaria, y en cuanto a la protección de sus identidades, las entrevistadas firmaron un acuerdo de confidencialidad a través del cual convinieron con la investigadora cambiar sus nombres reales por unos ficticios .

2.2.1. ¿Quiénes son ellas?

María: Estudiante universitaria de séptimo semestre en doble titulación; le gusta el arte, la música, la cultura asiática y el anime, además de realizar cosas fuera de lo cotidiano. Abiertamente lesbiana.

Claudia: Estudiante universitaria, cursa noveno semestre. Le gusta salir con sus amigos, escuchar música y bailar. Lesbiana.

Camila: Estudiante de idiomas extranjeros y amante de la poesía. Es lesbiana.

Diana: Estudiante de economía. Le gusta mucho el arte, estudió música durante dos años, lee poemas y escribe. Le gusta contemplar las cosas sencillas de la vida como el cielo y el mar. Es lesbiana.

Sughey: Profesora de inglés desde hace tres años. Graduada del programa de Relaciones Internacionales. Vive con sus padres y abuelos.

Sofía: Comunicadora social, se dedica a la realización audiovisual y docencia. Vive con su familia, pero está en proceso de independizarse.

Leticia: Administradora de empresas, vive con su pareja. Es dueña de un bar.

2.2.2. Entrevista a Sofía.

En la entrevista realizada a Sofía se denota un lenguaje formal y expresivo a la hora de abordar la temática, así como también un conocimiento frente a la misma, lo cual se evidencia en el manejo del discurso. Se muestra también disposición a la hora de responder pues sus respuestas son contundentes y explícitas. Refleja en sus afirmaciones seguridad, carácter y un buen nivel académico, lo cual es producto de su formación como

comunicadora social que le ha permitido tener una perspectiva distinta y más abierta respecto a la temática del lesbianismo y sus imaginarios sociales.

Por otro lado, encontramos que no es una persona parca en su discurso: demuestra fluidez, lleva el hilo conductor de la temática y no utiliza expresiones con fines evasivos o distractores. Es una persona neutral y objetiva a la hora de reconocerse como lesbiana, no asumiéndose desde la perspectiva de la marginación, lo cual se le puede atribuir a su estatus socioeconómico. No obstante, reconoce que la violación de los derechos es una constante para la gran mayoría de mujeres lesbianas en la ciudad de Barranquilla.

En cuanto a la información que proporcionó, logramos captar algunos imaginarios que, según su opinión, la sociedad barranquillera ha construido de lo que es ser lesbiana. Ejemplos de estos imaginarios son, que se concibe al lesbianismo como una etapa de transición en la vida de las mujeres, un momento de inmadurez que terminará al llegar a la adultez; un reto para los hombres, quienes desde su machismo ven la necesidad de transformarlas, y también asociar la lesbianidad con un período de rebeldía.

En su discurso es posible percibir la noción de mujer autónoma, la necesidad de independenciamiento y distanciamiento familiar para ser plenamente y hacer aquello con lo que se siente bien, debido a que percibe que, aunque tiene una buena relación con su familia, hay una aceptación a medias en lo que concierne a su vida amorosa.

Por otro lado, la entrevistada advierte no solo que ser lesbiana es un tabú sino también el hecho de ser una mujer exitosa en una sociedad en la que los roles laborales son dominados mayoritariamente por el género masculino, y al ser ejercidos por mujeres con capacidad de liderazgo, estas son tildadas de mandonas, gruñonas o de ocupar este tipo de cargos por sus atributos físicos.

Encontramos que, en cuanto a la heterosexualidad, la entrevistada posee la misma percepción de la gran mayoría de académicas que ha abordado esta temática: la concibe como una manifestación más dentro de la amalgama de manifestaciones que existen, que por ser preferencia de la mayoría ha logrado legitimarse; es decir la voluntad de las mayorías prima sobre la de las minorías, por tal razón, el lesbianismo termina convir-

tiéndose en una anormalidad dentro del orden establecido. Al referirse a la heterosexualidad no se muestran expresiones de rechazo o sarcásticas.

2.2.3. *Entrevista a Sugey.*

En esta entrevista se percibe un lenguaje formal a la hora de expresar sus respuestas reflejado en la no utilización de expresiones despectivas ni de tono irónico. Las respuestas son espontáneas y fluidas. En cuanto a la información que proporcionó la entrevistada se perciben algunos imaginarios sobre cómo se reconoce a las lesbianas desde la mirada de los otros. No obstante, estos estereotipos no son inamovibles pues pueden ir transformándose de generación en generación; un ejemplo se encuentra en el aspecto físico, es decir, el corte de cabello, la ropa, el no uso de maquillaje, entre otros que en ocasiones se suele asociar a la expresión genérica de los hombres. Así mismo, la entrevistada deja entrever que el ser lesbiana se suele atribuir a factores como confusión y en muchos casos se relaciona con algo maligno que altera el orden social preestablecido.

En una parte de la entrevista hace referencia a la heterosexualidad con los términos “poder” y “está muy vendida”, expresiones que dan a entender que por ser una elección mayoritaria tiene aceptación en la sociedad frente a otras orientaciones; asimismo, se evidencia que presenta una definición parca de la homosexualidad reflejada en expresiones como “que yo piense que está bien o mal, sea normal o esté bien, solo es y ya”. Aquí el discurso revela, por lo conciso, que no se desea dar una mayor extensión a la respuesta.

También refleja, de manera clara y con sentido reflexivo, que la tolerancia frente a las diversas orientaciones sexuales contribuiría a que estas tengan o sientan respuestas sanas por parte de la sociedad. Debido al poco respeto que reciben, las orientaciones sexuales diversas han tenido, en muchas ocasiones, que restringirse de manifestar su sexualidad, lo que, lejos de protegerlos, los minimiza e invisibiliza.

Por otra parte, al preguntarle sobre su posición respecto a la invisibilización de las lesbianas y si lo consideraba algo bueno o malo, respondió que lo “consideraba como algo malo porque eran los *gays* quienes tenían mayor visibilidad como minorías”. De cierta forma, el movimiento lésbico se constituyó, en un inicio, como una sombra del movimiento feminista y ahora del movimiento *gay*; no obstante, encontramos que las lesbianas se sienten protegidas cuando están con *gays* porque sienten que

estos han ganado un reconocimiento en la sociedad, reconocimiento que ellas no tienen.

En ambas entrevistas encontramos que las participantes hacen referencia a los imaginarios sociales que se tienen desde la otredad sobre lo que ellas son. Al momento de reconocerlos mencionan la categoría *machorras*, la idea de que por ser lesbianas les gustan todas las mujeres o que la sociedad tiende a heterosexualizar las relaciones homosexuales. Otro patrón que encontramos es que las entrevistadas no manifiestan haber sufrido algún tipo de alteración psíquica o evento traumático que resultara en ser lesbianas. Lo perciben más bien como algo que inició desde muy temprana edad y que, a pesar de que pasaron por un proceso de negación, hoy se asumen abiertamente como lesbianas.

2.2.4. Entrevista a Leticia.

En esta entrevista se puede apreciar que la lesbianidad tiene muchas implicaciones negativas. Leticia puso mucha resistencia al momento de indagar sobre su proceso a nivel familiar, y aunque sus apreciaciones fueron importantes por ser una mujer en edad madura, conservó durante la entrevista una posición que evidencia que los estigmas y las discriminación sufrida le han hecho entender que debe asumir con mucha discreción su lesbianidad.

Leticia emplea un lenguaje coloquial que se refleja en las expresiones “full”, “se riega la bola”, “peladas” y “pesaos”, lo que denota sencillez en su discurso; así mismo, no tiende a ser mecánica a la hora de emplear las palabras, es decir, utiliza términos que considera propicios para dar a entender lo que quiere comunicar.

A lo largo de la entrevista surgieron risas, lo cual hizo más informal la conversación. En las respuestas de la entrevistada se percibe que es muy concreta, es decir, brinda un discurso corto con contenido plano y por momentos evasivo, frente a las preguntas puntuales que se le realizaron.

También fue posible apreciar que el lenguaje que emplea para referirse a las lesbianas que frecuentan su bar es clasista, pues utiliza expresiones como “son de buena familia”, “gente sana” o “trabajadoras” para expresar su buen comportamiento. A pesar de esto, no se torna grotesca con las expresiones y es clara sin recurrir a evasivas ni sarcasmos. Respecto a las opiniones de la población frente a algunas lesbianas, mencionó: “hay muchas lesbianas que son problemáticas, que son machorras, que son

así”, evidenciando que existen distinciones en la sociedad a la hora de referirse a ellas. Asimismo se observa que el uso de la expresión *machorra* no obedece a una distinción o clasificación entre lesbianas, pues lo empleó sin titubeos, lo cual puede entenderse en el marco de que es una expresión común relacionada con las lesbianas.

Por otro lado, en el discurso también se refleja que asume de manera neutral y sencilla las miradas que logra identificar que los otros y otras tienen acerca de las lesbianas.

2.2.5. Grupo focal.

En cuanto al grupo focal realizado, el lenguaje de todas las participantes fue espontáneo y cordial. Tuvieron buena disposición a la hora de conversar frente a la temática y no fueron evasivas; por el contrario, manifestaron claridad y precisión. Así mismo, se percibe en su discurso un cierto nivel de formación académica que se evidencia en la no utilización de palabras grotescas o despectivas.

Las entrevistadas también hicieron referencia de manera detallada a sucesos que han atravesado con algún miembro de su familia –preguntas, discusiones, juicios– o en el proceso de aceptación a sí mismas, lo que generó momentos de fuerte carga emocional que pudieron expresar gracias a la tranquilidad de no sentirse juzgadas.

Del mismo modo, manifestaron miedos y dudas frente a la reacción de sus familias en cuanto a su orientación sexual a través de expresiones como “choque fuerte”, “le daría bastante duro” o “no sé cómo reaccionarían”. Estos términos son comúnmente empleados para hacer referencia a situaciones en las que no es probable que haya reacciones positivas. Al hablar de dichas situaciones expresaron temor a las reacciones de las madres, padres, tías o tíos, y se puede apreciar que es debido al rol social –casarse con un hombre, tener hijos– que se espera que cumplan en el imaginario de nuestra sociedad y, principalmente, que esperan algunos miembros de las familias de las entrevistadas.

En las entrevistas, además, es posible percibir que las chicas se reconocen de manera clara y decidida como mujeres y también como lesbianas; esto no les genera desagrado ni inconformidad y se manifiesta en la utilización de términos como “no me gusta”, que permiten entender su posición frente a palabras como *machorra*, la cual es respuesta al descontento que sienten otras personas respecto a su forma de vestir, cortes de cabello u otros aspectos atribuidos generalmente a lo masculino.

En el discurso pueden encontrarse dos definiciones frente a la heterosexualidad brindadas por dos de las chicas entrevistadas. La primera entrevistada no muestra rechazo a las personas heterosexuales, emplea vocablos sencillos que facilitan la comprensión de los demás oyentes y es clara al no recurrir a evasivas. En cuanto a la definición, determina la heterosexualidad no desde un triángulo hombre, mujer y sexo, sino, por el contrario, como la unión de dos seres que, si bien pueden presentar diferencias ideológicas, llegan a tener ciertas afinidades que les permiten establecer una relación amorosa. En el caso de la segunda entrevistada, también hay un lenguaje claro, una postura de desacuerdo y contenido reflexivo frente a la manera cómo son percibidas las relaciones amorosas del mismo sexo, a las cuales se les otorgan, en algunos casos, expresiones negativas. La entrevistada, por lo tanto, concibe la heterosexualidad desde algunas dificultades que experimenta por ser lesbiana como la poca tolerancia, y la define como ser libre, como aquella orientación en la que es posible una relación de pareja y respeto hacia ella.

Respecto a otros temas, en el grupo focal se identificó que las participantes o sus parejas han sido, en algunas ocasiones, víctimas de la intolerancia en espacios públicos y se han visto enfrentadas a miradas despectivas y expresiones discriminatorias. No hay actitud pasiva por parte de ellas a la hora de enfrentar aquellas intolerancias, por el contrario, hay un lenguaje contundente que exige respeto y reconocimiento a su orientación sexual. En cuanto a sus respuestas frente al punto de cómo se reconocieron como lesbianas mantienen un discurso fluido; particularmente en este punto se presentaron respuestas moderadas, sin alteraciones emocionales por los sucesos que lo provocaron.

2.3. Imaginarios

Los imaginarios son construcciones que se realizan sobre algo y que están fuertemente ligados a la ideología. A partir de los imaginarios hacemos una construcción de lo que consideramos real, tal como lo señala Stuart Hall (1981, p. 10): “la ideología no es lo que está escondido y oculto sino precisamente lo que está abierto, aparente y manifiesto: lo que tiene lugar en la superficie y a la vista de todos”.

Al preguntarles a las mujeres entrevistadas sobre los imaginarios, nos interesaba conocer lo que ellas entendían sobre esta palabra. La mayoría de las apreciaciones fueron acertadas, sin embargo, hubo dudas y salieron

a flote todas las ideas sobre el tema, lo que generó en ellas cierta preocupación porque, según afirmaron, era la primera vez que se enfrentaban a este término. La gestualidad que acompañaba sus respuestas reafirma esto, pues denotaba desconocimiento y algo de dudas. Podría decirse que asocian la palabra *imaginarios* a sus vidas y a la construcción de estas: para todas es el mundo construido. Es interesante esta posición porque aunque tiene que ver con todos los resultados de sus observaciones sobre la vida y el mundo, ellas la asumen desde su subjetividad: “para mí, imaginario viene siendo una construcción, es como una idea; incluso sin siquiera conocernos a fondo es como tener ese pensamiento, porque fue construido socialmente, etc. Eso es lo que pienso que es un imaginario” (Claudia, comunicación personal, 2016).

De hecho, es una palabra que uso mucho, es algo que uno recrea de la sociedad, de lo que uno está viviendo dentro de la ciudad. Mi imaginario es diferente a lo que piensan el resto de las personas: yo miro mi imaginario y es diferente de la manera de lo que yo percibo [sic], cada quien tiene el suyo; es como que cada quien vive en su mundo acogiendo al resto, entonces es la percepción que tengo de todos y del mundo, puede ser muy fantásica o real. Siento yo que eso es imaginario (María, comunicación personal, 2016).

2.4. Estereotipos

La mayoría de las entrevistadas identifican como marca identitaria la ropa y la asociación de esta con la masculinidad resulta suficiente para concluir que ellas entienden el sentido simbólico del vestido: la identificación con el pantalón enfatiza el orden genérico del atuendo en tanto los pantalones son de “los hombres”; el corte de cabello audaz y no convencional se asocia como elemento identitario de las lesbianas no solo por su esencia «masculina» sino también por su clasificación transgresora con el que la identidad se ve afectada. En esa medida hay una interiorización de la masculinidad como símbolo de lo eternamente masculino:

Yo siento que lo primero que ellos ven es la ropa, cómo se viste una mujer lesbiana: una mujer lesbiana intenta vestirse como hombre y realmente no es así, para mí cada quien se viste como se sienta cómodo, pero cuando ven a una mujer que se ve un poco fuerte porque se viste con un pantalón ancho, porque tiene una camisa de tal modo o porque usa tenis o cosas así, no piensan que es por comodidad sino

porque eres lesbiana o cosas así, siento que esa es una de las marcas. El corte de cabello también: ‘ay se rapó de ese lado, uff, lesbianísima ella’, y de hecho uno como lesbiana uno ve una mujer así y uno piensa lo mismo o a veces resulta que no, uno como lesbiana comete y hace estereotipo de ese tipo [sic] y sí, la mayoría del tiempo pues el ojo no se equivoca (María, comunicación personal, 2016).

2.5. Visibilidad

En esta categoría se reconoce la invisibilidad de las «lesbianas femeninas» que se sienten cómodas con los patrones femeninos construidos por la cultura: el tacón, la suavidad..., asociando la masculinidad nuevamente con el pelo corto y con la familiaridad a las prácticas fuertes de mostrarse. A estas mujeres la feminidad lesbiana les ha permitido ser invisibles, lo que de alguna manera se constata como un hecho distintivo de la realidad práctica lésbica. Cabe aclarar que para ellas no son visibles las lesbianas femeninas, sin embargo, esta expresión de la identidad es explotada de otra forma; para encubrir personas más cercanas a la bisexualidad.

Sin embargo, las entrevistadas hacen una aclaración: la lesbiana más visible es la *Barbie*, la muñeca muy femenina que, por cierto, tiene gran acogida entre las lesbianas «masculinas» según lo constatado en esta investigación, pues se constituye para estas últimas en el ideal de mujer, no solo porque aman la feminidad y el contraste con ellas, sino también porque suelen mimetizarse en la ciudad y eso garantiza cierta seguridad para muchas. Las entrevistadas hacen alarde de esta forma de expresión porque les da una connotación de chica fatal –teniendo en cuenta que en las observaciones hechas guardan características homogéneas en algunos aspectos marcadamente externos-. Es claro que esta apreciación también implica cierta endodiscriminación porque resalta las diferencias de lo ‘ideal’ según el modelo hegemónico patriarcal, en tanto no lo separa ni subvierte.

La *moderna* suele ser otro modelo de visibilidad que se caracteriza por los pensamientos asociados a la libertad, pero también está estandarizada a partir de lo que los medios venden: en la serie *The L Word* –que se transmitió entre los años 2004 y 2009– se recreaba la vida de mujeres lesbianas y se mostraban arquetipos de estas, entre esas la *Barbie*, la moderna y la hípster, que se diferencia por su vestimenta urbana, tatuajes y la expresión en su cuerpo de otra feminidad libertaria:

Bueno, en mi caso –porque la gente hace eso– pensando en el internet y esas cosas, quizás las lesbianas somos más visibles, sale que **la lesbiana Barbie, la moderna, la hípster...** la gente como que también se queda con esa información, incluso en la televisión si hay una lesbiana es de pelo corto, que tiene gustos extraños, cosas diferentes, pero no te muestran una lesbiana femenina de tacón y vestido. El medio influye mucho en las percepciones que se tienen hacia las lesbianas (María, comunicación personal, 2016).

Tal cual como lo documenta Beatriz Gimeno (2005a):

La propia Nathaly Barney criticaba cualquier indumentaria que pudiese sugerir que las lesbianas querían parecerse a los hombres; pero no solo la indumentaria, sino también actitudes como la ira, la auto-complacencia, la autocompasión... muchos de los comportamientos a los que las lesbianas creían verse abocadas por entonces (p. 165).

2.6. La masculinidad

Yo digo, precisamente ahora, cuando uno dice que es lesbiana, que a mí me gustan las mujeres, dicen que ‘tú quieres ser hombre’, yo no creo eso. En mi caso, en mi condición de mujer, de ser lesbiana, a mí me encanta ser mujer y conozco a muchas chicas que les encanta ser mujer aunque sean lesbianas; hay otras que se definen diciendo que quieren hacer todo un proceso, ya eso es otra cosa, es un proceso, y también hay otras que se visten fuertes [sic], no sé si quieran ser hombres o les gusta la apariencia, y eso es otra cosa, no necesariamente les gusta eso sino que les gusta la apariencia y ya (Claudia, comunicación personal, 2016).

Las definiciones que hacen los otros y las otras sobre las lesbianas parten de la idea de que estas quieren ser hombres, asociando lo masculino como patrón absoluto de la lesbianidad. Sin embargo, la participante María reconoce esta posición como la apreciación de la transexualidad plana, no implica cambio de sexo. La define como *el proceso* y, al hacerlo, sugiere que no debe ser fácil transitar por el género, pero se resguarda en su preferencia por la femineidad, asumiéndola como los rasgos suaves de comportamiento. Su apreciación encuentra en la apariencia una forma de pretender ser otra, particularmente desde la comodidad de la vestimenta, relacionando, de este modo, la apariencia con una forma de mostrar y no ser del todo.

La entrevistada se define como una mujer lesbiana a la que le gusta ser así, femenina. Es importante aclarar que ella estaba vestida de forma cómoda, tiene rasgos físicos que le confieren características no muy ‘suaves’, pero defiende algo que cree que es justo y es precisamente no querer ser encasillada en la lesbiana «masculina» o en transición, sea esta del tipo que sea. Para ella, mostrarse como tal es un signo de seguridad y tiene mucha resistencia a ser vista de otra forma; se define como mujer, señala que disfruta serlo y aclara que la vestimenta no dice nada, que cualquiera puede confundir vestir cómodo con ser lesbiana y que esto no tiene nada que ver con asociaciones construidas por los otros y otras sobre la identidad de las lesbianas, imaginarios con los que muchas no se sienten identificadas.

2.7. Salir del clóset, decisión u omisión

Quizá una de los aspectos más problemáticos de la identidad de las lesbianas es precisar ese momento de salir o no del clóset, de asumir que no existe atracción por los hombres sino por el propio sexo. En las entrevistas encontramos un elemento importante: ellas ya lo sabían o intuían. Algunas solo extendieron el momento, otras intentaron situarse en historias y vivencias heterosexuales de las que ni el sexo ni la convivencia estaban excluidos. Es claro que estas experiencias eran necesarias para comprobar, o tal vez prolongar, una verdad que tarda en algunos casos, pero que suele llegar con toda la fuerza posible para cambiar su mundo o, mejor, para situarlas en él.

Yo de toda la vida, desde chiquita, desde que tengo memoria, pues he sabido, — siempre supe que algo me pasaba con las mujeres —, no sé por qué. ¿Cómo? No sé si tal vez hubo un elemento detonante, no me acuerdo cuando estaba chiquita (Sugey, comunicación personal, 2016).

Es una constante identificar la atracción hacia mujeres desde temprana edad, sin embargo, esta no se define, se deja a la suerte e incluso no se piensa. Lo importante de este aprendizaje es identificar algo nuevo en la apreciación del mundo. Esto se evidencia en el siguiente testimonio cuando la participante identifica un deseo, una idea que la rondaba, pero que al final posterga, es decir, no se enfrenta:

Bueno, cuando era niña siempre tenía en la cabeza, desde los diez, cuando empiezas a querer gente, yo pensaba como ‘quiero una novia,

quiero una niña que me diga que le gusto' (Sofía, comunicación personal, 2016).

Aquí, Sofía, una de las entrevistadas, lo afirma: quería que alguien la sacara de su prisión cargada de preguntas, otra que la defina, que la escoja. Francis Mondidore (1988) documenta esto en su texto *Una historia natural de la homosexualidad*:

La orientación sexual en las mujeres parece seguir un programa menos rígido que en los hombres y conformarse más a las expectativas de relación, o bien, la investigación psicológica y sociológica ha revelado que, por lo menos en algunas mujeres, la orientación es más fluida (p. 209).

Esta afirmación deja claro que la prisión de la heterosexualidad obligatoria está interiorizada en la identidad lesbiana. La razón tiene que ver con que la iniciación lésbica tiene un preámbulo romántico tan predecible como el heterosexual:

A los quince dije 'yo quiero una relación romántica con alguien' y empecé a salir con hombres porque la sociedad te vende el estereotipo de que solamente hombre con mujer, mujer con hombre y no hay otra; además estudie en colegio católico, mi familia es cristiana, entonces esa era la educación que yo recibí. Yo quería una relación romántica; ya en la universidad, antes, desafortunadamente, tuve tres novios antes, antes de decir 'ya no más'. Con ninguno funcionó, obviamente, y nunca sentí nada y creía que estaba algo roto en mí, algo que no funcionaba y me volví una persona muy cerrada y me metí en el mundo del internet y cuando me metí en ese mundo fue cuando empecé hablar con chicas y empecé a descubrir mi homosexualidad y fue cuando dije 'ah, soy lesbiana, ¿será que solamente me gustan las chicas?', y empecé a salir con chicas (Sugey, comunicación personal, 2016).

En este relato se evidencia cómo la necesidad de ser escogida hace parte del juego del primer amor. Este tiene elementos de miedo y vergüenza, pero se identifican, y ese es el principal paso hacia la identidad lésbica: descubrir quién soy y que me siento bien. El reconocimiento parte, inicialmente, de una aceptación interna, pero es fundamental la coexistencia con otra chica que se convierta en la escala hacia una nueva forma de entender la vida.

2.8. Palabra y verbo, ¿cómo me definen?

Entender la simbología de lo femenino es una tarea difícil. Para eso hay que entender las dinámicas culturales imperantes: ser mujer solo es posible a través de los estándares de belleza, feminidad, obediencia..., todos contruidos por los hombres. Sáenz (2008) cita a la teórica Naomi Wolf (2000), quien explica el mito de la belleza:

La belleza es un sistema monetario que se encuentra determinado por una dimensión política y que responde directamente al sistema de dominación patriarcal. Esto se expresa en las relaciones de poder que jerarquizan verticalmente a las personas y que permiten asignar un valor a los mismos de acuerdo a pautas físicas impuestas culturalmente (p. 43).

Así mismo lo documentan Alejandra Cruz y Laura Queralt (2000), también citadas por Sáenz (2008):

Las mujeres resultan víctimas de las industrias de la moda y la dieta que crean los ideales de figuras y las impulsan a ajustarse a ellos. Esto es parte de la expropiación del cuerpo de las mujeres y de la creación en ellas de un sentimiento de insatisfacción y desagrado con las formas de sus cuerpos (p. 43).

El reconocimiento por parte de los otros surge de un elemento externo: la vestimenta, las características que se asocian con lo masculino, estableciendo una ecuación demasiado fácil para definir a las mujeres lesbianas. Los y las demás relacionan lo externo con lo interno y al hacerlo sesgan la identidad, provocando un *ethos* discursivo que supone, por la puesta en escena, unas respuestas a la simplicidad de la construcción de lo externo.

¿Qué puede decirse de la vestimenta? que tiene patrones asociados al sexo masculino, y si a una mujer le gusta dicha vestimenta inmediatamente está trasgrediendo la norma del vestido. La forma plana en la que se ha organizado la construcción de los otros, teniendo en cuenta el contexto histórico en el que se desenvuelven, es una recurrencia que da paso a simplificar lo humano.

La belleza y lo estético guardan un control estricto al que debemos responder. Cuando las mujeres se asumen como lesbianas inmediatamente se asocian a ellas patrones estéticos y hay una nulidad total en cuanto a otra forma de verse; los padres lo ven de esta manera porque no entien-

den que sus hijas sean lesbianas, porque no fueron socializadas para eso. Los padres y madres de aquellas que se visten de forma «masculina» suelen no querer verlas en su complejidad.

En mi caso, yo estudio sociología y todos lo saben, pero cuando empecé a estudiar literatura, un espacio nuevo, entonces en el semestre anterior, cuando estaba con los primíparos, era como gente nueva de por sí, hay gente nueva y de todo un poquito, realmente me destapé, tanto en el semestre anterior y en todos, creo que la mitad de literatura en solo cinco clases casi todos lo saben, la conversación surge normal y si preguntan digo, yo digo 'sí, a mí me gustan las mujeres; sí, tengo novia', en algún momento se me sale y ellos quedan como 'ah, ok, sí, sí, yo sí decía que ese corte si no me inspiraba confianza', yo digo y el que 'yo si decía que sí, tú tenías algo raro' (María, grupo focal, 2016).

2.9. ¿Quién es el hombre?

El nacimiento de la lesbiana *butch* en Harlem, Estados Unidos da paso a una subcultura lesbiana. Las parejas asistentes a los bailes subalternos que se llevaban a cabo en esta ciudad a finales de los años 80 estaban conformadas por una integrante de la clase obrera: "la cultura *butch/femme* nace entre las mujeres negras americanas que están presentes en las cárceles, donde tienen relaciones sexuales entre ellas siempre con los roles muy marcados" (Gimeno, 2005b, p. 169), los roles pasivos y activos que reproducen esquemas de dominación como el heterosexual. Preguntar quién es el hombre en una relación de mujeres lesbianas refleja el imaginario más habitual, una analogía facilista y machista utilizada por la sociedad para entender las relaciones homosexuales. En la siguiente respuesta observamos violencia simbólica a través de la vigilancia y curiosidad malintencionada por parte de extraños. Al relatar dicha situación, la participante muestra impotencia ante la falta de respeto, ante la trivialización de su intimidad, pero sostiene una posición de defensa en respeto de su identidad lésbica:

'Yo sí sabía', dicen todas. Ok. De hecho a mí me pasó cuando estaba en cuarto o quinto semestre, todavía tenía pareja, ella me acompañó hasta la universidad y me dejó casi cerca del bloque y venía detrás un compañero y se quedó de pie mirándonos a ver qué pasaba, y si yo tengo ganas de abrazar a alguien, yo lo hago, y nosotras nos abrazamos, no nos besamos, simplemente fue un abrazo muy amoroso. Fui a

clase normal, de hecho hubo un *break*, y me dijo: ‘ese muchacho con el que estabas, ¿quién era?’, yo le dije: ‘¿cuál muchacho? era una muchacha’, ‘¿Y quién era?’, y yo le dije: ‘¿a ti qué te importa?’, ‘¿era tu novia?’, yo dije ‘sí’, ‘ah, yo, nada, yo ya sabía...’, ‘a mí qué me importa si tú ya sabías’ (Diana, comunicación personal, 2016).

Quién es el hombre es un interrogante que se remite al ámbito sexual y que afecta principalmente a las lesbianas masculinas en espacios de convivencia. Las miradas, las burlas, el cuchicheo, son violencia simbólica que está presente para recordar que la heterosexualidad tiene poder e influencia en nuestras vidas, y está representada en las instituciones, el Estado, la sociedad y la Iglesia, que la legitiman como única forma de vivir, la única aceptada como “normal”. Todo lo anterior construye ideología que respalda el discurso dominante. En palabras de Rivera Tirado (2013), las ideologías “están basadas en el sentido común compartido, me fue necesario entender, para efectos analíticos y políticos, en primer lugar, qué es la ideología y, en segundo lugar, cómo se reproducen las ideologías dominantes” (p. 19). Entonces, comprender la diferencia como aspecto banal en medio de la ideología genera formas violentas en la dinámica humana, y es que no se entiende el mundo sin las demarcaciones propias de etnia y género.

Las mujeres que escapan de estos patrones conductuales y semióticos son las famosas *gallinas*: mujeres «femeninas» que suelen ser muy asediadas porque se contextualizan como la contraparte del ser «masculino» de las lesbianas. Es importante resaltar que la seguridad de esta posición denota algo que las mujeres siempre resaltan como necesario: sentirse seguras en los espacios cotidianos, no tener presión de ningún tipo, poder ser libres de alguna manera... la lesbianidad representada en la libertad de expresar desde la feminidad su sentir es un derecho importante que debe garantizar que su opción sexual no determine su lugar en la estigmatización.

2.10. Machorra

Machorra es un adjetivo peyorativo que utiliza el común de los barranquilleros para denominar ser lesbiana, su modo de amar y de expresar sus sentimientos. Al respecto, una de ellas expresa: “cuando me dicen machorra no me gusta, yo no me siento hombre, no me siento niño, no me siento machorra”. Querer ser hombre es otra cosa, pero se relacio-

na con las mujeres lesbianas debido a que para muchas personas esta orientación sexual se asume o se representa más desde la masculinidad. Además, se cree que la lesbianidad es la consecuencia de la “falta de un hombre”, legitimando así las violaciones correctivas. Evidentemente es un imaginario peligroso que impone la corrección a la falta moral cometida por las mujeres lesbianas. Ahora, ¿qué tan presente está este imaginario en Barranquilla? No hay estadísticas que respondan la incógnita. En cambio, en América Latina y el mundo grupos activistas han hecho visible dicha situación. Hay antecedentes en el Perú: la distinción de la Alianza Gay y Lésbica Contra la Discriminación –GLAAD, por sus siglas en inglés– para un documental digital que revela la problemática de la violación correctiva (BBC Mundo, 2016).

Retomando el aspecto de la vestimenta, las participantes reconocieron que su forma de vestir las pone en ojo del huracán; aun así prefieren sentirse ellas. Los insultos como *machorras*, *areperas* o *tortilleras* derivan del aspecto físico, la moda está hecha por asignación de género, es signo de identificación de roles.

Según Monique Wittig (1981, en Sáenz, 2008, p. 98) rehusar a ser una mujer no significa tener que ser un hombre. Si se toma como ejemplo la perfecta *butch* (hipermasculina), ¿en qué difiere su enajenación de alguien que quiere volverse mujer? Por lo menos, para una mujer querer ser un hombre significa que escapó a su programación inicial.

A veces tú sales en pareja y te preguntan ‘¿quién es el hombre?’. Eso me puede molestar, la idea es que no haya hombre, y también preguntan ‘bueno, ¿y cómo hacen?’, por ejemplo, dicen ‘¡qué desperdicio!’, eso es muy molesto, o sea nos sentimos como un desperdicio, no valemos nada. En carnavales iba con mi pareja, el taxista intentó preguntar si éramos lesbianas. De hecho, quería saber y mis amigas molestaron ‘si somos ¿qué?’ y esto a uno le llega a molestar (Diana, comunicación personal, 2016).

A veces dicen ‘areperas’, es terrible. En mi casa yo me exalto porque dicen ‘es que la arepera esa’, yo digo: ‘¿por qué tienes que decirle así?’, es horrible que tú le digas a una persona así, explícame qué tiene que ver, y hasta lo hacen, a mí me da cosa, tú has tenido el acercamiento, yo digo ‘mejor dejemos el tema porque me molesta mucho’. A uno lo ven por la calle y una vez íbamos saliendo de un lugar, iba con mis amigas y con ella, un señor gritó ‘machorras y areperas’, mi amiga siempre tiene ganas de pelear, entonces se devolvió y le dije ‘¡vamos!’, pero el

señor le gritó muchas cosas, también como '*¡qué desperdicio!*' (Diana, comunicación personal, 2016).

"*¡Qué desperdicio!*" es la cosificación del cuerpo. Ser lesbiana no escapa del placer masculino; somos consideradas objetos también y esto viene de la pornografía, que representa escenas de los imaginarios del sexo lésbico sin que las actrices sean o se identifiquen como lesbianas. Sólo interesa seducir, excitar.

Las participantes mostraron una molestia general con respecto a la identificación arbitraria de roles por parte de los otros cuando están con sus parejas. No obstante, utilizan y asumen términos relacionados con esos mismos roles: masculina, femenina, *gallinas*, fuertes, *Barbie*, etc., aun cuando lo hacen de forma espontánea, sin intención discriminatoria alguna. Luego se definen y reconocen, aunque no de manera consciente, a partir de los roles de dominación y sumisión, porque no conocen otra forma para nombrar sus relaciones sino desde la heterosexualidad y el patriarcado que instauran una sola forma de ver el mundo, negando posibilidades de inclusión y aceptación. Allí no cuenta el género.

2.11. Espacios de sociabilidad

En Barranquilla el espacio público está diseñado para los heterosexuales: los lugares de rumba, restaurantes, residencias... En ese sentido, las lesbianas no cuentan con sitios que les permitan vivir su experiencia amorosa de manera natural sin que no esté de por medio la mirada de rechazo. Si bien algunos países como Chile han creado una cultura del lesbianismo en la que estas gozan de lugares propios, lo ideal sería que heterosexuales y comunidad LGBTI pudieran compartir espacios sin que estos últimos sientan temor de ser censurados por tener una forma distinta de amar, de ver el mundo, de pensar.

En cuanto a los espacios que frecuentan, las participantes manifestaron en sus respuestas haber vivido situaciones de rechazo y discriminación:

Una vez estaba con mi pareja e íbamos a entrar a un lugar y ella se devolvió y le dije '*¿por qué?*'; '*no, mira, la señora me miró demasiado feo y yo no quiero entrar allí*', yo le dije '*está bien*'. Con ella pasaba mucho eso, la miraban muy feo, muy fuerte, ella se veía muy fuerte, la miraban muy feo y eso me molestaba mucho, es como la están haciendo sentir mal [sic] y entonces ella decía '*no me importa*'. El hecho de

que te miren feo y entras a un lugar por el simple hecho de que cómo te ves [sic] debe ser horrible, en mi caso... no me ha pasado, pero debe ser horrible. Entonces eso pasó muchas veces y no voy a querer esa mirada encima de mí todo el tiempo, y yo la entendí y no íbamos a ese lugar (Diana, comunicación personal, 2016).

La mirada del otro, la desaprobación, el asco, el rechazo, tienen mucha influencia en el momento de acceder libremente a todos los espacios. Siempre está el temor a la mirada que desaprueba su conducta, se escuchan frases como “este espacio es público y transita mucha gente, hay niños”, que significan un llamado al ocultamiento.

Por otra parte, las residencias¹ son lugares públicos a los que asisten muchos *gays*, pero esto no constituye ninguna garantía para la entrada de mujeres lesbianas. La atención del personal en las residencias es variada, en algunos se observa actitud de rechazo y en otros de indiferencia.

Todo lo anterior, reflejado en las respuestas de las participantes de esta investigación, ratifica que el estigma sigue siendo un problema que afecta las vidas de las lesbianas, y que, además, demuestra el desconocimiento de los derechos humanos. Urge, de este modo, intervención que garantice el respeto de las mujeres lesbianas en Barranquilla.

Yo sí, de hecho una vez iba en el taxi y le dijimos al señor, como mirando y riéndose. No tenía cara de odio sino como que ustedes qué van a hacer, porque fue un hombre. Pero si fuera una mujer, fuera horrible [sic] (Diana, comunicación personal, 2016).

Este testimonio evidencia que las mujeres suelen asumir una posición más drástica a través de comentarios y miradas crueles que parten del territorio moral.

En cuestiones de los espacios, una vez iba con dos amigas, iban agarradas de la mano en el Portal y pasó una mujer y se quedó mirando fijamente. Es algo que ofende, siento que me ofende, miró con una cara de terror, de asco, que yo me la quedé mirando, pensando ‘si vas a decir algo, dílo’, pero entonces pasó y le quiso decir algo al marido y yo la miré. Es incómodo esos espacios [sic], como en el centro comercial, incluso la universidad naturaliza muchas cosas, uno ve de todo, pero hasta dentro de la universidad, por la calle. Cuando vas por la

1 Lugares con habitaciones privadas para tener sexo.

calle y pasa un hombre y enseguida el morbo, eso genera eso, me fastidia, eso lo reprime a uno, yo soy muy miedosa y yo soy de las que salgo a la calle y no pienso en el que dirán sino en el qué me puede hacer un tipo de estos, de repente un daño, te quieren corregir, esa es otra frase que ellos dicen (María, comunicación personal, 2016).

Lo anterior reafirma que los espacios tienen nombres, marcas de la homogeneidad que se hacen válidas y que son imperantes para el ocultamiento, para la invisibilidad que es preferible antes que el señalamiento o los insultos. Cabe resaltar que en la ciudad de Barranquilla hace veinte años funciona un bar para mujeres conocido popularmente como *Carmiña*, es un sitio de esparcimiento que frecuentan las mujeres lesbianas. Inicialmente tenía el nombre de *Caratos*, posteriormente *Rococó* y actualmente *La Farándula*. Según la dueña del bar, es un espacio tranquilo de interacción en el que quienes asisten –mujeres profesionales, jóvenes, adultas y mayores– escuchan música y se divierten (Leticia, comunicación personal, 2016).

2.12. Lo que ellas han construido de sí mismas

Lesbiana es el término que define a las mujeres que aman y desean a otras mujeres, forman familia y establecen lazos afectivos siendo protagonistas de su propia historia. Ahora bien, sin tener en cuenta el estigma y la normatividad, el significado de mujer lesbiana, de acuerdo con Sáenz (2008, p. 138) se remite a:

Vivir una existencia de mujer sin necesariamente ser esposa y madre de alguien (aunque algunas lesbianas también lo son), tener voluntad y deseos propios, saber articular nuestras necesidades, tener relaciones sexuales sin fines reproductivos y experimentando placer, tomar decisiones con respecto a nuestro cuerpo más en función de nosotras mismas y no de otros/ as, y apropiarnos de nuestros tiempos, espacios y cuerpos (tomando el cuerpo como un medio para la realización de actividades genéricas en espacios que son genéricos).

2.13. Existir para otros

El patriarcado ha establecido una sola forma de vivir, especialmente para las mujeres que, a través de su obediencia, lo fortalecen y perpetúan. Las funciones específicas de las mujeres están relacionadas con ser madres,

esposas, abuelas, tías; roles que nos fijan en una existencia para otros convirtiéndonos en hacedoras y cuidadoras de vidas. Y es que “dentro del sistema patriarcal, para la mujer ‘ser en el cuerpo’ es siempre ‘ser para otro’; es decir, para la satisfacción del deseo sexual, para la maternidad, para atraer a otros, pero no para sí” (Sáenz, 2008, p. 10).

El uso del cuerpo está construido, en especial, para el placer de los otros y para la maternidad. Las mujeres lesbianas rompen la hegemonía del cuerpo para el placer de los hombres y ponen en tela de juicio la maternidad, pero tampoco la subliman, es una posible elección. Lo afirmado en estas líneas no quiere decir que las mujeres lesbianas se encuentren fuera del sistema heterosexual y patriarcal, en él conviven y hacen toda su vida con prejuicios, odios y mensajes de desaprobación por parte de los otros:

Las lesbianas no estamos fuera del sistema: nacimos, crecimos y seguimos siendo parte del mismo; somos hijas, hermanas, algunas madres; nos movemos y trabajamos en espacios heterosexuales; tenemos introyectados muchos mandatos heteropatriarcales y estamos bombardeadas todo el tiempo por mensajes prejuiciosos y discriminatorios sobre nuestra existencia (Sáenz, 2008, p. 11).

Las lesbianas no han construido un mundo distinto al heterosexual, pero sí paralelo a él. Ocultarse, ser invisibles, es una forma de sobrevivir en el universo heterosexual. Son conscientes de que el mundo ha sido pensado por los hombres desde la heteronormatividad. Los discursos en torno al cuerpo femenino son una muestra de la dominación patriarcal. Para esta el cuerpo femenino es epicentro de control masculino, del placer y la reproducción.

El cuerpo de las mujeres ha sido un escenario para ejercer el poder por parte de los hombres, y en la simbología femenina mantiene prioridad como su particular característica que las mujeres han interiorizado qué deben hacer y qué es importante, lo cual, en muchas ocasiones, es el objetivo de su vida: las esposas y las madres dan fe de esa categorización de la entrega.

Xenia Pacheco (2001, en Sáenz, 2008, p. 29) retoma a Michel Foucault y señala que:

Aunque no establece diferencias entre los cuerpos femeninos y masculinos, sus teorías sobre el poder reflejan la forma en que el patriarcado realiza la apropiación del cuerpo de las mujeres, expropiándolas

de sí mismas e incorporando en sus subjetividades el inconsciente deseo de ser para los otros.

2.14. La trasgresión

Desde la construcción cultural de lo femenino, desde la estructura patriarcal, las lesbianas funcionan como mujeres trasgresoras que violan ese deber ser de las mujeres: papel de mediadoras, cuidadoras, pensadas para los otros y no para sí mismas. Desde esta perspectiva, las mujeres lesbianas destruyen la normatividad cuando construyen una vida a partir de sus elecciones y no de la imposición. Empero, la manera como se identifican está fuertemente relacionada con cómo las denominan los demás.

Los imaginarios sociales que los otros construyen de ser lesbiana repercuten en la manera de identificarse dentro del grupo, pues ellas los reafirman a través de su vocabulario. Ahora bien, esto no significa que estén de acuerdo con los adjetivos peyorativos y denominaciones que los demás utilizan para nombrarlas, simplemente les es difícil pensarse sin los imaginarios sociales en tanto estos se han conceptualizado, historiado e imaginado sobre ellas. Los imaginarios sociales, en este sentido, hacen posible entender desde la presente apuesta investigativa por qué los procesos de integración social evidencian la invisibilidad de las lesbianas. Una de las razones es que:

Los imaginarios sociales se encuentran en los cimientos de las diferentes manifestaciones culturales (incluida la ciencia) y que operan desde sus representaciones colectivas como portadoras de la acción social. Esta idea justifica la importancia del estudio de los imaginarios como punto central para la reconstrucción de las formas de vida, cotidianidades y mundos de la vida no tematizados o reflexionados, los cuales, dadas las incidencias históricas, requieren de ciertas reconstrucciones en tanto su recuperación, tematización y transformación (Martínez y Muñoz, 2009, p. 214).

Ahora, el imaginario social opera, en el caso de las lesbianas, como una herramienta conceptual, es decir:

Los imaginarios sociales se despliegan como portadores de imágenes y formas de comprender la realidad, así como detonantes de la acción social. Por ello, lo imaginario sería el conjunto de imágenes que cada uno compone a partir de la aprehensión que tiene de su cuerpo

y de su deseo, de su entorno inmediato y de su relación con los otros, a partir del capital cultural recibido, así como de las elecciones que provocan una proyección en el porvenir próximo (Martínez y Muñoz, 2009, p. 213).

Las mujeres lesbianas han cuestionado la homogenización. Sin embargo, no se ocupan de las que están en proceso de transformación. Esta investigación intenta dar cuenta de la falla. Al respecto, Claudia, participante del grupo focal, comentó:

Ay, se rapó de ese lado, ¡uff, lesbianísima! de hecho, uno como lesbiana, uno ve una mujer así y uno piensa lo mismo o a veces resulta que no, uno como lesbiana comete y hace estereotipos de ese tipo [sic] y sí, la mayoría del tiempo pues el ojo no se equivoca (comunicación personal, 2016).

Testimonios como este respaldan la idea de cómo las ven los demás en relación con su apariencia. Ellas también tienen estigmas de lo que es ser lesbiana y lo categorizan desde lo físico por medio de expresiones como *machorras* y *femeninas*, como lo muestra la siguiente afirmación:

Es que a mí no se me nota, yo soy la famosa *gallina*; no es tanto lo femenina, cualquier mujer, independientemente de cómo se vista o cómo camine es femenina, entonces sino como, no sé, de pronto mi manera de vestir, de verme, no sé qué será, nunca me van a decir..., como no tengo el radar, los otros no lo tienen contigo 'yo ya sabía', y bueno ¿por qué relacionas ser lesbiana con ser machorra?, ¿por qué relacionas lo uno con lo otro, o ser lesbiana con ser hombre?, el hecho de que si a ti te gusta una mujer es que tú quieres ser un hombre, yo no, a mí me encanta ser mujer, les digo, ellos no entienden eso y lo atacan mucho, a mí me duele, es muy grosero que la gente diga eso. Con mi novia no fue ningún estereotipo [sic], de hecho los estereotipos de esos de películas porno no es verdad [sic], eh, lo que yo descubrí es una manera, eh, no tengo ni idea de cómo responderte esta pregunta, eh, digamos que no hay ningún hombre en el asunto, como siempre te preguntan quién es el hombre de la relación, yo deduzco de [sic] quién es el que da, hay muchos hombres *gays* que también me han preguntado eso y me he dado cuenta de que no, es algo que no se puede explicar, tú sólo haces y besas y no es nada que yo he visto en ningún lado [sic] en ninguna película o en ningún medio (Claudia, grupo focal, 2016).

Esta razón reside en la negación total a la definición que dan los otros. Son mujeres que tratan de minimizar los rasgos identitarios “tradicionales” para evitar la discriminación y la estigmatización que afecta todos los aspectos de la vida, porque ser lesbiana toca los espacios de socialización, familiares y laborales. De este modo se genera la necesidad de llevar una doble vida adaptándose a la construcción heterosexual, sin negarse al hecho de que son y hacen parte de una minoría que, al no encajar dentro de lo establecido, padece de una carga de violencias importante. En consecuencia, estar en la dinámica social aceptada implica arriesgar el ámbito íntimo, el cual se invisibiliza para su protección. Luego, no reivindicar la necesidad de reafirmarse explica por qué los imaginarios no están desde ellas, ratificando o negando los que han sido tan repetidos hasta ahora.

2.15. Ellas y la heterosexualidad: población estudiada

El siguiente apartado presenta las visiones que han construido las mujeres lesbianas respecto a la heterosexualidad y la importancia del amor. Las participantes de los grupos focales realizados expresaron su opinión acerca de la heterosexualidad:

Para mí, el termino heterosexual es otro punto de vista, la cuestión es que es un punto de vista mayoritario. *¿Qué pasa con la mayoría?*, es que la mayoría cree que *sí* estás dentro de la mayoría y lo que está por fuera no es normal, es anormal, es peligroso. También pienso, es que hay algo bastante raro y es que la gente cree que porque si piensas algo que piensa la mayoría eso es, automáticamente le da legitimidad a esa idea, por más ilegítima que en su momento pueda ser. La democracia a veces tiene sus pros y sus contras, entonces eso es lo que pienso de la heterosexualidad, es simplemente una manifestación de la diversidad, no es una categoría que esté arriba o por debajo, hay que entenderlo en términos horizontales. Independientemente de la cantidad de personas que se metan a este estilo de vida o al otro, la cuestión no es de cantidad de gente, si eres mayoría o minoría, sino del respeto mutuo, de entender la diferencia en términos más positivos que negativos y eso es lo que está pasando: se entiende la diferencia como algo malo, como algo que hay que suprimir, cambiar, al que hay que imponerle la idea. Los heterosexuales, no todos, unos pocos, tienden a ser testigos de Jehová, esta es la verdad, no, esto no va a ser nunca porque no le puedes decir a una persona elimina esa parte de ti (Sofía, comunicación personal, 2016).

Por su parte, Sugey dijo:

Creo que las personas heterosexuales tienen mucho poder, creo que está demasiado vendida; bueno, que yo piense que está mal o sea normal o esté bien, solo es y ya; está muy vendida y es todo lo que creo de ella (comunicación personal, 2016).

En las respuestas se evidencia que las mujeres lesbianas perciben la heterosexualidad como algo impuesto, como la regla que se debe seguir y que ellas, de alguna manera, transgreden, aunque tienen claro que hacen parte de una minoría que no goza de la misma aceptación social:

Es la asunción de la heterosexualidad –de la diferencia sexual– como lo natural; es lo blanco o la “blanquitud” como superior; es lo adulto como estadio pleno; es lo humano como lo único racional y, por ende, superior a otras especies; [...] Lo escondido estaría, por mencionar algunas, solo algunas de las opacidades de la heterosexualidad obligatoria, como institución y régimen político que disminuye el poder y se apropia de quienes se hallan en la categoría de mujeres; del sexo como constructo social (Tirado, 2013).

Foucault, quien reflexiona sobre la sexualidad, analiza las relaciones del poder y cómo éstas condicionan las relaciones referidas a la sexualidad y a lo que se espera de ella. Sus posiciones explican el orden ideológico, el poder como marca de imposición en la historia que afecta de formas diferentes a hombres y mujeres en el contexto social-cultural.

Tirado (2013) comentando a Foucault señala “por otra parte me intereso, tal cual como lo hiciera Foucault, ‘todo conocimiento una vez aplicado en el mundo real tiene efectos reales y, en ese sentido, al menos, se vuelve verdadero’” (p. 26). El conocimiento, una vez usado para regular la conducta de los otros, implica prácticas disciplinarias. Según el análisis de Anthony Giddens (1995) “el poder es un fenómeno de movilización, no un factor que establece límites y quienes están sometidos al poder disciplinario no tienen necesariamente relaciones de docilidad hacia el mismo” (p. 14). En esa medida, pensarse desde la diferencia no implica subvertir el orden heterosexual. Sin embargo, la persistencia de la lesbianidad es un constante peligro para la institución heterosexual. Entonces, ¿por qué la sexualidad femenina no es autónoma? Porque es necesario garantizar la perpetuación de las normas culturales.

Por su parte, Carla Lonzi en 1971 (2008) habló del carácter político de la heterosexualidad. Sus postulados tenían un juego interesante que Adrienne Rich (1985) amplió, definiendo la heterosexualidad como institución a través de un concepto clave para la teoría feminista: la heterosexualidad obligatoria. Ambas autoras introducen este concepto para sustentar, a partir de la teoría, la ampliación del concepto de violencias en la historia de las mujeres.

En esto ahonda Curiel (2010), comentando a Rich, “con todo ello, Rich coloca la heterosexualidad como un poder explicativo distinto a entenderlo como una práctica sexual, preferencia, orientación o elección para las mujeres. Para ella es, más bien, una institución institucionalizada” (p. 29). La naturalización de estas prácticas ha permitido la apropiación absoluta de las mujeres, y es que ésta ha tomado históricamente muchas formas de legitimarse a través del amor: el amor alienante, el romántico, que ubica en la palestra situaciones de sumisión porque la recompensa es el amor y la lealtad de los hombres. El fundamento de la vida consiste en el otro: el marido, el padre, los hijos, etc., negando la posibilidad de crecer en todos los aspectos de la vida. Ser para otros es una imposición que las mujeres aceptan detrás del discurso del deber y el amor, olvidando o ignorando que con esto se le da mucha más fuerza al orden patriarcal para la perpetuación de dichas acciones.

En este orden de ideas, la violencia es utilizada para subordinar siempre. Históricamente ha sido una constante y aún persiste, resaltando acciones en las que las mujeres están implicadas de forma directa e indirecta; estos actos han sido juzgados desde una categorización. Ahora, las mujeres han padecido porque no todas han contado con el mismo valor moral e institucional. Podría decirse que ha existido sobre ellas la misma opresión sin distinción de clase, pero, al categorizarlas, el dinero y la posición social han hecho factible la impunidad o no de los casos. La mayoría de los casos documentados por Vigarello (1999) tenían en común amas de casa, adolescentes, niñas y mujeres de mediana edad identificadas como pobres. Su condición social las determinaba a través de una moral clara en relación con el cuerpo visto como propiedad de los hombres, mientras que, en ellos, era territorio de expiación y culpa.

En el marco de la dominación masculina, las lesbianas construyen inseguridades manifestadas a través del sentimiento de culpa que ellas interiorizan desde la moral y la ética; no sólo es la sociedad que las discrimina y estigmatiza sino también ellas mismas considerándose pecadoras. Aquí

se observan los efectos duraderos de los que habla Bourdieu (2000) que el orden social impone sobre las mujeres. Siguiendo al autor en mención, se puede decir que en dicho orden las relaciones de dominación han estado histórica y culturalmente encabezadas por los hombres y reafirmadas en la división sexual del trabajo, de producción y reproducción. Es claro que esta forma de dominación se trasmite de generación en generación a través del proceso de socialización que se encarga de habituarla, sedimentarla, institucionalizarla y legitimarla.

Las tareas asignadas según razón de género constituyen la estructura que ratifica el orden simbólico, cada construcción hecha desde lo que debe ser y se espera de la mujer. En otras palabras, la estructura patriarcal es una organización que funciona para muchas, pero las convierte en mercancía y, en ese punto, se perpetúa todo tipo de violencia universal.

Jules Falquet (2004) recrea algunas teorías lésbicas y acentúa la discusión en tres corrientes del lesbianismo: el lesbianismo separatista, feminista y radical, que tienen en común la configuración de espacios para disfrutar de la visibilidad lésbica como derecho. En esta línea está situado el lesbianismo separatista, en el que las mujeres son creadoras de la cultura lesbiana. En cambio, el lesbianismo feminista se encarga de criticar fuertemente el heterofeminismo y la falta de compromiso con las lesbianas de los grupos feministas, mientras que el lesbianismo radical analiza el tema de la opresión en las mujeres. Al respecto, Rubin (1985), como se citó en Checa (2011), dice:

La opresión de las lesbianas: además de verse oprimidas como mujeres son tachadas, por añadidura, de pervertidas o desviadas; en este caso lo que entra en juego es un sistema de estratificación sexual, aplicable igualmente a los hombres *gay*, travestis y las prostitutas (p. 31).

Gracias a la supremacía masculina representada en la heterosexualidad, todo lo que se identifique como femenino es objeto de estigma y violencia. No obstante, el discurso de la violencia es diferenciado para hombres *gay* que se identifican con la feminidad, así como para mujeres lesbianas, sin contar, además, con la clase y etnia, características que hacen mucho más amplio el análisis.

La cultura creada por las mujeres está relacionada con comportamientos que se legitiman desde la asignación de roles, lo que causa que estas sean oprimidas sin pensar en la subordinación. En palabras de Raquel Osborne (1995):

El dominio masculino por medio de la heterosexualidad se establece en la historia de ambos sexos como una sucesión de horrores perpetuados contra las mujeres, ellos siempre agresores y ellas siempre víctimas. La prostitución y la pornografía constituirán hitos importantes en este terreno (p. 115).

La norma ha impuesto que todas debemos responder al deseo masculino de forma sumisa y además complaciente, no hay una reflexión de por qué somos heterosexuales, la neurosis que se configura en la vivencia lesbiana es precisamente la que guarda la negación del ser heterosexual.

Hasta este momento de la investigación se ha expuesto la mirada de las mujeres lesbianas sobre la heterosexualidad, lo que ellas consideran desde su experiencia lésbica y cómo a partir de la heterosexualidad son inconcebibles las relaciones que ellas tejen. En cuanto a la noción del amor y la manera cómo lo viven son imprescindibles sus opiniones para establecer o identificar la manera cómo se relacionan y los lazos afectivos que construyen desde el momento que reconocen su lesbianidad, en tanto dichas relaciones se encuentran excluidas del paradigma establecido.

Todavía lo estoy viviendo, no me vas a escuchar decir cosas cursis, de descubrir el cielo, la luna, las estrellas. Fue darme cuenta de que no está nada roto en mí, de que soy la persona que.. sí siento. Lo que muestran en las películas, que cantan en las canciones, fue una epifanía... Ahh, ok, por eso la gente hace tanta bulla con esto, por esto la gente del planeta, yo ni siquiera había querido aceptar que estaba enamorada y dije: 'ah, me gustas, no quiero todavía, voy a seguir intentando con hombres', después también fue a conocer a la persona con la que más confío [sic], con la que más tengo cosas en común. Fuimos amigas por mucho tiempo, terminamos porque es difícil y después fue difícil. Creo que no he amado a otra persona diferente a ella, se siente bien (Sughey, comunicación personal, 2016).

Regularmente las primeras experiencias lésbicas suelen tener un drama: el de la aceptación, el temor a equivocarse, tal vez. La primera experiencia tarda algún tiempo en asimilarse, está rodeada de miedos y curiosidad de saber si será definitiva o una cuestión transitoria para volver a la "normalidad", para regresar con ellos con el fin de no ser juzgadas.

2.15.1. El sexo y los imaginarios.

Eh, yo diría que no es ningún estereotipo. Creo que, nunca me pregunté; curiosamente, cuando tuve la desgracia u oportunidad de estar con un novio pensaba '¿qué va a pasar con esto?' que esto, a pesar como estamos en el medio, es lo que más nos enseñan y cuando estuve con mi novia no fue ningún estereotipo, de hecho los estereotipos de esos de películas porno no es verdad [sic]; eh, lo que yo descubrí es una manera..., eh, no tengo ni idea de cómo responderte esta pregunta, eh, digamos que no hay ningún hombre en el asunto, como siempre te preguntan quién es el hombre de la relación, yo deduzco de quién es el que da [sic], hay muchos hombres gays que también me han preguntado eso, y me he dado cuenta de que no, es algo que no se puede explicar, tú solo haces y besas y no es nada que yo he visto en ningún lado, en ninguna película o en ningún medio (Sugey, comunicación personal, 2016).

En esta apreciación encontramos algo importante, precisamente uno de los imaginarios que identifican las lesbianas. Es la pregunta irrespetuosa e invasiva de "¿quién es el hombre?", que surge del estereotipo de la relación lésbica que ha vendido la pornografía. Esta propone un escenario en el cual el hombre completa la escena haciendo ver el acto sexual de las mujeres como algo inane e inválido si no hay un hombre en este, por lo que la relación sexual parece incompleta. Ahora, no puede negarse que la práctica sexual también tiene elementos de identificación heterosexual que no deben definirse como algo negativo, pero que están registrados como únicos en la socialización heterosexual: los roles 'activos' y 'pasivas', aplicados solo a las lesbianas y a los *gays*.

Aquí se evidencia la necesidad de situar el cuerpo en la relación sexual, la cual es y está fundamentada en el poder, porque, lejos de establecer la libertad de las prácticas sexuales, estas prueban que deben responder al juego de roles o, mejor dicho, a las reglas impuestas desde la heterosexualidad. Esto se constata en la apreciación de nuestra entrevistada, ella se refiere al placer como una conexión que va más allá de quién seas, además, con esta apreciación, ella enfatiza que la conexión es todo y por tanto el deseo no debería tener marcas:

Yo de toda la vida: lesbiana, desde chiquita siempre que soñaba cosas platónicas era con mujeres, obviamente muchas cosas... he soñado cosas sexuales con hombres, es un tema de placer más allá de una co-

nexión, el tema es un tema de conexión (Sofía, comunicación personal, 2016).

No es un tema de placer sexual porque finalmente cualquier día que me quiera acostar con un hombre -y si él quiere, obvio no lo voy a violar-, pero es una cosa de conexión, de hablar; con una mujer es diferente a tratar [sic] que con un hombre, la dinámica de la relación de entrada es súper diferente porque es 50/50, aquí no estás cumpliendo un rol, aquí 'y yo soy el proveedor' está *full* en el imaginario de la gente (Sugey, comunicación personal, 2016).

La desarticulación de la sexualidad binaria es, de alguna manera, una de las marcas identitarias de las lesbianas. Esta es, quizá, una forma de entender que no es posible, que es incómodo, que la simbología sexual no deja fuera de eso el componente de lo humano como esencia de la vida erótica. No obstante, ellas reiteran que cuando establecen una relación con otra mujer la dinámica es distinta a las relaciones que han establecido con hombres. Barnes (1997) afirma: "un hombre es otra persona; una mujer es siempre tú misma... en su boca besas tu propia boca. Si te la quitan gritas como si te robaran a ti misma" (p. 172).

Yo a mis 17 me dije como que 'bueno, ya intenté con hombres y eso no sirvió absolutamente para nada, intentemos con mujeres, ¿qué más da?'. Empecé a ver por chat, por no sé qué, allí conocí a mi primera pareja y dije 'yo estoy pa' esto'. Hasta el sol de hoy ya está (Sofía, comunicación personal, 2016).

El primer amor. Es peligroso decir eso, uno tiene amores en diferentes etapas de la vida. Te diría que el amor de mi vida se llama, es María José, es chilena, estamos a distancia, precisamente, pero ya ella viene en junio para establecernos y ha sido la relación más plena, más sana y más tranquila que tengo hasta el momento [sic], madura porque no nos estamos idealizando, así sabemos que hay opciones de éxito y de fracaso; las hay y uno simplemente cuenta con el día de hoy para construir cosas, pero me siento plena, tranquila, siento que es la primera vez que me expreso del todo con alguien, sabe cosas profundas de mi vida que ni mi madre sabe, somos amigas, es decir, tú cuando encuentras esa persona sabes la diferencia, qué patrones malos tenías antes y debes empezar a trabajar. Obviamente, no es perfecto, pero mi experiencia del primer amor, que yo siento que es este a mis 30 años, es como un amor consciente, es un amor con los pies en la tierra, es

un amor que tú entiendes que es trabajo y que no vives del amor solamente (Sofía, comunicación personal, 2016).

2.15.2. Siempre lo saben.

En esta categoría, una de las entrevistadas habla de algo muy importante, es la frase más aterrizada: “saberlo no significa asumirlo”:

Se lo decía a mi mamá ‘mira, mi papá quiere que me consiga un novio’, ella decía ‘no le digas eso a la niña’; no, yo pienso que eso no se puede ocultar, tú desde algún momento llegas a saberlo, en mi caso, yo estudiaba en un colegio de chicas todo el bachillerato [sic], en la primaria estudié en un colegio mixto, pero yo recuerdo que en quinto grado les gustaba, no sé, eran niñas de 10 años y todas tenían novios, yo no entendía eso, no me interesaba eso, no me gustaba, nunca; recibí varias cartas de mis compañeros diciendo ‘¿quieres ser mi novia?’, yo: no; luego en el colegio sí me di cuenta que me gustaban varias compañeras, cuando tenía 13, 14 años, e intenté varias veces fijarme en chicos, y bueno, me decía a mí misma ‘¿qué me pasa?’, de hecho, recuerdo que mi papá me enfrentaba a eso [sic]: ‘niña, deberías tener un novio’, de 13 años mi papá me decía eso. Yo sé, es como que tú intentas, en mi caso, un hombre puede llegar a parecerte bonito, muy simpático (María, grupo focal, 2016).

A los 13 años, que es una edad intermedia, todo se aprecia desde la idealización, sin embargo, para ella era enfrentarse a una situación existencial complicada, como asumirse en consonancia con un contexto que exigía tener contacto con chicos. No obstante, la realidad es apabullante, los padres suelen saber, aunque no lo mencionen, porque eso es demasiado peligroso para pensarlo, pero saben, lo intuyen. La gran mayoría lo callan, no dicen nada, no lo mencionan, no les interesa, o quizá no necesitan saberlo:

Sí, mi familia ya lo sabe, pero lo supo apenas hace dos años, pero mi papá siempre lo supo, mi mamá también, de hecho, ellos siempre lo sabían; cuando peleábamos, mi papá decía ‘mira la hija lesbiana que tienes’, ni siquiera decía lesbiana, decía cosas como ‘mira la machorra’, solo por insultar; al mismo tiempo él decía en el fondo que no quiero que lo sea (María, grupo focal, 2016).

En esta conversación encontramos esa incomodidad que va de lado y lado, porque al final son muchas las situaciones que deben enfrentarse:

saberlo, ignorarlo o asumirlo. Cada circunstancia se sitúa en la realidad subjetiva de la entrevistada, porque saberlo quizá libera, pero si es la mujer quien lo hace, son los padres los que pasaran un largo proceso de aceptación, renuncia o indiferencia: las tres situaciones son la consecuencia de lo que implica salir del clóset.

Muchas veces los padres prefieren asumir una actitud indiferente ante la situación y no lo mencionan, no hay discusiones, simplemente lo dejan pasar. La violencia ejercida de parte de estos a sus hijas lesbianas va desde una total indiferencia hasta insultos y golpes. Finalmente, muchas terminan saliendo de sus casas muy jóvenes, enfrentando, en muchas ocasiones, precariedad. El hecho importante en este caso es que los padres siempre lo saben o lo intuyen y la gran mayoría de las veces las lesbianas saben que se sienten diferentes siempre.

2.15.3. Como creemos que nos ven.

La apariencia, la elección de la ropa, la forma de llevar el cabello, los gestos y el comportamiento fueron elementos que predominaron en la mirada de ellas; así como también la relación con la inversión, que denotaría otra categoría: la transexualidad, situada como punto nodal del análisis. El discurso de las entrevistadas reflejaba angustia porque sentían que no querían ser hombres. Sin embargo, la asociación constante a estas características las coloca en el plano de lo visible y, al hacerlo, se identifican de forma genérica porque sólo se tienen esas concepciones básicas de lo humano, sin ver más allá de las apariencias.

Ahora, la comodidad de la ropa es una elección para todas las mujeres, sean o no lesbianas. Tal como se puede constatar en el imaginario de lo «masculino», se observa que la molestia de las participantes está en la idea generalizada de un solo tipo de lesbianas. Las “apuestas” o *performances* pueden estar revestidas de una carga importante de símbolos masculinos sin que, por ello, sea necesario encasillarlas. Como se cita en Butler (2002), Foucault (1975) sostiene al respecto que: “el alma llega a ser un ideal normativo y normalizador, de acuerdo con el cual se forma, se cultiva y se inviste el cuerpo; es un ideal imaginario históricamente específico hacia el cual se materializa el cuerpo” (p. 62). De acuerdo con lo anterior, se puede decir que el cuerpo es regido y guiado por una fuerza llamada a través del tiempo como alma, dejando recaer en este sentir que no se ve, la responsabilidad de formación y estructuración del ente material llamado cuerpo. Es por ello que reproducir nuevos esquemas que permitan comprender las relaciones afectivas diferentes a las hete-

rosexuales es complicado. Señala Bourdieu (2000) que sobre los *gays* y las lesbianas recae una dominación simbólica que los obliga a aceptar los principios dominantes de lo masculino (activo) sobre lo femenino (pasivo) y a reproducir esta estructura en sus roles de pareja.

Cabe afirmar en esta reflexión que somos nómadas y transitamos porque lo humano no es estático, cambia permanentemente de forma interna y externa. Las nuevas ciudadanías están impregnadas de las posibilidades de ser, aunque no escapan de la adversidad y el estigma. Hacer y responder a un proyecto real de ciudadanía implica, más que razones, una legitimidad que no es precisamente el respeto a los derechos humanos, pero sí la lucha de reivindicaciones constantes como resultado del proyecto moderno. La tarea de comprender el escenario de lo humano involucra la figuración de nuevas apuestas que pueden ser transitorias o nómadas si se trata de la individualidad.

El afecto se constituye en una angustiada espera, mediada por la aceptación, que no puede suponer que la otra persona del mismo sexo acepte; encontrar el equilibrio en la aceptación de sí mismo y balancear las cargas de la existencia para construir una nueva forma que no precise ni interponga fronteras entre el deseo y ésta. Hay que ser conscientes de que lo más angustiante de la diversidad sexual no es la forma exterior, mostrarse ante la sociedad, sino todos los elementos que deben incluirse en la configuración de ser ciudadano(a) con la convicción de ser y tener acceso a lo que, por ética humana, se tiene derecho.

Capítulo III

Imaginarios sociales de las lesbianas en la sociedad

La lesbianidad está plagada por el odio que conlleva la idea de que las mujeres puedan prescindir de los hombres. Renunciar a la heterosexualidad es un acto imperdonable, no desearlos, no existir para la reproducción es motivo suficiente para la discriminación. La sociedad presume de ser incluyente, pero construye un mundo en el que las mujeres lesbianas no tienen cabida o se les acepta a medias. Desde la mirada de los otros, las lesbianas tienen la etiqueta de perversas, anormales. Ser lesbiana es aún considerado como un estado transitorio, una cuestión de inmadurez en la adolescencia, como el deseo de experimentar nuevas cosas que terminarán al llegar la adultez.

Ahora, si ya están pensadas por los otros y otras desde lo antinatural y patológico, e incluso desde la mirada sexual en la cual son tomadas como objetos sexuales, las lesbianas son sujetas a vigilancia por parte de la sociedad heterosexista que estigmatiza lo que es percibido como cuestionable, excesivo o subversivo de los límites sociales. Las sociedades están, en un sentido, menos amenazadas por el hecho de que personas del mismo sexo tengan relaciones sexuales eróticas que por la capacidad homosexual para reconocer y demostrar la existencia de diferentes estilos de vida, de diferentes caminos para librarse una misma de las normas establecidas (Careaga y Cruz, 2004).

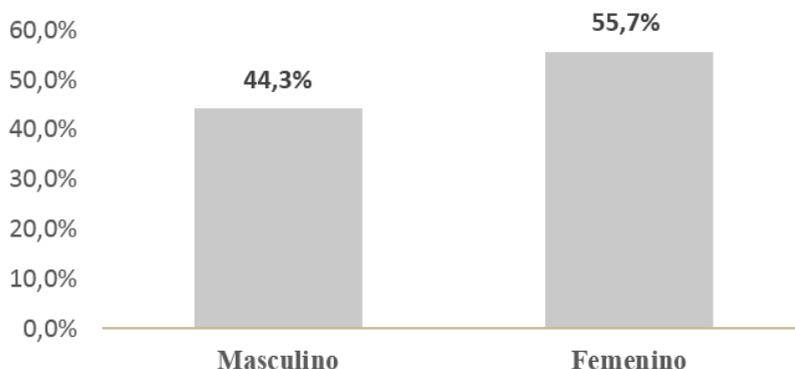
Para la consolidación de esta investigación se realizó una encuesta que responde en gran medida a la pregunta planteada respecto a los imaginarios que la sociedad barranquillera ha construido de las mujeres lesbianas.

Se seleccionaron de manera aleatoria a 174 personas (97 mujeres y 77 hombres) en edades que oscilan entre los 10 y 75 años, de diferentes profesiones y niveles socioeconómicos, con el fin de establecer e identificar las apreciaciones e imaginarios que existen en torno a las lesbianas en la ciudad de Barranquilla. La importancia de aplicar las encuestas a personas de diferentes edades radica en observar el componente generacional y establecer si a través del tiempo han cambiado las apreciaciones respecto a ser lesbiana, resaltando el constructo mental que permite analizar no sólo lo que los otros piensan sino también lo que las lesbianas piensan sobre ese mundo de ideas que se entretiene sobre ellas.

Al desarrollar todos estos escenarios mentales –en especial la heterosexualidad y la masculinidad como medidas que, desde los otros, se tienen sobre la configuración de las lesbianas– es importante reconocer que las apreciaciones sobre la lesbianidad están concebidas desde la mirada binaria hombre-mujer.

3.1. Desencuentros en la ciudad, apreciaciones, misoginia y lesbofobia

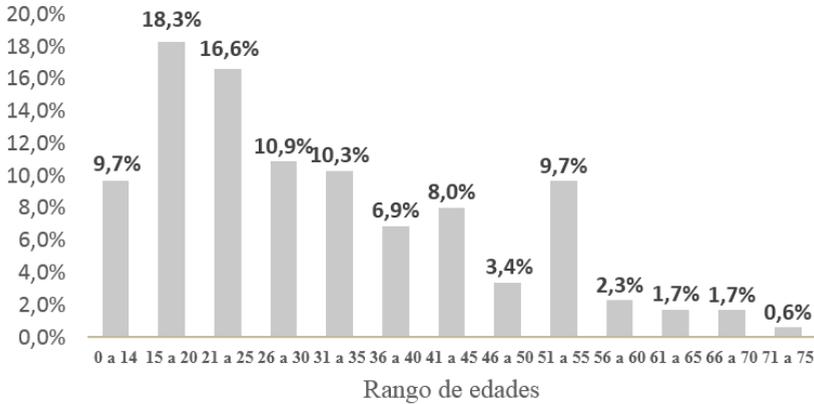
La encuesta fue respondida en su mayoría por mujeres (55,7 %). Por su parte, el porcentaje de hombres encuestados fue de 44,3% C73.

Figura 1. Sexo de la población encuestada

Fuente: Elaboración propia a partir de la encuesta *Imaginario social construido de las mujeres lesbianas en Barranquilla*.

La edad es un componente esencial en la manera cómo se configura la sociedad y en el espacio que ocupamos en ella, las funciones que ejercemos y los deberes que adquirimos al transcurrir el tiempo. Nuestro ciclo vital se divide en una serie de etapas que van desde la infancia hasta lo que llamamos tercera edad. Si bien es cierto que en la infancia contamos con derechos que garantizan nuestro bienestar, esto es algo que ignoramos al permanecer sujetos a la voluntad de nuestros padres. Es en la adolescencia cuando empezamos a entender la importancia de lo que implica ser adulto y tomar nuestras propias decisiones, comenzamos a experimentar nuevas cosas y encontramos ante nuestros ojos un mundo que antes nos era desconocido.

Pero, sobre todo, la edad es un constructo social que determina nuestro accionar. Dependiendo de los años que tengamos y ubicándonos en un espacio y temporalidad particulares, podría decirse que se esperan unas ciertas conductas o prácticas de nosotros. En la sociedad actual se espera de los niños, por ejemplo, que jueguen y se diviertan; en la adolescencia se trazan metas de lo que se espera cumplir en el futuro, y en el paso a la adultez se espera que las personas se organicen, obtengan un empleo y formen una familia. La edad es importante en el sentido que, dependiendo de la edad que se tenga, la sociedad, la familia y el Estado exigen cosas del individuo: no se espera lo mismo de un niño que está dejando el biberón que de una mujer que acaba de terminar su carrera.

Figura 2. Edades de la población encuestada

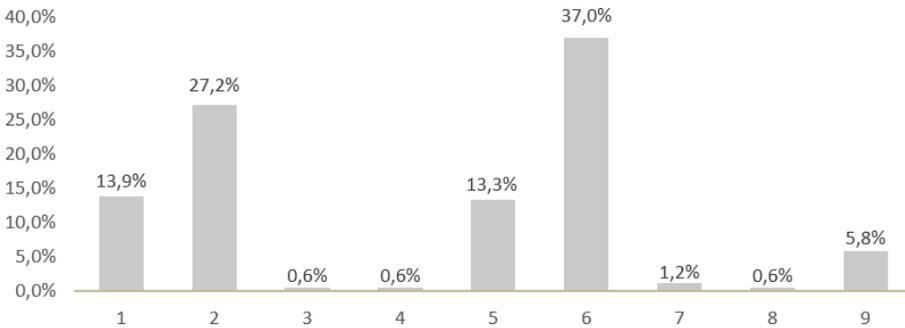
Fuente: Elaboración propia a partir de la encuesta *Imaginarios sociales contruidos de las mujeres lesbianas en Barranquilla*.

La mayoría de los encuestados está entre los 15 a 20 años con un 18,2 %, es decir, están en la etapa de la juventud. Según la ley colombiana, a partir del año 2013, basados en la ley estatutaria bajo el artículo 5 se reconoce como jóvenes a las personas entre los 14 y los 28 años, los cuales, aunque fungen como ciudadanos, se encuentran en un proceso de consolidación de su autonomía intelectual. El 16,6 % corresponde a personas entre 21 y 25 años; seguido por la población entre 26 y 30 años con 10,9 % y el 10,3 % correspondiente a los ubicados entre los 31 y 35 años. A estos les siguen los que se encuentran entre los 51 y 55 años con 9,7 %. Como se observa, la mayor parte de la población encuestada oscila entre los 15 y los 35 años.

El estado civil es una condición que permite verificar si una persona tiene o no pareja, es decir, los vínculos afectivos que mujeres y hombres contraen entre ellos o con personas de su mismo sexo. Si bien es cierto que en la actualidad las minorías LGBTI han ganado algunas luchas en el terreno legal, no podemos olvidar que en la sociedad colombiana prevalecen ideas conservadoras que ven como impropias las relaciones que no se ajustan al orden establecido, es por ello que el matrimonio es lo aceptable socialmente e, incluso, la unión libre entre hombres y mujeres es señalada como algo ilegítimo. En Colombia, según las leyes jurídicas y sociales, las relaciones de parejas aceptadas entre hombres y mujeres se validan a través de dos vías: de derecho y de hecho. La primera consiste

en la unión ante las instancias religiosas o jurídicas, y la segunda es la decisión de vivir en pareja sin ningún contrato firmado.

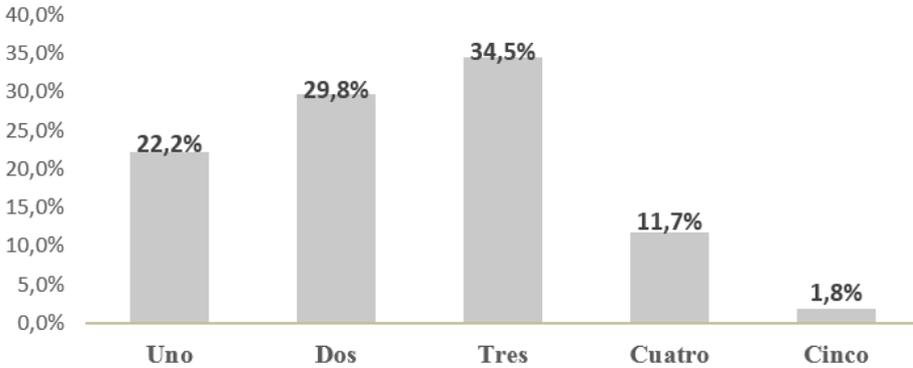
Figura 3. Estado civil de la población encuestada



Fuente: Elaboración propia a partir de la encuesta *Imaginario sociales construidos de las mujeres lesbianas en Barranquilla*.

La encuesta realizada a hombres y mujeres respecto a su estado civil arrojó los siguientes resultados: 13,8 % hombres casados; 13,3 % mujeres casadas; 27,1 % hombres solteros; 37,0 % mujeres solteras; 0,6 % hombres separados; 1,2 % mujeres separadas; 5,8 % unión libre hombres-mujeres; 0,6 % hombres viudos; 0,6 % mujeres viudas. Los resultados de las estadísticas muestran que la soltería es el estado que prima en hombres y mujeres. Esto se debe, en gran medida, a que tanto mujeres como hombres tienen como prioridad prepararse profesionalmente y ser exitosos en sus empleos, sumado al hecho de querer experimentar diferentes relaciones afectivas hasta establecer un compromiso serio, ya sea el matrimonio o vivir en unión libre.

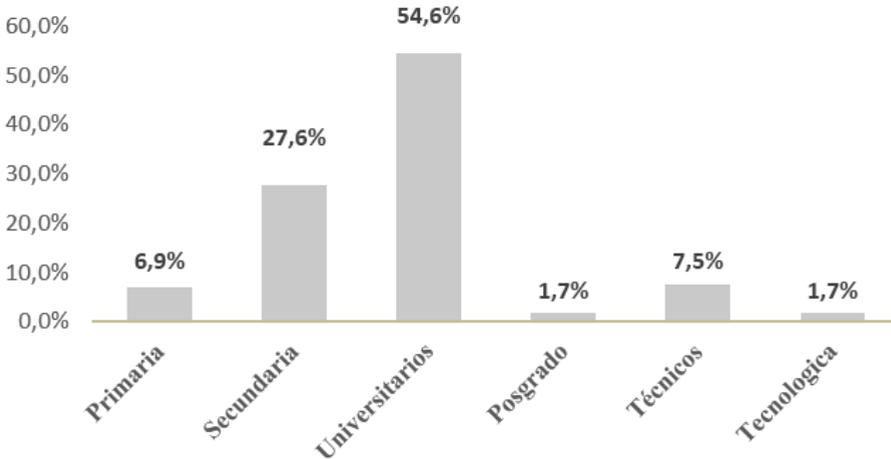
El estrato socioeconómico mide el nivel de ingresos y el espacio geográfico en el que viven los individuos, dando cuenta del acceso a recursos que estos tienen; dicho acceso depende del nivel económico con el que cuentan. Es indudable que la economía se encuentra estrechamente vinculada a la sociedad, por lo que contar con un buen nivel económico genera bienestar. Lo cierto es que estamos en un mundo organizado económicamente: cada vez que el sistema económico entra en crisis, automáticamente todas las personas se ven afectadas. Sumado a esto, el reparto desigual de las riquezas es una realidad mundial.

Figura 4. Estrato socioeconómico de la población encuestada

Fuente: Elaboración propia a partir de la encuesta *Imaginarios sociales contruidos de las mujeres lesbianas en Barranquilla*.

La mayor parte de la población encuestada pertenece al estrato 3 con 34,5 %; el 29,8 % pertenece al estrato 2; el 22,2 % es estrato 1; el 11,7 % estrato 4, y 1,8 % de los encuestados(as) pertenecen al estrato 5. Estos resultados se explican a partir de que la mayoría de la población barranquillera pertenece al estrato medio y acceden a realizar la encuesta sin mayores prejuicios, además están más abiertos a responder. Sumado a esto, condiciones como que el tema esté en la prensa y en redes sociales permite que haya cierta flexibilidad para participar, aunque esto no implica que tengan ideas respetuosas o de conocimiento sobre el tema. En esto se refleja el hecho de diseñar una encuesta que tuviera en cuenta la participación de jóvenes, incluyendo adolescentes, dada la importancia del tema. Mirar los estratos sociales permite entender que la participación de todos es muy significativa para conocer las percepciones del tema en la ciudad.

En la actualidad, la educación constituye uno de los pilares para el desarrollo de los individuos. Las personas tienen la necesidad de educarse para salir a competir en el mundo laboral y mejorar sus estilos de vida; la sociedad moderna así lo exige. En este sentido, hablamos de la educación desde la institucionalidad, es decir, de una educación de tipo formal.

Figura 5. Nivel de estudios de la población encuestada

Fuente: Elaboración propia a partir de la encuesta *Imaginarios sociales contruidos de las mujeres lesbianas en Barranquilla*.

Esta figura muestra que el nivel educativo de la población encuestada es, en su mayoría, universitario o con estudios universitarios concluidos (54,6 %); le sigue estudios secundarios con un 27,6 %; técnico con un 7,5 %; tecnológica con 1,7 %, y posgrado con 1,7 %.

La profesión constituye una de las facetas más importantes en la vida de los seres humanos: a través de ella, las personas sienten que pertenecen a algo, ya sea una empresa, un banco, un hospital, una universidad, etc.; contar con una profesión es, entonces, sinónimo de seguridad. Si bien es cierto que el desempleo en Colombia es una realidad latente y muchas personas se ven en la necesidad de ejercer oficios distintos a los estudiados, lo cierto es que contar con una profesión garantiza ingresos económicos. La profesión mantiene activos a hombres y mujeres, es una buena manera de enfocar la energía y, a cambio, se obtiene bienestar, dinero, e incluso, felicidad; claro está, si se ama lo que se hace.

Tabla 1. Profesión u oficio de la población encuestada

Profesión u oficio	Porcentaje
Abogada/o	2,6 %
Administrador/a de empresas	1,9 %
Ama de casa	9,0 %
Artista plástica/o	0,6 %
Asesora/o	1,3 %
Auxiliar contable	0,6 %
Auxiliar de droguería	0,6 %
Bacterióloga/o	1,3 %
Contador/a	0,6 %
Cocinero/a	0,6 %
Comerciante	3,8 %
Comunicador/a social	0,6 %
Conductor/a	1,3 %
Contador/a	0,6 %
Docente	6,4 %
Economista	0,6 %
Electricista	0,6 %
Estilista	1,3 %
Estudiante	45,5 %
Profesional en finanzas y relaciones internacionales	0,6 %
Licenciado/a en idiomas	0,6 %
Ingeniero/a	4,5 %
Jubilada/o	0,6 %
Mecánico/a	0,6 %
Médica/o	1,3 %
Modista	0,6 %
Obrero/a	2,6 %
Policia	0,6 %
Publicista	0,6 %

Químico/a	0,6 %
Secretaria/o	0,6 %
Taxista	0,6 %
Trabajador/a social	0,6 %
Veterinario/a	1,3 %
Desocupado/o	3,2 %
Total	100,0 %

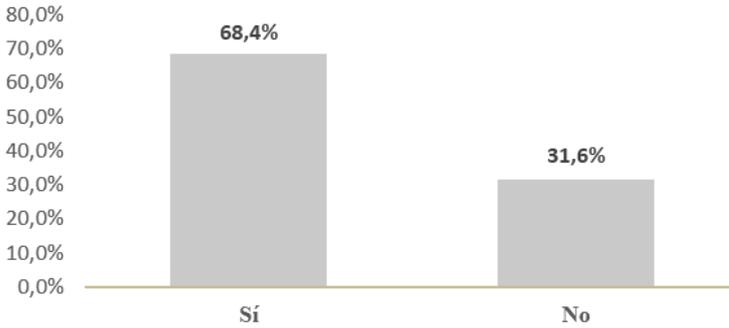
Fuente: Elaboración propia a partir de la encuesta *Imaginario social construido de las mujeres lesbianas en Barranquilla*.

La Tabla 1 muestra que el mayor porcentaje lo obtuvo la categoría *estudiantes* con el 45,5 %. La explicación está en que, en la actualidad, la sociedad exige jóvenes competentes, preparados, capaces de desarrollar todo tipo de funciones. En estos nuevos tiempos, estudiar garantiza una mejor calidad de vida, además de movilidad social. Otra razón es el hecho de que existen apoyos educativos que posibilitan el acceso a la educación superior.

La religión es una de las estructuras que compone la sociedad: desde tiempos inmemoriales se ha encargado de regular el comportamiento de los seres humanos a través de las leyes divinas. Sin duda, el componente ideológico ha jugado un papel importante a lo largo de la historia en controlar el accionar de las personas, así como los valores éticos, morales y espirituales que deben regir a la sociedad. La Figura 6 nos muestra que la religión es un componente importante en la vida de las personas; la necesidad de creer en una fuerza superior y creadora que guíe nuestra existencia se ha convertido en una parte imprescindible de la vida de los seres humanos, llámese Dios, Jehová, universo o cosmos. Los resultados arrojan que el 68,4 % profesa una religión, mientras que el 31,6 % no profesa ninguna. Podríamos decir que la causa de este último resultado es la perfección del conocimiento, la necesidad de querer aprender nuevas cosas, de encontrar respuestas tangibles; es por ello que no se cree en algo que no se ve. Lo cierto es que las creencias determinan en gran medida lo que una persona es y la manera cómo dibuja el mundo. Un ejemplo claro son las respuestas de las personas encuestadas al momento de preguntarles el porqué de su opinión acerca de las lesbianas: “porque mis principios y valores no me permiten aceptarlas” o “son mujeres que están en el mal camino y a Dios no le agrada eso”. Más adelante hablaremos de esto con más detenimiento. Independientemente de la religión

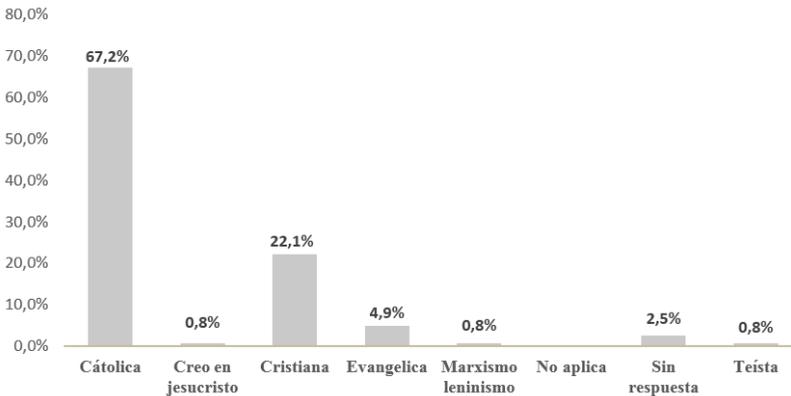
que profesen, es evidente que su formación y las doctrinas que les han enseñado les exigen seguir unos lineamientos en los que hay cosas que definitivamente no están permitidas.

Figura 6. ¿Profesa alguna religión?



Fuente: Elaboración propia con base en la encuesta *Imaginarios sociales contruidos de las mujeres lesbianas en Barranquilla*.

Figura 7. Religión profesada



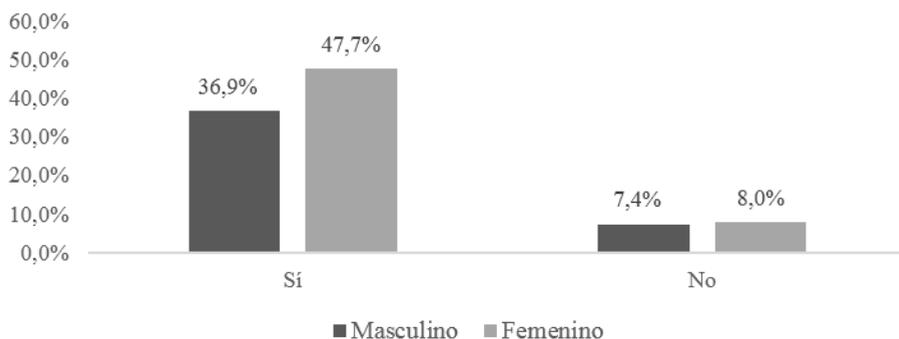
Fuente: Elaboración propia con base en la encuesta *Imaginarios sociales contruidos de las mujeres lesbianas en Barranquilla*.

La Figura 7 muestra que la religión católica es la más profesada entre la población encuestada con el 67,6 %. Esto se explica porque la Iglesia católica, desde hace varios siglos, la declaró como la religión oficial del Estado, y es un lugar que, como observamos, se sigue manteniendo: para la muestra, Colombia sigue siendo un país católico y, en gran medida, conservador; sin embargo, la misma figura nos muestra que existe una gran diversidad de religiones, evidenciando que en la ciudad de Barranquilla persiste una fuerte religiosidad. Es indudable que las creencias y la tradición religiosa que los ciudadanos barranquilleros profesan son un factor importante a tener en cuenta al momento de analizar las apreciaciones que se han construido de las lesbianas. El componente religioso como forma de desacreditar a las mujeres lesbianas es reflejo de la influencia judeocristiana y de sus creencias sobre las mujeres, en especial sobre lo que deben ser. Es preocupante que muchas personas afirmaron “la Iglesia dice”, “Dios dice”, “porque estoy fundamentada en mi entorno y en los principios que nos deja Dios”; una lesbofobia sustentada en suposiciones de lo que es la verdad absoluta. La otredad no existe como elemento del discurso religioso a menos que sea este un contrario. La severidad de estas violencias ha calado de forma continua en el imaginario dejando fuera cualquier posibilidad de objetar.

Estas frases evidencian qué tan lejos puede ir un discurso misógino: Dios, hombre, perfecto; todo lo que no se conciba desde esta ideología no tiene cabida. La presunción de verdad absoluta ha sido una constante y, de paso, una legitimación tácita de la Iglesia. Las denominaciones católicas o protestantes, no importa su sustrato teórico, se basan en la opresión de las mujeres, lesbianas y homosexuales; una forma de hacer mella en esto se evidencia en la figura de la familia como motor de la sociedad: una familia, por supuesto, conformada por padre, madre, e hijos, olvidando las diversas familias que componen la realidad de hoy. El historiador Pablo Rodríguez (1995) señala que si bien es cierto el lugar preponderante que ocupa la estructura familiar en Colombia, las formas de ser familia han cambiado de una época a otra, encontrando viudas, mujeres que encabezan hogares, y ello se atribuye en gran medida a la cultura, la etnia, el estrato socioeconómico, porque no podemos pasar por alto que, por ejemplo, el mismo número de miembros que componen una familia pobre es el mismo número de miembros de una rica. Si bien el estudio que realiza el historiador abarca el periodo colonial, al analizar la sociedad de hoy es un fenómeno que todavía persiste.

3.2. Construcción de imaginarios a partir de los otros y las otras

Figura 8. ¿Conoces mujeres lesbianas?



Fuente: Elaboración propia con base en la encuesta *Imaginarios sociales construidos de las mujeres lesbianas en Barranquilla*.

Al plantearse esta pregunta el 47,7 % de las mujeres y el 36,9 % de los hombres encuestados respondieron que sí. Esto se debe en gran medida a que las y los barranquilleros a la hora de identificar a una lesbiana tienen en cuenta la apariencia, y en la gran mayoría de las respuestas coinciden en que la expresión corporal, los rasgos «masculinos», el corte de cabello o el modo de andar hacen fácil percibir si son o no son lesbianas, lo cual nos deja ver que sigue predominando el imaginario de que las lesbianas son netamente «masculinas». Pese a que en la mirada que existe de las lesbianas se refleja desconocimiento –tipificándolas con el término peyorativo *marimacho* que asume que quieren ser hombres y no pueden–, la encuesta muestra que la lesbianidad en la sociedad actual es un tema visible, pero que aún genera estupor cuando se habla de él. Platero (2009) afirma:

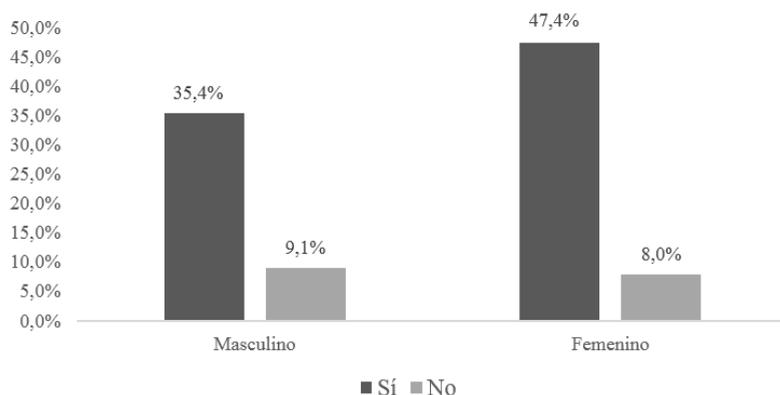
Podríamos decir que la lesbiana es una sujeta mestiza que rompe la lógica binaria, una persona incómoda que no existe identitariamente, y que, sin embargo, tiene capacidad para generar formas creativas de resistencia y señalar las exclusiones sociales de las que es objeto (p. 42).

De alguna manera, este imaginario de que las lesbianas son masculinas deja por fuera mujeres «femeninas» lesbianas, e incluso se corre el riesgo

de equivocarse, pues no todas las mujeres de apariencia masculina son lesbianas. Esta es una de las razones que hace difícil medir la invisibilización de las lesbianas.

Por otro lado, el 7,4 % de hombres y el 8 % de las mujeres encuestadas señalaron no conocer lesbianas. Esto demuestra que es difícil percibir aún en estos días a las mujeres lesbianas, y esto se debe en gran medida a que las relaciones entre mujeres son mucho más íntimas que entre los hombres: la prueba está en que dos mujeres pueden ir tranquilamente agarradas de la mano y no es visto como algo impropio; por el contrario, en los hombres es motivo de escándalo.

Figura 9. ¿Tiene amigas, conocidas, familiares, compañeras de trabajo/estudios, que sean lesbianas?



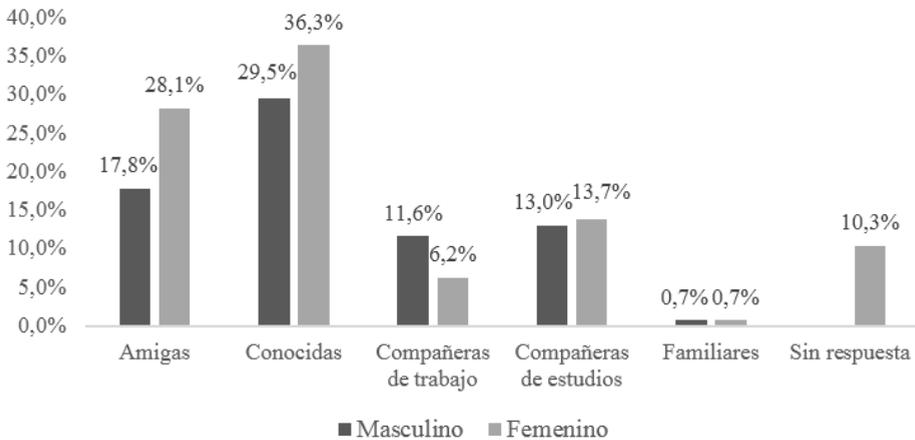
Fuente: Elaboración propia con base en la encuesta *Imaginarios sociales contruidos de las mujeres lesbianas en Barranquilla*.

Al formular esta pregunta los resultados fueron los siguientes: el 35,4 % de los hombres respondió que sí y el 47,4 % de las mujeres dio una respuesta afirmativa; mientras que el 9,1 % y el 8,1 % de hombres y mujeres, respectivamente, respondió que no. Es claro que el resultado que obtuvo un mayor porcentaje muestra que conocen a las lesbianas en los diferentes escenarios en los que ellas se desenvuelven como el trabajo, la casa, el barrio, la familia y los lugares públicos; sumado a eso, la apariencia, las expresiones corporales o el voz a voz juegan un papel determinante para definir qué mujer es lesbiana y cuál no lo es. Se puede inferir también que si las mujeres no tienen ademanes masculinos o no tienen un carácter fuerte se hace difícil concluir cuál es su orientación sexual y, esto, de cier-

ta manera, es una de las formas de invisibilizar a las mujeres lesbianas femeninas, como lo he venido afirmando a lo largo de esta investigación a partir de las apreciaciones de los encuestados.

3.3. Tipo de relación con las lesbianas

Figura 10. Tipo de relación con las lesbianas



Fuente: Elaboración propia con base en la encuesta *Imaginarios sociales construidos de las mujeres lesbianas en Barranquilla*.

Las lesbianas, analizadas por la otredad, son vistas como un grupo aparte que no logra articularse con los demás miembros de la sociedad, no hacen parte del todo que configura el universo. En la encuesta, al preguntarle a los hombres si tienen amigas, conocidas, familiares, compañeras de trabajo o estudio que sean lesbianas, el porcentaje más alto fue el de conocidas con un 40,5 %, de lo cual se asume que los encuestados piensan que establecer relaciones interpersonales con las lesbianas es algo difícil. Esto se soporta cuando esbozan argumentos como: “son rudas, no trato con mujeres así” o “son peligrosas y resentidas”, incluso encontramos frases con un contenido fuerte como esta: “me dan asco, no quisiera conocer a ninguna”. Lo anterior deja entrever que prefieren tener un trato distante con las mujeres lesbianas como si esta orientación sexual fuera una enfermedad contagiosa. Por su parte, el 27,8 % tiene una relación de amistad con ellas; el 13 % señala que conoce a alguna porque es compañera de estudio; el 11,6 % indica que conoce a alguna por ser compañera

de trabajo. Las mujeres, por su parte, al responder el tipo de relación que tienen con mujeres lesbianas lo hicieron de manera similar a los hombres: el 47,4 % son conocidas; le sigue 28,1 % que afirma que alguna es su amiga; el 13,7 % conoce a alguna por ser compañeras de estudio y el 6,2 %, compañeras de trabajo.

La misma Figura 10 muestra que la variable que obtuvo el menor porcentaje es la de familiares, con el 0,7 % tanto para mujeres como para hombres. Esto se puede explicar en gran medida porque la familia es considerada la institución encargada de formar y preservar los valores y principios morales que imperan en la sociedad, y si bien es cierto que puede ser el principal apoyo en la vida de las mujeres lesbianas, también puede ser su principal juez. En el núcleo familiar resulta un problema aceptar algo que es considerado como anormal, “un peligro que no se advierte”. Aunque la familia acepte que su hermana, hija, tía, sobrina, prima, sea lesbiana, es una aceptación a medias, pues temas como su relación afectiva no se tocan en casa. En los grupos focales se evidencia este patrón:

En términos familiares mi mamá me dice que soy un referente en la familia, que se me respeta, pero es un tema bastante irónico en el tema de mi familia porque por eso mismo no debería manifestar abiertamente que soy lesbiana, entonces como ese amor de madre que te quiere y te ama, pero que al mismo tiempo sientes que tienes rasgos discriminatorios así mismo [sic] no lo quieras admitir; y uno lo comprende porque es otro esquema mental, ella nació hace bastantes años, yo estoy en otra época, en otro proceso, y uno en esta posición está acostumbrado a entender que a uno no lo comprendan, pero uno entiende que desde acá son puntos de vista desde otras épocas y otras miradas; eres rebelde, no te entienden o manifiestan el desacuerdo porque no quieren que la sociedad no te haga daño a ti y etc., como un sinfín de cosas que al final intentan tapar. Por más bonito que lo pongan es que no quieren enfrentarse, o sea que a veces pesa más una opinión pública que la opinión que mereces tú como persona, ser humano, etc. (Daniela, grupo focal, 2016).

3.3.1. ¿Cómo identifica a una mujer lesbiana?

Tabla 2. ¿Cómo identifica a una mujer lesbiana?

	Masculino	Femenino
Ropa	4,1 %	5,8 %
Forma de comportarse	7,6 %	24,4 %
Corte de cabello	1,2 %	0,0 %
Ropa, forma de comportarse, corte de cabello	18,55 %	21,45 %
Ropa, forma de comportarse	8,1 %	5,8 %
Ropa, corte de cabello	1,2 %	0,0 %
Forma de comportarse, corte de cabello	1,7 %	0,0 %
Total	42,45 %	57,55 %

Fuente: Elaboración propia con base en la encuesta *Imaginarios sociales contruidos de las mujeres lesbianas en Barranquilla*.

Las respuestas a la pregunta de la Tabla 2 estuvieron relacionadas con la apariencia de las mujeres como la forma de comportarse (24,4 % las mujeres y 7,6 % los hombres); la ropa (mujeres 5,8 % y hombres 4,1 %); y el corte de cabello (1,2 % hombres), cada característica de forma independiente. Sin embargo, el 21,45 % de las mujeres y el 18,55 % de los hombres las identifican por más de una característica externa, asociándolas a tres en particular: ropa, forma de comportarse, corte de cabello. Por otro lado, hay quienes las identifican por la ropa y la forma de comportarse, así: 8,1 % de los hombres y 5,8 % de las mujeres, estos aspectos van ligados.

Es evidente que estas apreciaciones están relacionadas con la particularidad de mujeres lesbianas que desarrollan rasgos masculinos. La identificación parte, precisamente, de las características que asocian a los hombres; esto connota un imaginario relacionado con la masculinidad, entendida esta como una identidad solamente permitida a los varones; la forma de comportarse es, así mismo, una conducta que asocian hombres y mujeres a las lesbianas. Estos imaginarios por parte de los encuestados

no son novedosos, mantienen la estructura de roles como una identificación caricaturesca de la lesbianidad.

Sin embargo, es evidente que los hombres encuestados, con respecto a las mujeres encuestadas, asumieron mucha más participación no solo para identificarlas, sino también para relacionar, de alguna forma, a las lesbianas con copias de “ser hombre”. A partir de ello surge un nuevo interrogante: ¿cómo se comportan las lesbianas?, al cual los encuestados y encuestadas respondieron que tienden a ser bruscas, poco femeninas, celosas, posesivas, es decir, se repite el modelo heterosexual en el cual uno ejerce el papel de dominador y el otro de dominado. En las respuestas encontramos la necesidad de ver en las relaciones lésbicas una relación heterosexual, sobre lo que Dolores Juliano afirma:

Establecer relaciones sin un modelo en el cual no hay roles tiene sus inconvenientes porque, si bien es cierto que permite la innovación, deja confusas las expectativas de lo que se espera de cada parte. Por lo general, en las relaciones heterosexuales se da un rol de superioridad por parte del hombre y otro de tolerancia y resignación por parte de la mujer, debido a que depende económicamente de este. Si no existiera superioridad ni dependencia económica no queda más remedio que desarrollar una relación madura pactada desde la libertad y el respeto mutuo (2005, párr. 7).

No obstante, la heterosexualidad es el único modelo que las mujeres lesbianas conocen, por eso tienden a repetirlo. Por ello no es de extrañar que a las lesbianas casi siempre les pregunten cuál es el hombre.

3.4. Denominaciones de ser lesbianas desde los otros y otras

Desde la mirada de los otros y las otras, son múltiples las denominaciones que ha construido la sociedad barranquillera respecto a “ser lesbiana”, a su conducta sexual, a su accionar como personas. Son mujeres no deseadas, no respetadas, e incluso subvaloradas. A continuación, algunas denominaciones reflejadas en las encuestas, entrevistas y el grupo focal que se realizaron para fundamentar la apuesta investigativa.

3.4.1. Cauchera, picha con raja.

Se refiere a un falo de mentiras, una idea errada del sexo que sólo es satisfactorio con la penetración o sólo es posible entre heterosexuales. La simplicidad de estos supuestos ubica a las lesbianas en un sitio de exclusión y marginación, vulnerando sus derechos humanos.

3.4.2. Antinatural, loca.

Se encuentra amparada en el imaginario de la locura y el desajuste emocional, manifestando que la sexualidad sólo está normalizada desde el deseo heterosexual. Así lo reafirma Beatriz Gimeno:

Durante el siglo XIX y hasta la segunda mitad del siglo XX se abre paso al modelo patológico de la lesbiana. No es necesario explicar cómo los diagnósticos psiquiátricos y psicológicos han sido empleados como herramientas de opresión y control de los grupos que amenazan la cultura dominante, entre ellos, las mujeres, no sólo las lesbianas. Sabemos cómo las mujeres que desafían el modelo femenino han sido o bien invisibilizadas, o bien estigmatizadas con diagnósticos de enfermedades no sólo psiquiátricas, y sabemos cómo la etiqueta de enferma mental ha servido para despolitizar incipientes movimientos de disconformidad con la realidad dominante (s. p., 2005a).

La etiqueta de loca es una de las maneras de justificar, neutralizar y deslegitimar la identidad lésbica. De las mujeres se espera que ocupen su rol asignado en la sociedad; salirse de este molde implica un problema porque queda en evidencia que existen otras formas de ser.

3.4.3. Las extrañas.

Imaginario invasivo y violento que históricamente ha sido el resultado de la mirada patológica sobre la lesbianidad: las lesbianas desafían el orden heterosexual y al hacerlo subvierten la primera regla del patriarcado que es la exclusividad sexual para los hombres. A diferencia de los *gays* que mantienen su estatus de hombre y sus beneficios, las lesbianas carecen de eso. Por tal motivo, su inversión las sitúa en lo raro, provocando las miradas acusadoras, los comentarios y la violencia simbólica en respuesta a la afrenta. Ser y sentir. Orientar lo erótico, amoroso y sexual hacia el mismo sexo en una cultura donde la heterosexualidad es obligatoria. "No se trata de sustituir unos términos por otros. No se trata tampoco de deshacerse de las marcas de género o de las referencias a

las heterosexualidades, sino de modificar las posiciones de enunciación” (Preciado, 2002, pp. 23-24).

3.4.4. La mirada masculina del deseo.

Desde el patriarcado el sexo está organizado en la estructura cultural, considerando el deseo como apropiación de los hombres. Sin embargo, las lesbianas escapan a su deseo en la práctica objetiva, pero en el ámbito de poder el cuerpo se hace objeto: la invención de la pornografía con lesbianas.

3.4.5. Coquetas.

Aquí sobresale la hipersexualidad, se les considera mujeres promiscuas y provocadoras, lo que se refleja en afirmaciones como “mujeres vulgares que no respetan su cuerpo” o que son “ninfómanas”. Aseveraciones de este tipo tienen la creencia fundamentada en el arquetipo mariano²: una mujer dulce y pueril. Según los imaginarios encontrados en las encuestas, las mujeres lesbianas rompen con este ideal en tanto se considera que las relaciones entre mujeres son una profanación a sus cuerpos.

3.4.6. No han probado hombre.

Expresión muy interiorizada, proveniente del imaginario heterosexual. No se conciben las mujeres sin los hombres, mucho menos desde lo sexual. Esta es una apreciación cargada de prejuicio donde lo patológico se asoma de forma totalizadora. El trauma está ahí: “como no han tenido sexo con hombres entonces no saben de lo que se pierden”. Existe una frase que hace referencia a las lesbianas que nunca se acuestan con hombres, las llaman “lesbianas de oro”. Tal vez, categorizar la esencia femenina desde el cuerpo y su supuesta complementariedad es un discurso que parte de esa analogía: si no tienes sexo con un hombre te pierdes de algo o te falta algo. Lo patológico se asoma determinando no el sentir sino la forma, no importa la elección, implica la trasgresión de la norma convertida en castigo.

² Es un concepto sociológico simétrico al del machismo, dentro de la interpretación feminista del patriarcado según la cual la imagen idealizada de la mujer es un arquetipo o estereotipo (estereotipo social, como el que la religión cristiana realiza en el “espejo y paradigma mariano”).

3.4.7. Problemática, loca.

La categoría *loca* es reiterativa en las respuestas de los y las encuestadas, y abarca la idea de mujeres excesivamente celosas que no se permiten ser felices porque manejan una presión constante sobre sus parejas que las imposibilita vivir tranquilas. Teniendo claro lo anterior, estas fueron algunas de las apreciaciones de los encuestados, y se constata, de igual forma, en las relaciones heterosexuales, en tanto es una creencia arraigada en el contexto cultural.

3.4.8. Tijeras.

Denota la práctica sexual común entre lesbianas. Las expresiones que configuran la anormalidad están presentes, como también las palabras usuales: *camioneras*, *areperas*, *marimachos* y *lenchas*, todas situadas en la representación de lo grotesco. La descalificación inmersa en estos apellidos puede ser una estrategia de desaprobación que pone a todas las lesbianas en el mismo lugar. Aunque ellas no se reconocen como tales, la gente del común sigue creyendo que así es, que son anormales y enfermas, un discurso que ha predominado y calado en el imaginario colectivo.

Aunque las definiciones no son abundantes, es cierto que tienen un componente doblemente discriminador por ser mujeres y lesbianas, sin tener en cuenta aspectos como la etnia y la raza; en este sentido, las posibilidades de marginación se acentúan. Por eso, al definir a las lesbianas las acepciones son limitadas. El hecho histórico confirma que si una plenitud de la vida desde la elección de la lesbianidad es posible, lo único visible será la lesbofobia y, con ello, la invisibilización del hecho lesbiano.

Un imaginario sobre las mujeres lesbianas en la sociedad barranquillera está relacionado con lo religioso, la fe, identificando que están alejadas de Dios, que están en mal camino, que son pecadoras y malas por su condición. Otro de los imaginarios tiene lugar en la presunción de acciones masculinas: 'mandonas', dominantes, poco femeninas, antinatural: "es feo, no las tolero", "tienen hábitos de hombres", "apáticas a los hombres".

Por último, destaca el componente psicológico como elemento desencadenante de la acción lesbiana, en el que predominan calificativos como peligrosas, resentidas, locas, enfermas. Concretamente, los imaginarios están relacionados con ideas que han permanecido en el tiempo, por lo

que las recurrencias y analogías hechas por los y las encuestadas no se alejan de los conceptos que constantemente se han asociado a ser lesbiana. Esto indica que el desconocimiento acerca de la lesbianidad es uno de los elementos fundamentales para la proliferación del odio hacia ellas. Cuando se desconoce una realidad es sencillo tergiversarla y, de esta manera, los conceptos negativos calan de forma fácil en la construcción de la realidad.

Las mujeres comparten la desigualdad e inequidad. El respeto a los derechos de la población femenina encierra, desde la “normalidad”, demasiadas renunciadas, y aunque han cambiado las realidades sociales e históricas, no es suficiente.

La resignación e invisibilización del mundo ajeno por parte de los y las espectadoras es palpable cuando perciben en la lesbianidad lo amorfo, cimentado en su negación. No verlo es quizá provocado por la forma en que muchas lesbianas se esconden, ocultándose repetidamente, logrando que lo no dicho se convierta en desconocimiento, plasmando una vez más esa imagen en el colectivo de no nombrarlas. Stuart Hall lo nombra: “todo conocimiento, una vez aplicado en el mundo real, tiene efectos reales, y, en ese sentido, al menos, ‘se vuelve verdadero’” (p. 474). Entonces las prácticas que hegemonizan lo sexual han pervivido como memoria de lo que se debe obedecer. Quizá por eso Hall es quien mejor lo amplía en la repetición del mundo social más que imaginado e idealizado: la institucionalización de las prácticas sexuales que también son hegemónicas desde la otra realidad no nombrada.

3.5. El porqué de las apreciaciones

- “Porque tengo creencias fieles a la palabra de Dios. Siempre ha sido hombre-mujer”.
- “Porque Dios le dio un órgano para procrear, no para que se gusten entre ellas”.
- “Porque crecí en un hogar conservador y mi familia y valores no me permiten congeniar con ese tipo de personas”.
- “Dios no creó mujeres lesbianas”.
- “Porque en la Biblia dice que los *gays* no entran al reino de Dios”.

Las anteriores apreciaciones corresponden a las personas encuestadas y, a partir de ellas, observamos que hay una extendida creencia de que las lesbianas son sujetos monstruosos, deformes e incompletos; cada imaginario encuentra cabida en la ausencia de algo, en la psiquis dañada o en una moral contranatural. Por lo tanto, el sujeto lesbiano se ha construido invisible y esta permanencia en el tiempo ha fundamentado lo no nombrado, lo oculto, que permite construir y sostener ideas erradas sobre la lesbianidad:

Esta invisibilidad en la historia (una invisibilidad que, cabe insistir, sólo depende de los términos en que hablamos de deseo) se traduce en una invisibilidad en la literatura y, posteriormente, en las creaciones de arte popular, incluyendo el cine y la televisión. Esto no significa que no existan corrientes homoeróticas en las relaciones entre mujeres en los textos, todo lo contrario, simplemente que el heterosexismo se resiste a calificarlas de lésbicas excepto en condiciones muy específicas y especialmente cuando tal etiqueta resta poder a las implicadas y tiñe de negatividad la representación (Mira, 2010, p. 7).

En conclusión, la mirada de los otros emerge de un profundo desconocimiento y miedo. Las percepciones negativas son ampliamente lesbofóbicas, deformando la realidad de las mujeres lesbianas. Ahora bien, la forma en que dichas percepciones niegan a las lesbianas está relacionada con lo religioso, con lo impuro y demoniaco, que se explica a partir de la ideología religiosa que influye en la mente de sus feligreses, generado un odio acérrimo a las diferencias.

Los cambios culturales son lentos y esta lentitud alimenta la lista interminable de adjetivos desdeñosos que generación tras generación han desvirtuado el imaginario lésbico de lo amorfo y que, a su vez, de forma constante, se transforma manteniéndose incólume ante la cultura.

3.6. Lesbianas y derechos humanos

En este apartado se hará una aproximación a los derechos de las mujeres por su condición de lesbianas. Se presentarán solo las leyes y tratados que tocan el tema, por tanto, no se hará una exposición extensa de todo el bloque constitucional existente en Colombia ni serán mencionados todos los tratados que el país ha firmado, ya que no todos están relacionados con la situación de las mujeres lesbianas.

El derecho es una de las áreas del conocimiento que tiene en su constructo teórico toda la cultura de la humanidad, es decir, abarca todo el entendimiento de las representaciones que se tienen de las cosas humanas con respecto al bien y al mal. Precisamente, este discernimiento lo hace replicador de la ley, y en las sociedades es el ente que puede determinar delitos y aplicar sus respectivas penas. Sin embargo, otros aspectos relevantes tienen que ver con los cambios históricos y contextuales, los cuales ayudan a comprender la aparición de la democracia como un ideal de justicia, debido a su carga de pluralidad, es en este escenario un bien común y patrimonio de la humanidad por su contribución a la igualdad y soberanía de derechos para todos y todas.

Ahora, desde la mirada del derecho es notable que hombres y mujeres no son iguales: las mujeres tienen aspectos culturales marcados que las han colocado en un grupo vulnerable a partir de cómo son pensadas y vistas. Las investigaciones en el tema han identificado no solo la consolidación del poder en algo sutil y no pensable, dualidad que deriva en comportamientos asociados a la cultura y lo que se espera de cada cual en esta configuración.

A pesar de las particularidades de cada época, algo que se ha mantenido intacto es precisamente la agudización de los problemas de las mujeres; estos han tenido unas particularidades en el tiempo que han resultado en la perpetuación de la marginalización. Temas como la prostitución y embarazos en adolescentes han estado presentes en el escenario de la vida cotidiana de las mujeres con leves variables, lo que no suprime su génesis, la opresión y la subordinación.

La comprensión de estos problemas ha sido más llevadera desde la democracia que desde otros regímenes políticos. Este es quizá uno de los aportes más significativos de la democracia, ya que logra consolidar procesos que inciden en la reivindicación de problemas específicos para grupos específicos en la sociedad, lo cual ha servido para una comprensión y descripción de los mismos, siendo el primer paso para la visibilización en un contexto social determinado, sea este dictatorial o democrático. “Los nuevos marcos interpretativos que postulan la existencia de un sistema injusto de relaciones sociales genéricas permiten a las mujeres reinterpretar sus experiencias dentro de un nuevo sistema de desigualdad y comprometerse con el cambio de estas injustas relaciones” (Araujo, Guzmán y Mauro, 2000, p. 137).

El compromiso con estos temas no es fácil porque los problemas de las mujeres tienen atenuantes de injusticia y negligencia. Es importante recordar que el derecho es meramente patriarcal, y en esa medida la mirada del legislador impone su cosmovisión del mundo. Temas tan específicos como el feminicidio, por ejemplo, representan el punto máximo de la violencia. A partir de lo anterior, es importante decir que fenómenos como la violación son de los más álgidos en la escena jurídica, ya que posee elementos muy particulares que tienen que ver con una construcción del cuerpo de las mujeres como algo maleable y no visto desde el sentido estricto de lo humano. La agresión representa la invisibilización del repudio, en términos más concretos, la misoginia; los casos de feminicidio sexual son los que mejor describen estos hechos brutales.

La impunidad en los casos de feminicidio en la ciudad de Juárez; las miles de víctimas del conflicto armado interno en países de América Latina como Perú, bajo el mando de Fujimori; en Chile, con Pinochet, y por supuesto en Colombia, resulta paradójica en pleno siglo XXI, en el que aún encontramos similitudes con estas acciones bárbaras. Así lo describe el periodista López de Miguel (2014) en donde, nuevamente, se constata que los cuerpos no tienen nombre ni nacionalidad: en Sudáfrica, uno de los países más avanzados en políticas que favorecen a la comunidad LGBTI, se práctica la “violación correctiva” ejercida sobre mujeres lesbianas y bisexuales y el autor afirma que en 2009 se registraron 500 000 casos.

Al hablar de la perspectiva de género se encuentran diferentes acepciones que tienen en su haber histórico unas razones propias, las cuales obedecen al quehacer de su época y contexto social; suele ser esto, de alguna manera, lo más problemático de estudiar. Quizá quien mejor puede contextualizar la incursión de la categoría género en los análisis de los y las humanistas es Joan W. Scott, pues sus estudios posibilitan comprender los problemas que ha enfrentado esta categoría para permanecer en el escenario de las ciencias sociales.

La poca comprensión en su aplicación podría ser uno de los problemas más apremiantes, ya que para algunos es un tema que trata solo la historia de la naturalización de la opresión hacia las mujeres, siendo la categoría *género* una gran posibilidad de pensar las subjetividades. Ahora, para algunas de estas como los grupos marginados, estigmatizados y subvalorados, la democracia como escenario ideal se vuelve resbalosa. Dentro de todas estas apreciaciones hay algo más: la aplicación del derecho.

La legislación colombiana tiene un bloque constitucional muy completo respecto a este tema, por ejemplo, la Ley 1257 de 2008 que dicta normas para garantizar una vida libre de violencia contra las mujeres tanto en el ámbito público como en el privado; sin embargo, esta es inoperante. En este orden de ideas es pertinente preguntar, ¿cuáles son los grupos más afectados por la mala práctica del derecho?, ¿de qué forma puede garantizarse este derecho para todas las personas si, en la teoría, es para todas y todos? Muchos interrogantes se arrojan sobre la palestra, pero nada está más lejos realmente de garantizar los derechos humanos.

Dentro de estas dificultades para evidenciar injusticias y sobre todo para visibilizar problemas, la interseccionalidad nos permite ahondar en las especificidades de cada grupo marginado:

La transversalidad es una teoría feminista, una metodología para la investigación y una herramienta para la justicia de género y la justicia económica en el ámbito de la justicia social. Comienza con la premisa de que la gente vive identidades múltiples, formadas por varias capas, que se derivan de las relaciones sociales, la historia y la operación de las estructuras (Asociación para los derechos de la mujer y el desarrollo, 2004).

La pregunta ahora sería ¿por qué utilizar esta metodología? Dadas las complejidades de las vivencias de las mujeres es importante entender las diferencias dentro del mismo grupo, que no es homogéneo y que tiene unas particularidades históricas y sociales importantes en la construcción de teorías que abarquen la especificidad de la violencia por grupos poblacionales desde la raza, etnia e inclinación sexual, así como se documenta en Asociación para los derechos de la mujer y el desarrollo (2004).

Como consecuencia de estas múltiples identidades, algunas mujeres se ven empujadas a los límites y experimentan profundas discriminaciones, mientras que otras se benefician de posiciones más privilegiadas. El análisis interseccional nos ayuda a visualizar cómo convergen distintos tipos de discriminación en términos de intersección o de superposición de identidades. Incluso nos ayuda a entender y a establecer el impacto de dicha convergencia en situaciones de oportunidades y acceso a derechos, y a ver cómo las políticas, los programas, los servicios y las leyes que inciden sobre un aspecto de nuestras vidas están inexorablemente vinculadas a los demás.

Otros aspectos son relevantes en el análisis para evidenciar problemáticas que afectan a grupos sociales específicos. Se podría decir que existe una necesidad de escudriñar las diferencias, no solo como efecto de un trabajo desde los derechos humanos de las personas, sino, más bien, desde la teorización misma del problema para tener una base de conceptos que integren efectivamente la amplitud de variables que a simple vista no están, en tanto se encuentran inmersas en estructuras de dominación que las hacen invisibles. Cada análisis no solo particulariza sino que profundiza el conocimiento de tal forma que sostiene un hilo de análisis comprensible desde la teoría sociológica.

Los mecanismos de exclusión social son múltiples y los modos en que esta se manifiesta, diversos. Las formas de exclusión se relacionan entre sí y pueden potenciarse o contradecirse unas a otras. En un contexto en el que se aceleran las grandes transformaciones macroestructurales, se reconoce que la exclusión económica es una de las formas más persistentes de desventaja social, aunque no la única; la segregación residencial y la negación de los derechos civiles y políticos son otras formas igualmente relevantes. El género conserva, sin duda, una posición destacada entre los mecanismos de exclusión social (Rodgers, 1995, en Ariza y de Oliveira, 2000, pp. 10-11).

La propia construcción social que lo caracteriza institucionalmente es una forma de desventaja social: la asimetría entre hombres y mujeres evidencia estas desventajas sociales, específicamente, la económica, ya que no solo segrega sino que se convierte en una constante reafirmación de la violación a los derechos de las personas, haciéndose una carga que tiene, por supuesto, unas marcas ideológicas que reafirman la marginación. Esta complejidad obliga de forma constante a una automarginación que no solo subvalora la esencia humana sino que también genera un dilema de tipo ontológico en los y las individuos. Esta constante fundamenta teorías inmersas no solo en la sociología sino también en la psicología, haciendo de este modo que los problemas sean analizados desde una interdisciplinariedad efectiva y lo suficientemente argumentada.

Este devenir hizo posible nuevas miradas a los mismos planteamientos, es decir, ver a las mujeres y hombres a partir de la cultura y entender la discriminación y las violencias a partir de las lógicas de un patriarcado fundamentado en diferencias generacionales, de raza y de género; una cultura basada en la lógica de la valoración simbólica que naturaliza en la psiquis la subordinación y legitimación de todo tipo de abusos. En-

tender la construcción de lo biológico a partir de la cultura supone uno de los retos más acuciantes, es decir, ¿en la redefinición de roles cabe acaso una posible deconstrucción de los mismos? Esta pregunta obliga a ver el tema de la perspectiva desde todas las miradas para comprender las situaciones particulares y especiales de los grupos poblacionales. La situación actual de los derechos humanos de las personas LGBTI es preocupante: cada una de las identidades que conforma el colectivo LGBTI tiene una forma de afectación diferente en sus derechos fundamentales; teórica y políticamente comparten algunas preocupaciones comunes que se derivan del derecho a la libertad de orientación sexual. Sin embargo, las violaciones a los derechos humanos de las personas LGBTI no son comparables, ni en magnitud ni en características, a las violaciones a cada una de las partes que componen este colectivo. Las organizaciones no gubernamentales, algunos de los órganos de control de los derechos humanos y el movimiento lésbico feminista internacional han marcado un camino hacia el reconocimiento de la identidad lesbiana y hacia el respeto de los derechos humanos de estas mujeres con importantes logros tanto en la esfera social y política como en la jurídica. La Corte resolvió a su favor, creando un precedente fundamental que abrió la puerta para que otras personas *gays* o lesbianas puedan hacer valer su derecho a la libertad y a la autodeterminación sexual.

Es de vital importancia mencionar los logros que han alcanzado aquellos a quienes llamamos diversos y de los cuales las lesbianas hacen parte:

“Los diversos” encarnan las anormalidades del sistema, son los subordinados, quienes personifican la alteridad, la diferencia... en fin, los abyectos. Justamente así son representados por la prensa, como “los otros,” ese grupo distinto, siempre designados como ellos: los que no hacen parte de “nosotros”, los diferentes a la mayoría social. Para esos no fueron escritas las leyes, por tanto, es necesario en pro de la igualdad pretendida por el Estado moderno, teorizarlos de tal manera que sigan siendo los “otros” –necesarios para que exista lo UNO–, y aun así puedan acceder a “los derechos universales”, eso sí, en necesidad de cambiar o trasgredir el paradigma, sin menester de historizar la marca ni mostrar sus relaciones de poder, pues ello implicaría dar claridad sobre cómo funcionan los poderes ejercidos desde las élites masculinas, heterosexuales y blancas (Rivera Tirado, 2013, p. 117).

De la anterior cita podemos concluir que acceder a los “derechos universales” no ha sido una tarea fácil; el recorrido se ha tornado largo y

tormentoso y en él no se está exento de críticas y señalamientos por ser la excepción a la regla. Es por ello que considero importante esbozar algunos de los logros que ha alcanzado la población diversa en Colombia.

La Constitución de 1991, hoy vigente, estipula que Colombia es un país multiétnico y pluricultural en el cual prevalece el derecho a la igualdad y al libre desarrollo de la identidad. Bajo esta premisa, la población diversa ha luchado por alcanzar distintos reconocimientos en pro de sus derechos como ciudadanos y ciudadanas: en el año 2000, el Congreso de la República colombiana establece en el Código Penal que un delito merece una pena mayor si se concluye que el motivo de la agresión obedece a la orientación sexual; la Corte Constitucional, por su parte, ha cumplido un papel importante en la defensa de los derechos de la población LGBT. No obstante, mencionaremos los logros en asuntos de leyes que amparan a las lesbianas: en 1998 se declara inconstitucional una medida que sancionaba a profesores *gays* o lesbianas por su orientación sexual; en 2000, las personas con identidades u orientaciones sexuales no hegemónicas pueden expresar de manera pública su condición; en 2002 se estableció que los colegios no cuentan con la potestad para crear manuales de convivencia que sancionen al lesbianismo o la homosexualidad; en 2007 se acepta la unión entre parejas del mismo sexo, en la cual ambos tienen derechos patrimoniales; en 2008 se permite la pensión y obligación alimentaria a parejas del mismo sexo.

En la misma línea, la Corte Constitucional les reconoció a las parejas del mismo sexo:

El derecho a formar un patrimonio conjunto y afiliarse a la pareja a la seguridad social en salud mediante las sentencias C-075/07 y C-811/07. El fallo de derechos patrimoniales fue el resultado de una demanda de inconstitucionalidad a la Ley 54 de 1990 interpuesta por Colombia Diversa y por docentes profesionales del Grupo de Derecho de Interés Público de la Universidad de los Andes. El fallo de seguridad social fue el resultado de una demanda de inconstitucionalidad a la Ley 100 de 1992 interpuesta por un estudiante de la ciudad de Tunja y presentada en la Corte una vez se dictó el fallo de derecho patrimonial (Colombia Diversa, 2007, p. 3).

Sumado a lo anterior, se creó un proyecto de ley antidiscriminación consagrado en el artículo 13 de la Constitución política con la finalidad de advertir cualquier tipo de discriminación que se practique en contra de un ciudadano colombiano, así como para también fomentar la igualdad

entre todos; frente a esto, la directora de Colombia Diversa, Marcela Sánchez Buitrago, ha manifestado que esta ley antidiscriminación es una oportunidad de construir una apuesta común por la igualdad entre diferentes poblaciones discriminadas: afrodescendientes, negros, indígenas, mujeres, personas con discapacidad, *gays* y lesbianas.

El 28 de enero de 2009, la Corte Constitucional de Colombia, por medio de la Sentencia C-029, reconoció a las parejas del mismo sexo:

Una serie de derechos civiles, políticos, sociales, económicos, migratorios y penales que hasta el momento sólo eran reconocidos para las uniones de hecho heterosexuales. El fallo fue el resultado de una demanda que presentaron, el 28 de abril de 2008, Colombia Diversa; el Centro de Estudios Derecho, Justicia y Sociedad -Dejusticia-, y el Grupo de Derecho de Interés Público de la Universidad de los Andes, sobre la igualdad de derechos de las parejas en unión marital de hecho (Dejusticia, 2009, párrafos 3 y 5).

Por otro lado, en el contexto latinoamericano, los países han realizado una lucha en conjunto por la defensa de la población diversa. El 26 de septiembre de 2014 tuvo lugar en Ginebra la presentación, por parte de estos, de la resolución ante el Consejo de Derechos Humanos de Naciones Unidas, la cual buscaba combatir la violencia y discriminación por la orientación sexual e identidad de género. Dicha resolución sigue la labor que se venía gestando con la aprobación de la resolución de junio de 2011, que fue la primera en defender los derechos humanos de las personas con orientación sexual diversa. Pues bien, la resolución que presentaron los países latinoamericanos fue aceptada, llegándose al acuerdo de actualizar un estudio del año 2012 en el que se pudieran observar los índices de violencia y discriminación por motivos de orientación sexual; además, los asistentes a este evento sentaron su posición en torno a la problemática y aplaudieron la labor de los países latinoamericanos. Sobre esto, Al Hussein dijo:

nunca hay una justificación para la degradación, el envilecimiento o la explotación de otros seres humanos, cualquiera que sea el motivo: la nacionalidad, la raza, la etnia, la religión, el género, la orientación sexual, la discapacidad, la edad o la casta.

Estos comentarios siguen el trabajo innovador de su predecesor, Navi Pillay, y del secretario general de la ONU, Ban Ki-moon, en cuestiones de orientación sexual e identidad de género.

En el panel realizado por el Consejo Económico y Social de las Naciones Unidas -ECOSOC-, el cual tuvo lugar en Ginebra en el año 2001, se traza como principal eje la aplicación de los compromisos establecidos con respecto a la igualdad de género y el empoderamiento de la mujer, así como también se hizo un llamado a repensar los estereotipos que impiden el progreso en la lucha por la igualdad de género, los cuales son una cárcel que mantiene cautivos a hombres y mujeres en los roles que cultural y socialmente les han asignado, evitando de esta forma que se dé una verdadera igualdad. Es por ello por lo que es necesaria la creación de nuevas políticas que contrarresten esa estructura mental.

Es evidente que mientras se tenga una mirada sesgada y heteronormativa no se podrá lograr que los avances jurídicos tengan la injerencia necesaria para derribar los prejuicios que contribuyen a que persistan percepciones negativas sobre población LGBTI y sobre las mujeres lesbianas en específico; mientras esta siga siendo la bandera de pocas, no se logrará, de forma acelerada, cambiar los imaginarios sobre la diversidad sexual.

Conclusiones

Esta investigación permitió identificar los imaginarios que la sociedad barranquillera ha construido sobre lo que es ser lesbiana. Encontramos que estas apreciaciones son ratificadas por ellas mismas, lo que quiere decir que las lesbianas en Barranquilla no han construido imaginarios con respecto a su propio mundo; ellas, de alguna manera, constatan lo que los otros miran. Por otro lado, estas mujeres enfatizan en que ser lesbiana no es algo homogéneo, en que existen diversos tipos de lesbianas, esto como respuesta a la constante de relacionar a las lesbianas con querer ser hombres y no poder, y a la constante de asumir que todas son «masculinas». Están, además, las lesbianas «femeninas», pero se hace hincapié en la lesbiana masculina como machorra y se le otorga a la segunda un rol de bisexualidad posible.

Podemos decir que las construcciones sociales y de género afectan de manera diferente a las mujeres. Además de esto, los prejuicios, estigmas y estereotipos han fraccionado a la sociedad, generando desigualdades preocupantes en el desarrollo de la vida productiva de las mujeres lesbianas. Sin embargo, aunque hay avances importantes en materia jurídica, estos no se reflejan, lo que permite inferir la pertinencia de las categorías de análisis desde una perspectiva de género que aporte miradas diferentes, fundamentadas en los grupos marginalizados.

Aunque no es una tarea fácil entender las vivencias y elecciones de las lesbianas, esta investigación y la documentación de experiencias que compartieron las participantes en el marco de esta se constituirán en elementos fundamentales para la teorización que permitirá que la perspec-

tiva de género sea un soporte para el desarrollo de una sociedad más incluyente y solidaria.

Deconstruir, cambiar los esquemas mentales e incorporar otros generan en el individuo grandes dificultades de asimilación, son una tarea difícil. No se puede olvidar que la dominación masculina afecta a las mujeres de forma particular, pero se extiende también a todos los hombres, posibilitando un gran reto: destruir y construir, fomentar y trabajar por la validación de los derechos humanos de todos y todas.

En el segundo capítulo se identificaron los imaginarios sociales contruidos de sí mismas como lesbianas y se concretó el universo simbólico del mundo de las lesbianas en Barranquilla. Es evidente, en esta indagación, el afloramiento de miedos y fobias internalizadas por ellas como mecanismos de defensa y, a la vez, como la forma más fácil de entender el lugar que han sufrido.

La repetición de roles heterosexuales como lugar asignado para la realización de sus vidas y la violencia de los imaginarios han calado en ellas logrando desconfigurar la realidad, generando, de este modo, en el grupo poblacional estudiado, esferas masculinas para todos sus actos; duras denominaciones que ellas reconocen como una constante que las obliga a no pensar ni asumirse. Ellas identifican los imaginarios desde la mirada de los otros y otras, su apreciación de esto se evidencia en las denominaciones reconocidas como imaginarios que les han conferido la invisibilización. Con esto se piensan desde los estereotipos introyectados como formas de relacionarse en la sociedad.

En este capítulo, ellas expresan desde la simpleza hasta la indignación, su lugar en la cosmovisión imaginaria de la sociedad.

En el capítulo tres, los otros y otras son los protagonistas. Estos asumen con vehemencia la construcción identitaria que asignan e identifican los imaginarios que han representado a las lesbianas a lo largo de la historia. En la encuesta realizada de forma aleatoria a grupos heterogéneos de participantes, se evidencia que tanto jóvenes como adultos asumen posiciones iguales con respecto a las mujeres lesbianas, siendo una constante la reproducción de violencias simbólicas fundamentadas en el odio y la lesbofobia, que es una postura generalizada para con la población de mujeres lesbianas en la ciudad de Barranquilla.

Como mencionaba antes, la tarea más difícil es cambiar los esquemas mentales e incorporar otros. No se puede olvidar que la dominación masculina afecta a las mujeres (de forma singular a las lesbianas) y también particulariza las formas en las que estas se ven afectadas por los imaginarios que operan como construcciones mentales que sustentan la formación de una deformación de la realidad de las mujeres lesbianas, la cual es diversa desde sus propias apreciaciones de la identidad lésbica. Estos imaginarios son la consigna de años de invisibilización que refleja la injusticia más justificada desde la lógica de la opresión: una patologización de una elección que constituye la justificación de las violencias dirigidas a la población de lesbianas en Barranquilla.

Referencias

- Alfarache, A. (2001). Las mujeres lesbianas y la antropología feminista de género. *Revista Omnia (17-18)*, 91-102.
- Araujo, K., Guzmán, V. y Mauro, A. (2000). El surgimiento de la violencia doméstica como problema público y objeto de políticas. *Revista de la CEPAL*, 133-145. Recuperado de <https://www.cepal.org/es/publicaciones/12204-surgimiento-la-violencia-domestica-como-problema-publico-objeto-politicas>
- Asociación para los derechos de la mujer y el desarrollo. (2004). *Derechos de las mujeres y cambio económico (9)*. Recuperado de https://www.awid.org/sites/default/files/atoms/files/nterseccionalidad__una_herramienta_para_la_justicia_de_genero_y_la_justicia_economica.pdf
- Barnes, D. (1997). *El bosque de la noche*. Barcelona, España: Seix Barral.
- BBC Mundo. (5 de abril de 2016). Recuperado de https://www.bbc.com/mundo/noticias/2015/08/150818_peru_violaciones_correctivas_lesbianas_lv
- Borja, J. H. (1988). *Mentalidad, actitudes y tendencias de la mujer en los años veinte. Perspectivas metodológicas para la historia de la mujer*. Bogotá.
- Bourdieu, P. (2000). *La dominación masculina*. Barcelona, España: Anagrama.
- Brown, J. L., Pecheny, M., Tamburrino, M. C., Conde, L. L., Perrotta, G. V., Carriati, A., Andia, A. M., Mario, S. e Ibarlucia, I. (2014). Atención ginecológica de lesbianas y bisexuales: notas sobre el estado de situación en Ar-

- gentina. *Interface*, 18(51), 673-684. Recuperado de <https://www.scielo.br/pdf/icse/v18n51/1807-5762-icse-1807-576220140049.pdf>
- Butler, J. (2002). *Cuerpos que importan. Sobre los límites materiales y discursivos del "sexo"*. Barcelona, España: Ediciones Paidós Ibérica.
- Cabrera, D. (s.f.) *Imaginario social, comunicación e identidad colectiva*. Recuperado de https://www.researchgate.net/publication/242731193_Imaginario_social_comunicacion_e_identidad_colectiva
- Cantillo Barrios, L. (2013). La población de lesbianas, gays, travestis, bisexuales e intersexuales (LGBTI) en el departamento del Atlántico. *Revista La Manzana de la Discordia*, 8(1), 23-35. – Recuperado de: https://manzanadiscordia.univalle.edu.co/index.php/la_manzana_de_la_discordia/%20article%20/view%20/1549
- Careaga, G. y Cruz, S. (Coords.). (2004). *Sexualidades diversas: aproximaciones para su análisis*. México D.F, México: Miguel Ángel Porrúa.
- Carretero, A. C. (2001). *Imaginario social y crítica ideológica. Una perspectiva para la comprensión de la legitimación del orden social* (Tesis doctoral). Recuperado de http://media.cervantesvirtual.com/s3/BVMC_OBRAS/ff5/923/6e8/2b1/11d/fac/c70/021/85c/e60/64/mimes/ff59236e-82b1-11df-acc7-002185ce6064.pdf
- Checa, C. (2011). *El placer sexual como arma política. El empoderamiento de "las mujeres" a través del placer sexual* (Tesis de pregrado). Recuperado de <http://digibug.ugr.es/bitstream/10481/20005/1/Carolina%20Checa%20EL%20PLACER%20SEXUAL%20COMO%20ARMA%20POLITICA.pdf>
- Colombia Diversa. (2007). *Informe anual* (4). Recuperado de <https://colombiadiversa.org/colombiadiversa2016/wp-content/uploads/2016/12/colombia-diversa-informe-institucional-2007.pdf>
- Curiel, R. (2010). *El régimen heterosexual de la nación: un análisis antropológico lesbico-feminista de la Constitución Política de Colombia de 1991*. (Tesis de maestría). Recuperado de <http://www.bdigital.unal.edu.co/2733/1/478294.2010.pdf>
- De Barbieri, T. (1993). Sobre la categoría género. Una introducción teórico-metodológica. *Debates en Sociología* (18), 145-169. Recuperado de <http://revistas.pucp.edu.pe/index.php/debatesensociologia/article/view/6680>

- Dejusticia. (30 de enero de 2009). Histórico fallo de la Corte Constitucional reconoce igualdad en Colombia entre parejas de hecho heterosexuales y del mismo sexo. Recuperado de <https://www.dejusticia.org/historico-fallo-de-la-corte-constitucional-reconoce-igualdad-en-colombia-entre-parejas-de-hecho-heterosexuales-y-del-mismo-sexo/>
- Documentos e historia. (30 de junio de 2015). Historia del Movimiento Lésbico en Colombia. Recuperado de <http://documents.mx/documents/historia-del-movimiento-lesbico-en-colombia.html>
- Esguerra, C. (2002). *Del peccatum mutum al orgullo de ser lesbiana: grupo Triángulo Negro en Bogotá* (Tesis de pregrado). Recuperado de <http://bdigital.unal.edu.co/58137/>
- Esguerra, C. (2005). Contra sombra. *Semana*. Recuperado de <https://www.semana.com/especiales/articulo/contra-sombra/75552-3/>
- Falquet, J. (2004). *Breves reseñas de teorías lésbicas*. México, D.F., México: Femelibros.
- Fernández, A. M. (1993). *La mujer de la ilusión*. Buenos Aires, Argentina: Paidós.
- Fundación Sky. (2013). *Apoyo a la educación para determinar el impacto de los actos discriminatorios en el departamento del Atlántico*. Barranquilla.
- Gámez Rodríguez, C. A. (2009). *Logros y desafíos del movimiento LGBT de Bogotá para el reconocimiento de sus derechos: una mirada desde la acción colectiva, las estructuras de oportunidad y la política cultural* (Tesis de pregrado). Recuperado de <https://repository.javeriana.edu.co/handle/10554/7875>
- Giddens, A. (1995). *La transformación de la intimidad*. Buenos Aires, Argentina: Amorrortu Editores.
- Gimeno, B. (2005a). Una aproximación política al lesbianismo. *Servicios Sociales y Política Social*, 70, 39-60.
- Gimeno, B. (2005b). *Historia y análisis político del lesbianismo la liberación de una generación*. Barcelona, España: Gedisa.
- Gimeno, B. (2008). *La construcción de la lesbiana perversa*. Barcelona, España: Gedisa.

- Grajales Mejía, M. e Ibarra Gaviria, M. (2012). *Propuesta de comunicación para promover la visibilización e inclusión de la comunidad LGBT en Bogotá* (Tesis de pregrado). Recuperado de <https://red.uao.edu.co/bitstream/10614/4906/1/TCS01303.pdf>
- Halberstam, J. (2008). *Masculinidad femenina*. Barcelona, España: Egales.
- Hall, S. (1981). La cultura, los medios de comunicación y el “efecto ideológico”. En J. Curran, M. Gurevitch y J. Woollacot (Eds.) *Sociedad y comunicación de masas* (pp. 221-254). México, D.F., México: Fondo de Cultura Económica.
- Hall, S., Restrepo. (2010). *Sin garantías. Trayectorias y problemáticas en estudios culturales*. E. Restrepo, C. Walsh y V. Vich (Eds.). Popayán, Colombia: Envión Editores.
- Hunt, M. (s.f.). *La historia religiosa de las lesbianas*. Recuperado de <https://www.tuslibros.com/ebook/La-historia-religiosa-de-las-lesbianas>
- Juliano, D. (27/12/2005) *Lesbianismo y roles de género*. Recuperado de <http://www.rebellion.org/noticia.php?id=24700>
- Lamas, M. (s.f.). El enfoque de género en las políticas públicas. *Opinión y Debate*. Recuperado de <https://www.corteidh.or.cr/tablas/r23192.pdf>
- Lonzi, C. (2018). *Escupamos sobre Hegel y otros escritos*. Madrid, España: Traficantes de Sueños.
- López de Miguel, A. (24 de agosto de 2014). Más de diez lesbianas son víctimas de ‘violaciones correctivas’ en Sudáfrica cada semana. Recuperado de <https://www.publico.es/internacional/mas-diez-lesbianas-son-victimas.html>
- Martínez, J. y Muñoz, D. (2009). Aproximación teórico-metodológica al imaginario social y las representaciones colectivas: apuntes para una comprensión sociológica de la imagen. *Universitas Humanística*, 67,207-221.
- Mira, A., (2010). Después de Ellen: paradigmas de representación lésbica en las series de televisión actuales. En Factoría de ideas, Centro de estudios Andaluces, *Mujeres, lesbianismo, normalización y estudios queer*. Recuperado de https://www.centrodeestudiosandaluces.es/datos/factoriaideas/PN06_10.pdf

- Mondidore, F. (1988). *Una historia natural de la homosexualidad*. Barcelona, España: Paidós.
- Mujika Flores, I. (Coord.), Olaortua González, E., Ortiz Atienza, J. y Villar Sáenz, A. (2013). *Lesbianas con recursos: una mirada sobre el acceso y el uso de los recursos sociales en la CAE por parte de las mujeres lesbianas*. Recuperado de https://www.emakunde.euskadi.eus/contenidos/informacion/publicaciones_bekak/es_def/adjuntos/beca.2013.2.lesbianas.con.recursos.pdf
- Osborne, R. (1993). *La construcción sexual de la realidad: un debate en la sociología contemporánea de la mujer*. Valencia, España: Ediciones Cátedra.
- Osborne, R. (1995). Sexo, género, sexualidad. La pertinencia de un enfoque constructivista. *Papers. Revista de Sociología*, 45, 25-31. DOI: <http://dx.doi.org/10.5565/rev/papers/v45n0.1756>
- Pisano, M. (1999). Incidencias lésbicas o el amor del propio reflejo. *Hojas de War-mi*, 10, 167-176.
- Platero, R. L. (2009). La construcción del sujeto lésbico. *Les online*, 1(1), 36-44.
- Prada Prada, N. (2010). *Placeres peligrosos: discursos actuales sobre la sexualidad de las mujeres en el periódico El Tiempo* (Tesis de maestría). Recuperado de <http://bdigital.unal.edu.co/2738/>
- Preciado, P. B. (2002). *Manifiesto contra-sexual*. Madrid, España: Ópera Prima.
- Restrepo, E. (2007). Identidades: planteamientos teóricos y sugerencias metodológicas para su estudio. *Jangwa Pana*, 5, 24-35.
- Rich, A. (1985 [1980]). La heterosexualidad obligatoria y la existencia lesbiana. *Revista Feminista Nosotras que nos queremos tanto*, 3, 1-37.
- Riquelme, C. (2004). *Apuntes para la historia del Movimiento Lésbico en América Latina*. Rebellion.org. Recuperado de <http://www.rebellion.org/noticia.php?id=7082>
- Rodríguez, P. (1995). *Las mujeres en la historia de Colombia*. Bogotá, Colombia: Norma.

- Sáenz de Tejada, A. B. (2008). *La relación de las mujeres lesbianas con sus cuerpos un estudio del protagonismo de lesbianas guatemaltecas* (Tesis de maestría). Universidad de Costa Rica, Ciudad Universitaria Rodrigo Facio, Costa Rica.
- Sánchez, C. (2012). "Hasta que el amor les dure": debates en torno a las parejas del mismo sexo en el contexto colombiano (Tesis de maestría). Recuperado de <http://www.javeriana.edu.co/biblos/tesis/csociales/tesis288.pdf>
- Sardá, A., Posa, R. M., Villalba, V., (2006). *Lesbianas en América Latina: de la inexistencia a la visibilidad*. Mujeres en Red. El periódico feminista. Recuperado de <http://www.mujeresenred.net/spip.php?article1349>
- Scott, J. (1986). *El género: una categoría útil para el análisis histórico*. En M. Lamas (Comp.), *El género: la construcción cultural de la diferencia sexual* (pp.265-302). México D.F., México: PUEG.
- Simmel, G. (1961). *Cultura femenina y otros ensayos*. México D.F., México: Colección Austral.
- Rivera, C. (2013). *Representaciones sociales de las mujeres lesbianas en prensa escrita en Colombia* (Tesis de maestría). Recuperado de <https://repositorio.unal.edu.co/handle/unal/20634>
- Vigarello, G. (1999). *Historia de la violación. Siglos XVI-XX*. Madrid, España: Ediciones Cátedra.
- Vos, R., González, A., Cantillo, L., López, M., De la Hoz, A., Tilano, E., Naranjo, G. y Jiménez, A. (2011). *Construcción de las políticas públicas de mujeres en Barranquilla para el fortalecimiento de la red del buen trato*. Recuperado de <https://www.uniatlantico.edu.co/uatlantico/sites/default/files/publicaciones/Construcci%C3%B3n%20Pol%C3%ADtica%20OK%20%2811%29.pdf>
- Wittig, M. (2006). *El pensamiento heterosexual y otros ensayos*. Madrid, España: Egales.
- Zapata, B. (2009). Homoparentalidad en Colombia: trazas iniciales de una investigación en curso. *Revista Latinoamericana de Estudios de Familia*, 1, 140-162. Recuperado de http://revlatinofamilia.ucaldas.edu.co/downloads/Rlef1_8.pdf

La autora

DARLING AYALA FREITES

Socióloga, Magíster en Estudios de Género y Violencia Intrafamiliar de la Universidad del Atlántico, ganadora de la beca *Regiones* de Minciencias. Integrante del Grupo de investigación *Mujer, género y cultura*, y docente en la Universidad del Atlántico de la *Electiva de profundización familia, género y diversidad sexual*.

Publicó un capítulo de libro en el texto *Violencia de género desde un abordaje interdisciplinar* y el libro *Sociología desde el Caribe colombiano, tomo II: Reseña analítica Revista Chichama-ya*.

Es directora del Boletín informativo *Meira Delmar* y colaboró con el periódico *El Heraldo* en el seguimiento del caso Viñas.

Ha sido coordinadora de la cátedra *Meira Delmar* en la Universidad del Atlántico; participante del proyecto *Responsabilidad Universitaria* de ASCUN-Universidad del Atlántico; coordinadora del semillero *Mujer, género y cultura*; ponente en los eventos *Diálogos Diversos. Narrativas vistas desde la academia en clave de género* de la Universidad de Sucre y *La diversidad nos enriquece - por una universidad libre de violencia de género* de la Universidad del Atlántico. También ha participado en los proyectos diagnóstico de las políticas públicas de mujeres en Barranquilla.